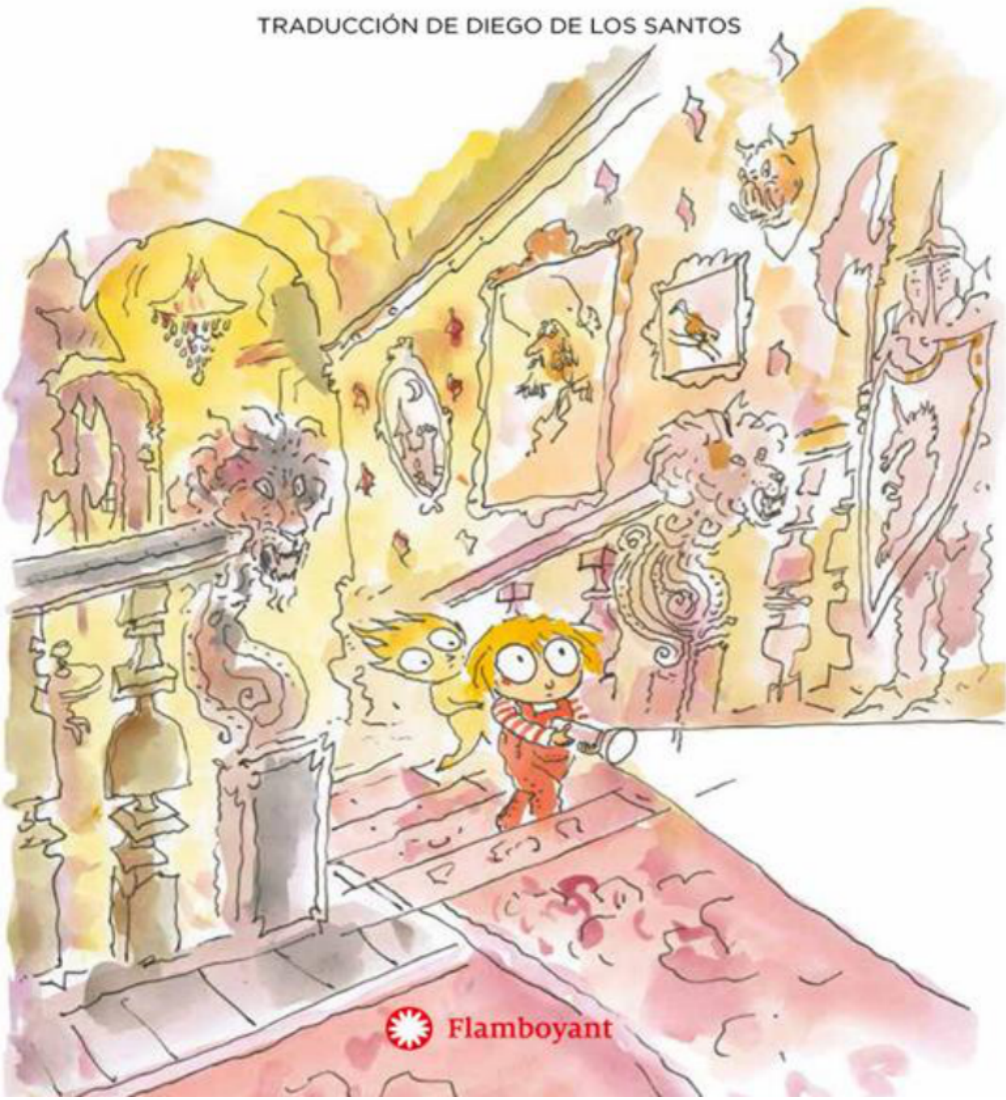
DOUGLAS KENNEDY · JOANN SFAR

AURORA Y EL MISTERIO DE LA CÁMARA SECRETA

TRADUCCIÓN DE DIEGO DE LOS SANTOS



Flamboyant

AURORA Y EL MISTERIO DE LA CÁMARA SECRETA

DOUGLAS KENNEDY · JOANN SFAR

AURORA Y EL MISTERIO DE LA CÁMARA SECRETA

DOUGLAS KENNEDY · JOANN SFAR

Traducción de Diego de los Santos

Flamboyant

A Stephane Lieser
D. K.

A Christophe Ledannois
J. S.

Era mi segundo día de clase.

¡El segundo día de toda mi vida en un colegio de verdad!

Estaba muy contenta.

A mamá y papá les daba miedo que me costase adaptarme, pero todo iba bien.

Me gusta mucho mi tutora, la señora Chamaillard.

Me encantan las mates y aprender que el mundo empezó con una gran explosión en el cielo, y leer esa famosa historia de un hombre llamado Quasimodo, que tiene una gran joroba en la espalda y del que todo el mundo piensa que es raro, pero que salva a una chica dándole refugio en una de las torres de Notre-Dame.

También me encanta mi mesa en la primera fila, donde tengo mis lápices, mis bolis, mis cuadernos y mis libros perfectamente ordenados. El primer día de clase, el profesor de plástica, el señor Lieser, nos pidió que hiciéramos un dibujo, un símbolo o una imagen importante para contar cómo nos vemos a nosotros mismos.

¡Yo, por supuesto, dibujé una estrella muy grande!

Y, al día siguiente, cuando el señor Lieser nos pidió que explicásemos nuestros dibujos, escribí en mi *tablet* para que lo leyesen los demás: —¡He dibujado una estrella porque me llamo Aurora! Es el nombre de una antigua diosa griega que, por las mañanas, hacía salir el sol. Y también es el nombre de unas luces muy bonitas (las auroras boreales) que solo se pueden ver en el Ártico. ¡Algún día iré y espero poder pasearme en un trineo tirado por perros y contemplar esas luces que llevan el mismo nombre que yo!

El señor Lieser me dijo que le gustaba mucho mi dibujo y me

preguntó que cómo sabía tanto de mitología. Entonces le dije que también conocía la historia de Quasimodo. De hecho, ¡lo había conocido en Monster Land! Y me había hecho amiga de un gigante llamado Pantagruel, que había sido inventado por Rabelais, un famoso escritor francés. Y también…

El señor Lieser me agradeció todos esos «comentarios tan interesantes». La niña que se sienta a mi lado —se llama Jacqueline y me ha dicho que tiene un perro que se llama Sal y un gato que se llama Pimienta— me sonrió cuando me volví a sentar, pero detrás de sus ojos vi que pensaba: «¡Esta Aurora lo sabe todo de todas las cosas! ¡A su lado me siento tonta!».

Me dieron ganas de decirle que no quería que se sintiese tonta, que parecía increíble e interesante, y que sentía curiosidad por muchas cosas; y que además esperaba que nos hiciéramos amigas.

Pero si le hubiera dicho que adivinaba lo que pensaba, podría haberles contado a los otros alumnos que tengo poderes secretos.

Así que le devolví la sonrisa y escribí:

—¡Podrías venir a mi casa algún día al salir de clase!

—Sí, claro, estaría genial —contestó Jacqueline.

Pero vi que pensaba: «No sé qué podría hacer si fuera a casa de esta niña».

Me hubiese gustado decirle: «¡Claro que sí, ven! ¡No soy tan diferente! Lo pasaríamos bien juntas».

Entonces se acabó la clase y todos fuimos al comedor. Quería sentarme con mi hermana, Émilie, pero cuando me vio acercarme, con su mirada me hizo entender que mejor me fuera a otro sitio. Estaba sentada al lado de Mathieu, un chico de su clase del que están enamoradas todas las chicas. Comprendí que Émilie quería estar a solas con él. Josiane también la vio. Estaba detrás de mí, así que me tocó en el hombro y me susurró al oído:

NO SÉ QUÉ PODRÍA HACER
SI FUERA A CASA DE ESTA NIÑA.

—Deja a tu hermana con su amigo.

Seguí a Josiane hasta un rincón y comimos juntas.

Josiane es mi profesora particular. Siempre está a mi lado y vela por mí para asegurarse de que «encuentro mi camino en este mundo».

—Has intervenido mucho durante la última clase, Aurora —me dijo.

—Me encanta explicar y contar lo que me interesa —escribí.

—Tu profesor parecía muy impresionado.

—¡Sí!

Vi que Josiane pensaba: «¿Se lo cuento ahora o lo dejo para más

tarde?».

—¿Estás preocupada? —pregunté—. Me va bien en el colegio, ¿no?

—Estupendamente. ¡Y solo es tu segundo día!

—¡Y pronto tendré una amiga!

—¡Va a ser maravilloso! —dijo Josiane.

Y lo más maravilloso es que, cuando volví a clase después de la hora de la comida, había un sobre esperándome en mi mesa. ¡Un sobre cubierto de estrellas! Grandes, pequeñas, algunas muy bien dibujadas y otras garabateadas de aquella manera. Y en medio de todas esas estrellas estaban escritas estas palabras: ¡Para Aurora, que es una gran estrella!

¡Qué guay! Me alegré mucho de que varios alumnos de mi clase me hubiesen dibujado ese precioso sobre durante la hora de la comida… ¡para darme la bienvenida a su colegio!

Estaba sonriendo de oreja a oreja. Con el rabillo del ojo vi que unas chicas que estaban sentadas cerca de mi mesa me miraban.

—¿No vas a abrirlo? —preguntó una de ellas.

Con la misma sonrisa enorme, saqué la hoja que había dentro. La persona que me había escrito esa nota debía de haberle dedicado un buen rato, porque la había hecho con muy buena letra: ¡Bienvenida a nuestra clase, Aurora!

Sonreí aún más. Hasta que leí la frase siguiente: ¿Puedes dejar de ser tan pretenciosa? Y además, ¿por qué eres tan rara?

¡El colegio!

¡Me hacía muchísima ilusión ir al colegio! No hay muchos niños que lo empiecen a los once años, como yo.

Pero la mayoría de los niños de once años no tienen mi poder mágico. No pueden ver detrás de los ojos de la gente. No saben lo que piensan los demás, lo que les gustaría decir pero no dicen, lo que temen, lo que sueñan pero no cuentan.

La mayoría de los niños de once años no hablan con una *tablet*. Papá dice que soy la escritora más rápida que conoce. Y él es un experto en la materia: escribe libros. Me lo dice a menudo: —¡Ojalá pudiera escribir mis libros tan rápido como tú escribes en tu *tablet*, Aurora!

Pero Josiane preferiría que hablase como todo el mundo.

Fue ella quien me ayudó a aprender a escribir con la *tablet* cuando se dieron cuenta de que no sabía hablar. También fue ella quien me explicó que mi «discapacidad» —algo llamado autismo, que hace que vea el mundo de forma diferente y no hable— no es algo horrible, aunque me haga diferente a los demás.

—Es estupendo ser diferente —dijo Josiane el día antes de empezar el colegio—. ¡Ser diferente y encima tener un poder mágico es genial!

Josiane es una de las dos personas que conocen mi poder mágico. La otra es el inspector Jouvet. Hace mucho tiempo que no sé nada de él (desde que me convertí en su ayudante). Le envié un mensaje para decirle que iba a empezar a ir al colegio y que esperaba volver a ayudarle a resolver algún caso. Enseguida me contestó que no se había olvidado de mí («¡Cómo podría olvidarte, Aurora!»). Al igual que otra mucha gente, se había ido de vacaciones en agosto y me llamaría en cuanto me necesitase. Me gustó mucho cómo terminaba su mensaje: ¡Enhorabuena a mi ayudante por entrar en un colegio de verdad! Pásate por la comisaría cuando quieras, a mis detectives y a mí nos encantará verte. Y no te preocupes: tarde o temprano, alguien cometerá un delito y recurriremos a tu poder mágico para que nos ayudes en la investigación.

Josiane siempre estará a mi lado durante los primeros meses.

—Seré como tu sombra —me dijo el día antes de empezar el curso—. Te ayudaré a adaptarte y a trabajar en clase, y también a relacionarte con

los otros alumnos.

—¿Por qué no puedo hacerlo yo sola? —escribí en la *tablet*—. Siempre me llevo bien con todo el mundo.

—El colegio es diferente —respondió Josiane.

Detrás de sus ojos, vi que pensaba: «No quiero preocupar a Aurora contándole lo crueles que pueden llegar a ser los otros niños en el colegio».

—No hace falta que me protejas —le dije a Josiane.

Me aguanté las ganas de escribir: «Además, ¡ya tengo una superamiga! Se llama Alba y puedo verla siempre que quiero. Solo tengo que mirar la estrella de mi *tablet* y pronunciar la palabra mágica: ¡Sésamo!».

Vivir al mismo tiempo en Sésamo y en el Mundo Cruel, como lo llamo yo (y donde, justo al contrario que en Sésamo, todo el mundo tiene problemas), es un secreto: no se lo he contado a nadie. Todo el mundo tiene un lugar secreto. ¿Tú no? Todos los adultos que conozco tienen su Sésamo, donde desaparecen para huir de las cosas que les molestan en la vida real. Por ejemplo, Josiane imagina a menudo que, en lugar de ser mi profesora y vivir en Fontenay-sous-Bois, está en una compañía de danza parisina y viaja por todo el mundo actuando en teatros llenos de gente guay. Lo sé porque puedo ver detrás de sus ojos, pero también porque pasó un fin de semana en París sin Léon, su novio, y volvió a ver a sus viejos amigos de la compañía de danza donde trabajaba. Cuando llegó el lunes por la mañana, parecía triste. Me ofrecí a ayudarla. Entonces me agarró y me dijo: —Si estoy triste es porque este fin de semana he visto la vida que podría haber tenido. Sin embargo, me encanta trabajar contigo y ver cómo progresas… Pero cuando te haces «adulto», tomas decisiones e intentas convencerte de que has tomado las correctas. Solo que a veces te arrepientes…

Intenté entenderlo.

—¿No podrías volver a ser bailarina? —escribí.

—Es un poco tarde.

—¿Por qué?

Josiane bajó la vista para evitar mi mirada.

—Porque voy a tener un bebé dentro de seis meses.

Me lancé a abrazarla.

—¡Me alegro mucho por ti!

Pero Josiane aún parecía triste.

—¿No es una buena noticia? —pregunté.

—Sí, sí. Tengo treinta y siete años, ya lo sabes. Así que es una noticia maravillosa.

—¡Pero tener treinta y siete años no es ser vieja!

—No, pero… Ya entenderás algunas cosas cuando seas mayor, Aurora.

—¿Por qué no puedes explicármelas ahora?

—Porque aún es demasiado pronto. Y porque ya te las explicará tu madre.

—¿Léon está contento de ser padre?

—Está loco de contento. Teníamos muchísimas ganas, y hemos esperado mucho tiempo este momento. Pero hablo demasiado…

—¿Por qué?

Vi que pensaba: «¡Tengo que cambiar de tema rápidamente!».

Pero añadió:

—Si estoy triste, Aurora, es porque… Ya sabes que Léon estaba buscando trabajo en la universidad. Bueno, pues lo ha encontrado. En Limoges.

—¿Qué es Limoges? —escribí.

—Una ciudad donde fabrican platos y tazas, y donde hay una universidad.

—¿Limoges es una ciudad bonita?

—Es… pequeña. Pero allí probablemente podremos comprarnos un piso.

Abrí los ojos como platos.

—¿Quieres decir que te vas?

—Me temo que sí. Hoy en día es muy difícil conseguir trabajo en la universidad. Léon tampoco se muere de ganas de ir a Limoges, pero es un buen puesto. Y yo también podré encontrar trabajo allí.

—¿Tendrás una nueva Aurora para darle clases particulares?

Miré a Josiane. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca habrá «una nueva Aurora» —contestó—. Tú eres única. Pero sí, me iré a Limoges con Léon. La buena noticia es que no nos iremos antes de que termine el curso escolar. Así que seguiré siendo tu profesora y tu sombra durante todo el primer año de colegio.

Le agarré la mano.

—Tampoco habrá nunca otra Josiane —escribí—. ¿Quién va a enseñarme a hacer cosas nuevas en la *tablet*? ¿Y a hacer amigos? ¿Y a ayudar a la gente?

—Tendrás otra profesora, Aurora.

—¡Pero no como tú!

—Prometo encontrar a una persona maravillosa para que me sustituya.

De repente, yo también me puse triste, aunque nunca me pongo triste.

—Es difícil para las dos, Aurora —añadió Josiane—. Pero aún estaré aquí durante muchos meses. ¡Casi un año!

—Y un año es mucho tiempo.

—Sobre todo porque este año hay mucho que hacer y aprender. ¿Y quién sabe? Quizá puedas decir algunas palabras antes de que me vaya.

El gran sueño de Josiane es que algún día pueda hablar como todo el mundo. Sin embargo, cada vez que abro la boca, no sale nada. ¡Ni un sonido! Hace unos años, nadie imaginaba que podría llegar a expresarme. Hasta que llegó Josiane y me enseñó en la *tablet*. Desde entonces escribo tan rápido con ella que casi parece que hablo por la boca. Puedo explicar las cosas con mucho detalle, como cuando el señor Lieser me preguntó por la estrella que había dibujado.

Pensaba que a mis compañeros les había gustado mi historia sobre el origen de mi nombre y las luces del cielo en el fin del mundo, donde está oscuro y nieva a todas horas. Luego vi el sobre con todas esas estrellas y pensé que mis compañeros me habían hecho un regalo.

Pero…

¿Puedes dejar de ser tan pretenciosa? Y además, ¿por qué eres tan rara?

Después de la comida, Josiane volvió al aula y se sentó a mi lado.

—¿Qué pasa, Aurora? —susurró—. Parece que has estado llorando.

Agaché la cabeza y me sequé los ojos con la manga. Empujé el sobre con la carta hacia ella. Abrió los ojos como platos al leer lo que habían escrito. En cuanto mi tutora, la señora Chamaillard, entró en el aula, Josiane cogió la carta y fue a preguntarle si podía hablar con ella en el pasillo. Cuando salieron, Jacqueline se tapó la cara con las manos. Vi lo que pensaba: «¿Cómo he podido ser tan tonta para ayudar a escribir esa carta? ¿Por qué he dejado que las otras chicas me convencieran para escribirla a mano? La señora Chamaillard va a reconocer mi letra inmediatamente. Voy a meterme en un buen lío…».

Le toqué el hombro y escribí:

—La gente suele hacer tonterías cuando está en grupo. ¡Eso no me impedirá ser tu amiga!

Cuando volvieron Josiane y la señora Chamaillard, la clase estaba en silencio. Josiane se sentó a mi lado y me hizo un pequeño gesto con la cabeza, como diciendo: «Ya está todo solucionado».

Pero quería solucionarlo yo sola.

La señora Chamaillard tenía el sobre y la carta en la mano. Dio un paso al frente, levantó la carta y dijo:

—Vivimos en un mundo cruel. Y malo. A quien no es como los demás, como «nosotros», se le señala con el dedo y se le maltrata solo por ser diferente. Es un comportamiento horrible. Los que habéis tenido la idea de escribir esta carta (porque sé que sois varios) deberíais preguntaros seriamente: ¿pensáis que lo normal es ser cruel? Ya os dije, antes de que llegara, que vuestra nueva compañera de clase, Aurora, no puede hablar, pero que puede comunicarse con una *tablet*. Deberías felicitarla por haber conseguido ir al colegio y hacerse entender tan bien. ¿Y lo único que se os ocurre es escribir esto?

A mi lado, Jacqueline se echó a llorar. La señora Chamaillard la miró.

—Jacqueline… Sé que has sido tú quien ha escrito estas frases con esa letra tan bonita.

Ella lloró aún más fuerte.

—Espero que quienes han contribuido a escribir esta carta tengan la honestidad de disculparse con Aurora —prosiguió la señora Chamaillard —. Aprovecho la ocasión para hacer una advertencia: si vuelve a producirse una situación de acoso como esta, vais a meteros en un buen lío.

Luego la señora Chamaillard volvió a su mesa y nos dijo que íbamos a hablar de un hombre triste y cansado que, en la mitología antigua, empuja una roca montaña arriba; sin embargo, cuando llega a la cima, la roca siempre vuelve a rodar ladera abajo y el hombre tiene que volver a empezar.

Estaba a punto de levantar la mano para decir: «¡Yo lo conozco! ¡Es Sísifo!».

Papá habla a menudo de ese mito griego, es uno de sus favoritos. Dice que ilustra cómo puedes seguir haciendo algo que no sirve para nada, aunque lo sepas.

Quería decir todo eso delante de la clase, pero temía que fueran a tomarme otra vez por una pretenciosa, así que me callé cuando la señora Chamaillard preguntó:

—¿Alguien sabe cómo se llama ese mito?

Al ver que me quedaba callada, Josiane me dio un codazo, pero yo seguí con la mirada clavada en la *tablet* sin moverme. Al final de la clase, la señora Chamaillard nos pidió a Josiane y a mí que nos quedáramos un rato. Cuando todos los demás alumnos se fueron, Josiane me apoyó la mano en el hombro y me dijo:

—¿Por qué no has contestado a la pregunta sobre Sísifo, Aurora?

—Por lo que han escrito en la carta. Los otros alumnos van a pensar que soy una pretenciosa.

La señora Chamaillard negó con la cabeza.

—Ese es el problema del acoso. Muchos alumnos que piensan y tienen ideas no quieren demostrar su inteligencia. Nunca debes tener miedo a mostrar a los demás lo mucho que sabes, Aurora.

—Bueno, hay muchas cosas que no sé. ¡Y que me gustaría aprender!

—Me alegra oírlo, Aurora. Una de las cualidades más importantes en la vida es la curiosidad. Interesarse por todo y por todos.

De camino a casa, me giré hacia Josiane y escribí:

—Ahora que estoy en el colegio… Si necesito ayuda…

—Siempre estaré a tu lado.

—Lo sé. ¡Y eso es genial! Pero, ahora, ¿puedo defenderme sola, por favor?

Josiane me miró y sonrió.

—Es una idea excelente, Aurora.

Cuando llegué a nuestro piso, en la calle Maison-Rouge, Émilie ya estaba allí. Desde hace algún tiempo, en casa lleva los auriculares siempre puestos, con la música a tope. A mamá no le gusta nada: le parece que es la manera que tiene Émilie de pasar de nosotras.

Se quitó los auriculares en cuanto entré. Me miró como si le hubiera hecho algo horrible.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Que estabas en el colegio, eso es lo que pasa.

—¿Tan grave es?

—Lo grave es que todo el mundo se me acerca y me dice: «Tu hermana es muy rara».

No le conté a mamá lo del comentario de Émilie. Esa noche, cuando nos sentamos a cenar, insistió en que Émilie se quitase los auriculares y estuviese con nosotras. Émilie se negó y se fue llorando a su habitación. Mamá la siguió y me ordenó que empezase a comer, pero no tenía mucha hambre y decidí que después del día que había tenido necesitaba darme un paseo por Sésamo. Así que me fui a mi habitación, encendí la *tablet*, puse la preciosa estrella que me dibujó Chloë, la novia de papá, y dije «¡Sésamo!» cerrando los ojos. Y entonces…

Tachán… ¡Sésamo!

Estaba en la calle Théâtre, delante de la panadería donde hacen las mejores napolitanas de chocolate de París. Bueno, eso es lo que dice papá, y a él le encantan las napolitanas de chocolate. Ese día, papá y mamá celebraban su decimosexto aniversario de boda. ¡Émilie y yo les habíamos escrito una bonita tarjeta y habíamos preparado una tarta de chocolate negro con dieciséis velas! Era una sorpresa para cuando volviesen del restaurante donde habían ido a celebrar su aniversario.

Mientras compraba dos napolitanas de chocolate, sentí una mano en el hombro.

—¡Bienvenida a Sésamo, Aurora!

Era Alba, mi amiga. Nos dimos un beso.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamé.

—¡Y yo! Pareces un poco cansada, eso es raro en ti.

Entonces le conté mis dos primeros días de clase (porque en Sésamo no existen los problemas del Mundo Cruel, y encima puedo «hablar» con Alba sin necesidad de una *tablet*).

—Ya ves por qué no me gusta ir a verte al Mundo Cruel —dijo Alba —. Hay demasiada gente infeliz. Y cuando la gente es infeliz, hace sufrir a los demás.

—Estoy segura de que todo se va a arreglar —contesté.

—Eso es lo que más me gusta de ti, Aurora: ¡siempre piensas bien de todo el mundo!

—A diferencia de la gente del Mundo Cruel, no me pongo triste ni me enfado.

—Pues hoy pareces un poco triste.

—He tenido un día difícil, nada más. Pero ahora que estoy en Sésamo…

—Nuestro tándem está ahí fuera. ¡Y tengo una sorpresa para ti!

—¿Vamos a volver al parque de Bercy para ver a nuestras amigas las tortugas?

—Esta vez vamos a ver a unos amigos y a visitar una exposición especial de cuadros en mi museo imaginario.

—¿Qué amigos?

—¡Es una sorpresa!

En nuestro tándem, salimos del distrito 15, cruzamos un puente y

llegamos a la orilla del Sena. Ni una nube en el cielo. Un sol precioso. Ni un coche en la calle junto al río. Y los barrenderos nos saludaban al pasar. Cuando estoy en Sésamo, París es perfecto. Todo el mundo es simpático, la ciudad está limpia y los perros pueden corretear por todas partes.

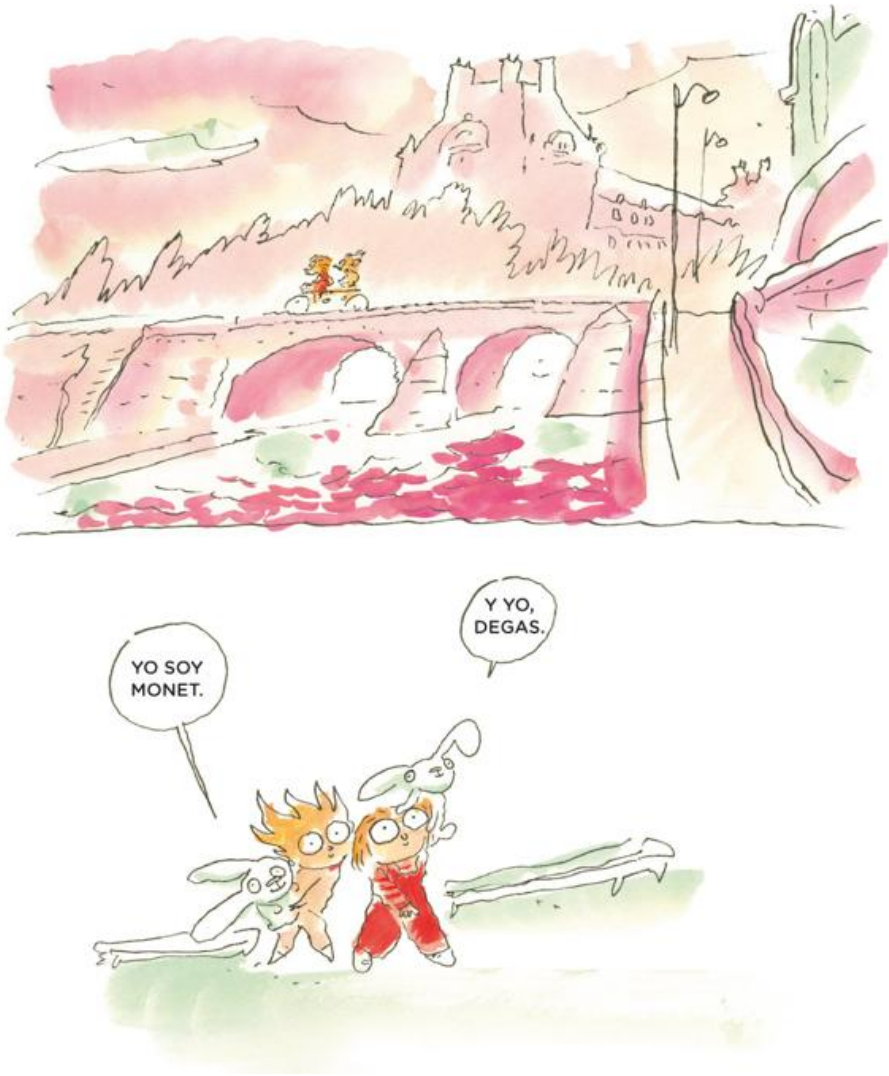
Cuando llegamos al museo, aparcamos el tándem y Alba abrió la cesta que colgaba del manillar. Un conejo saltó a sus brazos y exclamó:
—¡Yo soy Monet!

Entonces otro conejo saltó a mis brazos y dijo:

—¡Y yo, Degas! Alba nos ha pedido que te enseñemos un cuadro que nos gusta mucho.

¡Esa era la sorpresa de Alba! ¡Los dos conejos no solo sabían hablar, sino que también entendían de pintura!

—Entremos —dijo Monet.



El museo era magnífico. Degas nos llevó primero a ver el retrato de una mujer que llevaba un vestido antiguo y estaba sentada junto a un hombre con la barba larga y un gracioso sombrero. Delante de la mujer había una bebida blanca y nacarada. Daba la impresión de que el cuadro lo habían pintado hacía mucho tiempo. Degas me dijo: —Al pintor de mi mismo nombre le encantaba buscar lo extraordinario en la vida cotidiana. También le gustaba mucho la bebida que esa mujer bebe a sorbos: la absenta.

En ese momento, Monet saltó de los brazos de Alba y dijo que quería enseñarnos un cuadro del pintor con el que compartía nombre. Le pregunté a Degas si quería ir a dar saltitos con su compañero.

—¡No, prefiero quedarme contigo!

Seguimos a Monet hasta una sala en la que había un precioso cuadro de un amanecer sobre un puerto con barcos, con un sol rojo en un cielo brumoso azul grisáceo.

—Se llama *Impresión, sol naciente* —dijo Monet—. Y mira cómo pinta el otro Monet el agua con minúsculas pinceladas. Cuando esta obra se expuso por primera vez, en 1874, era una forma de pintar muy original, y fue muy criticada.

—¡Pero si es precioso! —exclamé.

—A veces, lo nuevo asusta a la gente, porque les enseña una forma inusual de ver lo que los rodea.

—En el Mundo Cruel —expliqué—, la gente siempre se siente incómoda cuando ves las cosas de forma diferente…, o cuando eres diferente.

—Sí, Alba ya nos ha contado que en el Mundo Cruel no hablas, y que te comunicas gracias a una máquina llamada *tablet* —dijo Degas—. ¡Hablar con palabras escritas es magnífico! ¡Es como la pintura, que

habla con imágenes!

—Mi madre y mi padre no tienen ningún problema con que no hable, pero los demás…

—La verdad, Aurora, es que la normalidad no existe. Ahora te voy a enseñar uno de los cuadros más bonitos del siglo XIX… y que nadie entendió en su época.

Entramos en la sala siguiente. Alba ya estaba allí con Monet. Ante nosotras había un cuadro enorme con personas vestidas con ropa de época paseando por un parque. Gente rica vestida a la moda. Una niña con su madre. Un hombre con pinta de marinero estaba tumbado sobre la hierba fumando en pipa. Un perro y un mono correteaban por ahí. Muchas mujeres llevaban sombrilla. Y los barcos flotaban en el río. Era una escena preciosa de la orilla del Sena que databa de una época lejana.

—Acércate al cuadro —dijo Alba.

Me puse a su lado.

—Ahora, intenta descubrir lo que es increíble de verdad.

Me quedé mirando el cuadro durante un rato: la hierba, el agua, los árboles, la gente, los animales, las sombrillas. De pronto, me di cuenta:

—¡Está hecho con puntitos!

—¡Muy bien, Aurora! —dijo Monet—. El pintor se llamaba Georges Seurat. No vivió mucho tiempo. Y solo dejó unas pocas obras.

—Mira cómo juega con las luces —añadió Degas—. Y cómo utiliza los colores para crear armonía y emoción. Y cómo todos esos puntitos hacen que tú misma mezcles los colores.

—Cuando el cuadro se expuso en 1886, todo el mundo criticó a Georges Seurat diciendo que era diferente y raro —añadió Alba.

—¡Pero si es increíble! —dije—. Y me encanta la idea de que cada uno pueda ver sus propios colores en los del pintor. Es casi como si nos dijera: «No hay una forma correcta de ver este cuadro, solo la tuya».

—¡Exacto! —exclamó Monet—. ¿Y sabes lo que decía el pintor Monet sobre su arte? «Todo el mundo habla de mi arte y dice entenderlo. Como si fuera necesario entenderlo, cuando basta con amarlo».

—¡Aurora! ¡Aurora!

¡Era mamá!

—Creo que me llaman desde el Mundo Cruel —les dije a mis amigos conejos.

—¿Volverás pronto? —preguntó Alba—. No lo dudes si vuelves a tener problemas en el colegio.

—¡Aurora! ¡Aurora!

Mamá me estaba llamando insistentemente.

—De verdad que tengo que irme.

Le di un beso a Alba, me metí los dedos en los oídos y pronuncié la contraseña: «¡Vuelta a los problemas!».

Unos segundos después, estaba en mi habitación, con mamá llamando a la puerta. Quería gritarle «¡Entra!», pero no podía. Así que me bajé de la cama de un salto y abrí la puerta. Mamá no parecía muy contenta.

—Primero tu hermana pasa de mí negándose a quitarse los auriculares, y luego tú no me contestas…

—Estaba durmiendo una siestecita —escribí.

—Pues la cena se ha enfriado.

—Puedo ayudarte a hacer más pasta y podemos recalentar la salsa. La cena aún se puede salvar.

Mamá sonrió con tristeza, como si se estuviera conteniendo las lágrimas.

—Ojalá tu hermana fuera tan buena como tú, Aurora.

—Émilie es una adolescente, nada más —dije.

—Me acaba de decir que me odia. Que le arruiné la vida cuando nos mudamos a Fontenay-sous-Bois. Que a las chicas del instituto no les cae bien porque piensan que es una parisina esnob.

—¿Qué significa «esnob»?

—Pretenciosa.

—Émilie no es pretenciosa.

—El problema es que está muy enamorada de un chico del instituto.

—¿Mathieu?

—¿Te ha hablado de él?

—Solo los he visto juntos.

—¿Y no te ha contado nada de ese chico?

Negué con la cabeza.

—Parece que está loca por él —dijo mamá—. Me ha contado que es el favorito de todas las chicas y el tío más guay de la Tierra. Lo he buscado en Google y he visto una foto suya. Es lo que podríamos llamar un fanfarrón.

—¿Un qué? —pregunté.

—Alguien que sabe que es guapo y se aprovecha. ¿Tú qué opinas de

él?

—Yo no me fijo en los chicos.

—Ya lo harás cuando seas mayor.

—A lo mejor no…

Mamá esbozó una sonrisilla, la de cuando piensa que estamos equivocadas, pero no quiere sacarnos de nuestro error. Detrás de sus ojos vi: «Qué inocente es Aurora».

—¿Y Mathieu está enamorado de Émilie? —pregunté.

—Según ella, es su favorita. Pero luego lo ha visto con una tal Phoebe en un parque, no muy lejos de aquí.

—¿Estaba besando a esa chica?

Mamá asintió con la cabeza.

—Pobre Émilie —escribí—. ¿Por qué sigue enamorada de él después de verlo besando a otra chica?

—A veces pasa cuando estás enamorada de alguien. Si no es

totalmente recíproco, puede hacer que estés aún más enamorada y desesperada por llamar su atención.

—Entonces, ¿si Émilie muestra menos interés por él, quizás él muestre más?

—¡Es muy posible! Por desgracia, a menudo funciona así.

—¿Fue así contigo y con papá?

Mamá se mordió el labio para intentar ocultar una tristeza repentina.

—No. Tu padre y yo lo supimos enseguida.

—¡Lo sabía! ¡Os enamorasteis desde el principio!

Mamá soltó un gran suspiro.

—Sí, estábamos muy enamorados. Y cuando Émilie y tú llegasteis a nuestras vidas, lo estuvimos aún más. Estábamos muy contentos de tener a nuestras dos hijas con nosotros.

—Y luego…

—Luego…, a veces, el amor cambia. La gente se da cuenta de que su amor se va apagando. Es triste, pero pasa constantemente. Cuando mis abuelos tenían mi edad, nadie se divorciaba. Ahora, la mitad de las parejas se separan. Quizá no deberíamos pensar en el amor como algo «eterno, para siempre», como nos gustaría que fuese, sino como un capítulo más de la vida. Pero te estoy hablando de cosas que no entenderás hasta más adelante.

—Solo si me caso. ¡Pero eso no me pasará nunca, porque soy muy feliz viviendo contigo y con Émilie!

—Eres un encanto, Aurora. Pero llegará un momento en el que querrás irte de casa y vivir tu vida.

—¡Ni hablar!

Mi madre me agarró de la mano.

—Yo pensaba lo mismo cuando tenía tu edad. Pero las cosas van cambiando de manera natural.

—Yo no hago las cosas como las hacen los demás.

—Pero si es normal…

—Yo no quiero ser normal. Solo quiero ser… ¡Aurora!

—¡Siempre serás mi maravillosa Aurora! —dijo mamá—. Siempre serás única. Pero algunas cosas «normales» están bien.

—¿Como cuáles?

—Como enamorarse.

—¡Eso no va conmigo!

—Ya te pasará… dentro de unos años. Igual que nos pasó a tu padre y a mí. Igual que está pasando de nuevo.

Miré a mamá y me pregunté si la había oído bien.

Detrás de sus ojos, la vi pensar: «¡Ya está! ¡Ya lo he dicho!».

Seguí mirándola.

—¿Te has vuelto a enamorar? —escribí Mamá me apretó la mano con más fuerza.

—Me he vuelto a enamorar. De verdad.

—Hala —escribí.

No le conté a papá que mamá se había vuelto a enamorar. Me pidió que tampoco se lo contase a Émilie. De todos modos, no me dio demasiada información sobre su novio. Solo que estaba en la «gerencia» (una palabra que no conocía) del mismo banco que ella, que vivía y trabajaba en un lugar donde hay torres altas y que se llama la Défense, a las afueras de París. Y que se llamaba Charles.

—¿Por qué no quieres hablarle de él a Émilie?

—Porque ahora mismo odia todo lo que tiene que ver conmigo, sobre todo desde que está tan alterada por lo de Mathieu. Estoy segura de que se lo tomará mal si le hablo de lo mío con Charles. Podría tener celos.

—¿Qué son los celos?

—Son muchas cosas a la vez. Es pensar que la vida es injusta porque no tienes lo que tiene otra persona. Pensar que te mereces algo mejor que los demás. O estar muy enfadada si alguien a quien quieres está con otra persona… Sobre todo si piensas que esa otra persona no se merece a quien tú quieres. Casi siempre es envidiar lo que otros tienen.

Quizá por eso las chicas del colegio me habían escrito esa nota desagradable: porque estaban celosas de mi forma de ver las cosas. Porque compartía con la clase mis conocimientos sobre las cosas que me interesaban. Y la verdad es que me interesan todas las cosas y todas las personas. ¿Se puede estar celoso de eso?

Se lo pregunté a papá la noche siguiente, en París. Era sábado, dos días después del comienzo del curso, y papá y Chloë me habían propuesto pasar el fin de semana en su casa. Siguen viviendo en su bonito piso del distrito 19, donde mi cama está en un hueco de la pared del salón. Chloë pintó un montón de estrellas y una aurora boreal en el techo, ¡justo encima de donde duermo! Solo tengo que mirarlas para imaginarme que estoy en el Ártico contemplando la luz que lleva mi nombre. Chloë es muy guay (acabo de descubrir esta palabra, así que me encanta usarla). Y también es muy amable conmigo. Le conté todo lo que me había pasado el segundo día de clase. Me contó que a ella también la habían acosado unas niñas en el colegio: la molestaban y se burlaban de ella constantemente solo porque llevaba gafas grandes, le fascinaba la tecnología y leía libros. Cada vez que acertaba una pregunta del profesor, las demás se reían.

—Recuerda que los acosadores son como perros salvajes —me dijo—. Necesitan moverse en manada para sentirse fuertes. Pero si sienten la necesidad de pegarse los unos a los otros, es porque en el fondo les da miedo ser ellos mismos. Por eso atacan a los que son diferentes, a los que piensan de manera original e independiente. Este es mi consejo: sé tú misma y no dejes que te afecte si alguien te vuelve a enviar una nota estúpida o te acosa de la manera que sea.

Estábamos sentadas en mi cama. Papá estaba escribiendo en su mesa. Parecía preocupado. Sydney, el productor que le había prometido adaptar uno de sus libros al cine, no estaba cumpliendo su promesa; todo se había venido abajo. Los editores de papá estaban preocupados porque sus dos últimos libros no se habían vendido bien. Hasta le habían dicho que, si su siguiente novela no tenía más éxito, a lo mejor dejaban de publicarlo. Papá me contó todo esto cuando le comenté que parecía cansado y muy ansioso. Le contesté que estaba segura de que escribiría un libro estupendo y que todo volvería a ser como antes. Pero cuando me desperté ese domingo por la mañana, papá estaba en su mesa, escribiendo a toda velocidad en el teclado del ordenador.

—Me he despertado a las cinco —dijo.

—¿Todavía estás preocupado? —pregunté.

—Por desgracia, no basta con una noche de sueño para dejar de estar ansioso. De hecho, cuando escribes, como en cualquier otro arte, estás completamente solo, incluso cuando estás cerca de la familia o los amigos.

—¡No estás solo, papá! —exclamé.

—Cuando escribo, me siento muy solo.

De repente, Chloë estaba detrás de mí, apoyándome las manos en los hombros. Todavía estaba en pijama y tenía el ceño fruncido.

—No hay necesidad de preocupar a Aurora con tus problemas —le dijo a papá en un tono de voz tranquilo.

A papá se le tensaron los hombros. Parecía molesto, y estuvo a punto de replicar algo, pero se contuvo. Se limitó a negar con la cabeza con tristeza.

—Lo siento, Aurora —dijo—. No debería agobiarte con mis problemas.

—Tú nunca me agobias, papá —le aseguré. Me subí a su regazo y le rodeé el cuello con las manos—. ¡Además, eres un gran escritor! Todo el mundo lo sabe, ¿verdad, Chloë?

—Por supuesto —contestó Chloë, pero en un tono que daba la impresión de que solo lo decía para complacer a papá.

Detrás de sus ojos, la vi pensar: «Se me está acabando la paciencia, ya no aguanto los cambios de humor de artista de Alain. Sé que es un momento difícil para los escritores, con tanta gente que prefiere mirar el móvil en lugar de leer un libro, pero su ansiedad permanente empieza a cansarme… Y no debería cargar ese peso sobre Aurora».

Pero lo que me dijo fue:

—¡Vamos a preparar el desayuno!

Mientras me hacía el chocolate en la cocina, Chloë me dijo que papá llevaba semanas durmiendo mal.

—Todo el mundo tiene preocupaciones, Aurora. Pero la mayoría de las veces, lo que tememos no llega a suceder. Si nos dejamos llevar por nuestros miedos…

—¡Yo no tengo! —protesté.

—Pero no te gusta lo que te hicieron esas chicas.

—Es verdad, pero no dejaré que me asusten ni que me hagan odiar el colegio.

—Me hubiese gustado ser como tú cuando tenía tu edad —dijo Chloë.

Me dieron ganas de contestarle: «No tengo miedo porque tengo mi poder mágico. ¡Y porque también vivo en Sésamo!».

Después de desayunar, Chloë fue a ducharse. Papá siguió escribiendo, muy concentrado, pero aun así me lanzó un beso cuando me fui a mi habitación. Era una buena señal. Ya no parecía preocupado. Volví a la cama y seguí leyendo un libro que tenía que leer para el colegio: *El principito*, escrito por un hombre que se llamaba Saint-Exupéry, un famoso piloto de la Segunda Guerra Mundial. La señora Chamaillard nos había pedido que escribiéramos una redacción sobre el libro para el viernes siguiente, así que tenía que terminar de leerlo y luego pensar mucho en él: hay que pensar mucho para entender el significado de una historia. Me encanta leer porque, como dicen papá y Josiane (cada uno a su manera), ¡cuando lees, también viajas!

Sonó el timbre de la puerta. Papá le preguntó a Chloë si esperábamos visita. Ella le dijo que Hugo venía a hablar de un proyecto en el que estaban trabajando.

—Ah, Hugo… —murmuró papá en un tono que me hizo pensar que no se alegraba mucho de que viniera ese chico.

Al cabo de unos segundos, entró Hugo. Tenía la edad de Chloë, estaba muy delgado e iba vestido de negro, con unas grandes gafas de sol muy guais. Me levanté de la cama para saludar. Fue muy amable conmigo.

—¿Tú eres Aurora? Chloë me ha contado que tienes una imaginación increíble y que ves el mundo de una manera totalmente diferente.

Le sonreí.

—Y tú, ¿cómo ves el mundo? —escribí —Invento cosas llamadas algoritmos, que permiten que los programas informáticos funcionen.

—¿Hay alguno en mi *tablet*?

—¡Pues claro! Gracias a un algoritmo, lo que tecleas se convierte en palabras en la pantalla.

—¡Entonces tengo que darte las gracias! No podría hablar sin lo que has inventado.

—No lo ha inventado él —masculló papá.

—Tu padre tiene razón. El algoritmo que hace que tu *tablet* funcione lo inventó otra persona.

—Pero no hacía falta decirlo con ese tono tan desagradable —le dijo Chloë a papá.

—No tenía la impresión de estar usando un tono «desagradable» —contestó papá.

—Pues sí —replicó Chloë.

—Chloë me ha soplado que te fascinan las estrellas —la interrumpió Hugo.

Al mismo tiempo, lo vi pensar: «¡Tengo que cambiar de tema cuanto antes!».

—Es verdad. Por mi nombre.

—¿Sabes que hay un algoritmo para dibujar estrellas? —prosiguió Hugo.

—¿De verdad? ¿Puedes enseñármelo?

—¡Pues claro!

Se sentó a mi lado y sacó un cuaderno en el que garabateó lo que era, según me explicó, una fórmula informática: star = (n, k) —>

```
pen k
for [1..n]
fd 100
rt 3 * 360 / n
speed 10
star 8, red
```

Lo miré, un poco perdida.

—No lo entiendo.

—No me extraña —dijo Hugo—. Solo tiene sentido para los que diseñan algoritmos. Pero lo bueno de este algoritmo es que puedes dibujar una estrella como si fuera una tortuga.

—¡Pero una tortuga no se parece a una estrella!

—Te lo voy a enseñar. ¿Puedes dibujarme una tortuga?

Hugo me prestó su bolígrafo. Le pregunté si podía usar mejor la *tablet*. Asintió con la cabeza. Cuando empezaba a dibujar, vi con el rabillo del ojo que Chloë le tiraba de la manga a papá para hacerle saber que quería hablar con él. Entraron en la cocina y los oí hablar en un tono de voz tenso, como si los dos estuvieran enfadados.

Decidí no pensar en eso y me concentré en mi tortuga. Cuando terminé, Hugo me dijo: —¡Es una tortuga muy bonita! Ahora mira: tu tortuga tiene cinco lados y cinco ángulos. ¿Sabes cómo se llama eso en geometría?

Negué con la cabeza.

—Un pentágono.

En su cuaderno, me enseñó a dibujar un pentágono. Lo copié en la pantalla. Hugo me sugirió que lo superpusiera a la tortuga, y luego me propuso que dibujase dos triángulos y los pusiese encima del pentágono. Así lo hice. ¡Qué locura! ¡Todas esas formas encima de una tortuga! Hugo me preguntó si podía prestarle la *tablet*. No me apetecía dársela, no dejo que nadie la use. Vio que me molestaba.

—Lo entiendo —dijo—. Tengo un amigo escritor que solo utiliza una pluma estilográfica y me confesó que no se la prestaba a nadie porque el plumín (que es la parte de la pluma con la que se escribe) estaba hecho a su escritura. Supongo que con tu *tablet* pasa lo mismo.

Asentí con la cabeza.

Hugo me preguntó si podía enviarle mi dibujo por correo electrónico. Me dio su dirección. Abrió la cartera y sacó su *tablet*. Cuando recibió mi tortuga con todas sus formas, le vi añadir la fórmula informática que me

había enseñado en diferentes puntos de los triángulos y del pentágono, e incluso de la tortuga. Luego pulsó un botón y…, ¡tachán!, en su pantalla apareció una forma con doce lados: ¡una estrella!

—¡Es increíble! ¿Cómo lo has hecho?

—Porque es un tipo genial —dijo papá.

Había vuelto a la habitación, con Chloë pisándole los talones.

—Eh…, yo no diría que soy «genial» —protestó Hugo.

—Eso es porque eres modesto —contestó papá.

Chloë lo miró mal, pero él siguió hablando: —Pero entiendo por qué Chloë trabaja contigo en este gran proyecto. Seguramente os hará ricos y famosos.

Hugo se levantó.

—Quizá deberíamos irnos —le dijo a Chloë.

Ella fulminó a papá con la mirada.

—Muy buena idea.

—¿Me mandas la estrella? —le pregunté a Hugo.

—¡Ahora mismo!

¡Ding! Apareció en mi pantalla.

—¡Es la estrella más guay del mundo!

—¿Más guay que la mía? —preguntó Chloë, sonriéndole a Hugo.

—Me gustan las dos. La tuya es más colorida…, y la de Hugo es más geo…

Se me había olvidado la palabra. Hugo me ayudó.

—Geométrica.

—¡Eso!

Luego me volví hacia papá y escribí:

—¡Acabo de aprender una nueva palabra!

—Ya lo veo.

Papá soltó la frase en un tono que hizo que Chloë se enfadase aún más.

—Hasta luego —nos dijo.

—¿Puedes enseñarme otras formas de hacer estrellas? —le escribí a Hugo.

—¡Pues claro! Y también me gustaría enseñarte otros algoritmos.

En cuanto salieron del piso, papá dijo:

—Parece que tienes un nuevo fan.

—¡Hugo es superguay!

—Usas demasiado la palabra «guay», Aurora. Si dices «guay» a todas

horas, al final nada será guay.

Justo después, agachó los hombros y negó con la cabeza.

—Lo siento… Eso no ha estado bien.

Y detrás de sus ojos leí: «Si sigo comportándome así, Chloë acabará marchándose. No para de repetir que Hugo solo es un amigo, para que no me preocupe constantemente. Soy tonto, tonto de remate».

Me quedé mirando a papá durante un buen rato y luego le enseñé la *tablet*, donde había escrito: «¿Estás celoso, papá?».

El lunes por la mañana, de camino al colegio, Émilie me preguntó: —¿Qué pasa con mamá?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque sonríe a todas horas.

—Mamá siempre sonríe mucho.

—Pero esto es diferente, sonríe de una manera tonta. Y siempre está mirándose en el espejo. Y pasándose la mano por el pelo.

—A lo mejor solo está contenta.

—¿O a lo mejor ha conocido a alguien?

Me encogí de hombros.

—Y tú, ¿cómo estás? —pregunté.

—No cambies de tema —contestó Émilie—. Sé que lo sabes.

—¿Que sé el qué?

—Que mamá ha conocido a alguien. Te lo cuenta a ti porque piensa que la odio.

—Creo más bien que está preocupada porque te enfadas muy a menudo.

—Cuando tengas catorce años, verás. Tú también te enfadarás muy a menudo… O puede que no. Eres muy especial.

—¿Estás enfadada conmigo porque lo estás pasando mal en el instituto por culpa de esa hermana rara tuya que habla con una *tablet*?

Émilie se paró y me agarró del hombro.

—Sí, esas chicas horribles me molestan con eso. Pero ya he empezado a defenderme diciéndoles que les da miedo la gente que no es como ellas. Si no perteneces a su grupito, te odian…

—Gracias por defenderme.

—No soporto a esas pesadas. Sabía que esto acabaría pasando cuando fueras al colegio. Que se burlarían de tu discapacidad.

—¡No soy discapacitada! —protesté.

—Tú ya me entiendes…

—¡Lo único que entiendo es que mi autismo no es una discapacidad! Solo es una forma diferente de ver el mundo.

—Ya lo sé. No volveré a usar esa palabra.

—Yo también te defenderé si esas chicas siguen metiéndose contigo.

—Se meterán contigo por tu inteligencia.

—Ya me las apañaré.

—No si te acosan día tras día. Créeme, llevan dos años metiéndose conmigo.

—Encontraremos la manera de que dejen de hacernos daño. Porque ahora mismo pareces infeliz.

Émilie frunció los labios. Había dado en el clavo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Que pareces molesta por algo, o por alguien…

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie.

—¿Qué te ha contado mamá?

—Nada de nada.

—No me estás diciendo la verdad.

Cierto: no estaba contestando directamente a la pregunta de mi hermana. Pero si le decía lo que me había contado mamá, estaría traicionando mi promesa. Es difícil guardar un secreto. Cuando alguien te cuenta un secreto y te pide que se lo guardes, el problema es que ya no es un secreto, puesto que te lo han contado…

—Émilie… Solo he notado que no parecías muy feliz…

—¡Nunca soy feliz! No quiero ser feliz, quiero ser interesante…, como tú.

—¡Pero si eres interesante!

—No tengo ningún don. No se me dan bien las artes plásticas, ni la escritura, ni el deporte, ni el canto. Ni siquiera sé ver las cosas de manera diferente.

—Eres muy buena amiga.

—Eso no es un don.

—Claro que sí. Y te gusta inventarte historias, como hacías conmigo cuando aún no tenía la *tablet* y no podía hablar. Me contabas historias chulísimas con tus muñecas.

—¿Te acuerdas de eso?

—¡Pues claro!

—Como no reaccionabas, estaba convencida de que no te enterabas.

—Me enteraba de todas. Y me encantaban. Porque eran historias geniales. Y también porque mi hermana intentaba comunicarse conmigo mientras yo estaba aislada del mundo.

De repente, Émilie me abrazó.

—¡Eres muy amable por confesármelo, Aurora!

—Solo te digo la verdad, Émilie. Aunque últimamente te enfades muy a menudo, creo que eres una hermana mayor estupenda.

Émilie asintió con la cabeza mientras se aguantaba las ganas de llorar. Miró el reloj y dijo que teníamos que darnos prisa o llegaríamos tarde a clase. Me dio la mano durante todo el trayecto. Eso me encantó. Cuando éramos pequeñas, le encantaba ser la hermana mayor y llevarme de la mano, pero desde que es adolescente ya no quiere hacerlo. Aunque ya no lo necesito —sé apañármelas muy bien sola—, me sigue gustando mucho. Cuando llegamos a la puerta del colegio, Émilie se volvió hacia mí y me lo explicó: —Sí, es verdad. Ahora mismo estoy disgustada. ¿Sabes quién es ese chico que me gusta, Mathieu?

Asentí con la cabeza.

—Bueno, pues él también me dijo que yo le gustaba mucho. Luego descubrí que estaba saliendo con otra chica de nuestra clase. ¡Y que la besó en un parque!

—¡Eso es horrible! Te mereces alguien mejor que él. Estoy segura de que conocerás a un chico mejor.

—¡No quiero conocer a nadie más! ¡El amor duele demasiado!

—¿Estabas enamorada? —escribí.

—¡Yo no he dicho eso! ¡No pienses ni por un momento que he dicho eso!

—Vale, vale. No has dicho eso…

Pero me pregunté por qué, cuando alguien dice algo que piensa que no debería haber dicho, luego casi siempre añade que no lo ha dicho.

Preferí no preguntárselo a mi hermana, que obviamente estaba muy alterada por haber reconocido que estaba enamorada de Mathieu.

—Tienes que prometerme que no se lo dirás a mamá.

¡Otra vez me pedían que guardase un secreto! El mismo secreto, en

realidad…, salvo que esta vez era mi hermana quien me lo pedía, y no mi madre. ¡La familia es una locura!

—Tranquila —le escribí a Émilie—. ¡Se me da muy bien guardar un secreto!

Esa mañana, Josiane tenía que ir al médico debido a su embarazo. (*Top secret!* Yo no se lo cuento a nadie… ¡y tú tampoco!). Así que no me acompañaría al colegio. La señora Chamaillard se me acercó antes de empezar la clase y me preguntó si sería capaz de arreglármelas sola. Le dije que sí, sin problema. Al entrar en el aula, mi vecina Jacqueline vio que me acercaba a ella y me dio la espalda, avergonzada. En mi mesa había una nota, escrita con la misma letra que la carta del viernes. Solo que, esta vez, no había estrellas en el sobre. Solo mi nombre… con un corazoncito al lado. Abrí el sobre y leí:

QUERIDA AURORA,

ESTOY MUY AVERGONZADA POR HABER PARTICIPADO EN ESA CARTA TAN DESAGRADABLE EL VIERNES. FUE UN ERROR POR MI PARTE. ALGO CRUEL. SE LO CONTÉ A MI PADRE (HE PASADO EL FIN DE SEMANA CON ÉL Y SU NUEVA MUJER) Y ME DIJO QUE LA MEJOR MANERA DE DEJAR DE SENTIRME MAL ERA PEDIRTE DISCULPAS. ES JUSTO LO QUE ESTOY HACIENDO, Y ESPERO QUE ME PERDONES. MI PADRE TAMBIÉN ME DIJO QUE NO DEBÍA DESCARGAR LA CULPA SOBRE LAS DEMÁS Y QUE ES MEJOR RECONOCERLA. ASÍ QUE SÍ: AUNQUE LAS OTRAS ME CONVENCIERON PARA QUE ESCRIBIERA LO QUE ELLAS ME DECÍAN (PORQUE SIEMPRE GANO EL CONCURSO DE REDACCIÓN DE LA CLASE), FUI YO QUIEN ELIGIÓ HACER LO QUE ME PEDÍAN. Y ESO TAMBIÉN ESTÁ MAL.

ENTENDERÍA QUE NO QUISIERAS VOLVER A HABLAR CONMIGO DESPUÉS DE

lo que hice. Espero que puedas perdonarme. Y espero que podamos ser amigas, y que, un día de esta semana, puedas venir a mi casa al salir de clase.

Tu amiga,

Después de leer la carta, se me dibujó una enorme sonrisa en la cara. Me levanté y me acerqué a Jacqueline. Se dio la vuelta, intimidada. Le di un toquecito en el hombro y le escribí:

—Es la carta más bonita que he recibido en mi vida.

Detrás de los ojos de Jacqueline, vi lo que pensaba: «Si hubiese estado en mi lugar, Aurora no se habría dejado enredar… Porque ella es diferente a los demás».

¡Yo no quiero ser diferente a los demás! Me hubiese gustado poder decírselo a Jacqueline. Pero entonces habría entendido que podía leerle el pensamiento, así que me conformé con escribir:

—¿Y si voy a tu casa esta semana?

—Tendré que preguntárselo a mamá primero. Trabaja en París y vuelve tarde a casa. Debo decirle todos los días lo que pienso hacer, y avisarla si quiero invitar a alguien a casa.

—¿Cuándo fue la última vez que llevaste a alguien a casa al salir de clase?

Jacqueline miró hacia otro lado.

—El año pasado. A una chica que se llamaba Natalie. Pero sus padres se mudaron a Singapur; su padre consiguió trabajo allí. Desde entonces… —Se encogió de hombros y añadió—: Creo que no he sabido integrarme. Aquí no tengo amigos.

—¡Claro que sí! Quizá no entre la pandilla de chicas que quieren controlarlo todo en nuestra clase, pero aquí estoy yo.

Eran un grupo de cinco chicas que cuando no estaban juntas se sentían mucho menos seguras de sí mismas. Cada vez que me cruzaba con una de ellas por la calle o en el colegio, siempre parecía tímida e incómoda. Pero cuando estaban juntas, asustaban a cualquiera que se dejase intimidar. Su cabecilla se llamaba Anaïs y era aún más bajita que yo. A diferencia de Dorothée —la jefa de las acosadoras que se habían metido con Émilie y su amiga Lucie hasta el punto de hacer que esta última desapareciese (hasta que yo resolví el misterio de su desaparición) —, Anaïs no se hacía la chula. Tampoco asustaba a la gente poniéndose delante de ellos y diciendo cosas desagradables. Anaïs mantenía la calma. Dejaba que su pandilla hiciera el trabajo sucio. Ella nunca levantaba la voz, sino que daba órdenes susurrándolas al oído. Y siempre tenía una sonrisa superfría para demostrarle a todo el mundo lo mucho que disfrutaba viendo a su pandilla metiéndose con los demás. Cuando

le di las gracias a Jacqueline después de leer su preciosa carta, vi que Anaïs me miraba fijamente durante un buen rato. Le molestaba que nos lleváramos bien. La gente como ella sabe que cuando dos personas se hacen amigas, pierden su poder y no pueden hacer más daño, y eso las enfada mucho. Cuando volví a mi mesa para sentarme, vi que Anaïs seguía mirándome, como si me hubiera convertido en uno de sus objetivos. Y vi que pensaba: «Si piensas que voy a dejar que te hagas amiga de Jacqueline… Si piensas que voy a dejar que alguien se porte bien contigo…».

Rápidamente escribí algo y levanté la *tablet* para que la viese.

—¿Por qué te da miedo ser amable?

Anaïs parecía sorprendida. Supongo que porque sabía que yo decía la verdad. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, su asombro se convirtió en malicia. Las chicas de su pandilla habían visto lo que yo había escrito. Intentaron ocultar su sorpresa, porque sabían que eso solo haría que Anaïs se enfadase aún más.

Me miró como si fuese su peor enemiga y me señaló con el dedo: «Ahora sí que te vas a enterar».

¡*Ding!*

Recibí un mensaje en la *tablet*. ¡Era del inspector Jouvet!

Hola, Aurora:

Supongo que habrás empezado el colegio y espero que te vaya lo mejor posible, si es que el colegio puede irle bien a alguien. ¿Podrías venir a la comisaría hoy al salir de clase? Necesito tu ayuda.

Él también debió de tener problemas en el colegio, para hacerme entender que a veces no era fácil. Pero había conseguido superar esas dificultades, ya que se había convertido en un gran detective. ¡Y yo era su ayudante! Además, me proponía volver a colaborar con él en un nuevo caso… Al menos, eso esperaba.

Josiane también me mandó un mensaje para decirme que la visita al médico había ido bien y que el bebé estaba sano. Pero no se encontraba demasiado bien. Todas las mañanas se despertaba con náuseas. El médico la había tranquilizado, asegurándole que era normal, pero quería saber si me importaría que no viniese al colegio por la tarde. ¿Podría volver sola a casa al salir de clase?

Inmediatamente le contesté que sabría arreglármelas bien sin ella y que, obviamente, podía volver sola a casa (Émilie tenía clase de danza después del instituto), y que todo iba bien en clase. No quería preocuparla contándole los malos pensamientos que había visto tras los ojos de Anaïs. Josiane no necesitaba más preocupaciones. También le mandé un mensaje a mamá para decirle que iría a ver al inspector Jouvet. Ella me contestó: No te quedes hasta muy tarde. Y dime si quieres que te recoja en la comisaría, volveré a casa a las 17.30.

Pero espero que ya hayas vuelto para esa hora.

La comisaría está a solo diez minutos a pie del colegio. En la calle, un indigente me pidió dinero para comer. Era muy joven y tenía una mirada muy triste. Le acompañaba un perro, que me miró amablemente, pero con cara de hambre.

Debo aclarar que ahora tengo un trabajito en casa. Todos los sábados paso la aspiradora por todo el piso, quito el polvo de los muebles y plancho la ropa que ha lavado mamá. Me paga veinte euros por todo eso. Se me da muy bien planchar y me encanta ordenar. En mi mesa también me gusta tenerlo todo en orden. En mi habitación, los libros están ordenados alfabéticamente (mamá me enseñó a hacerlo). Mi ropa está bien doblada. Los lápices que utilizo para dibujar están ordenados por colores, del más claro al negro. A menudo, Émilie me ha hecho comentarios sobre mi necesidad de orden, diciendo que tenía algo que ver con mi autismo. Una vez, mamá la oyó y se enfadó mucho con ella. Inmediatamente le pidió que se disculpase. Émilie se fue como una furia a su habitación. Mamá la siguió, llamó a la puerta con fuerza y la amenazó con castigarla sin salir durante todo el fin de semana. Al cabo de unos minutos, Émilie salió de su habitación con el ceño fruncido y me dijo que lo sentía.

—Gracias —le contesté—. La razón por la que necesito que las cosas estén ordenadas y organizadas es porque así me resulta más fácil enfrentarme al mundo.

—¡Y para humillarme a mí, que soy tan desordenada!

—Solo eres desordenada en tu habitación. Limpias la casa conmigo todos los sábados, ordenas el cuarto de baño y la cocina, y limpias

superbién el fregadero.

—Solo lo hago porque mamá me paga. Y, como siempre, a ti te toca la parte más fácil. ¡Yo también tengo que limpiar el váter!

—Podemos cambiar el sábado que viene, si quieres. Yo puedo hacer tu trabajo, y tú, el mío.

—¡Odio planchar!

Se dio la vuelta y se volvió hecha una furia a su desordenada habitación, que cerró de un portazo.

Cuando vi a aquel hombre mendigando en la calle, con su perro, que se notaba que tenía hambre, pensé en los veinte euros que ganaba cada sábado limpiando para mamá. También pensé en el billete de cinco euros que llevaba en el bolsillo, y en la comida que me esperaba en casa, y en el baño y la cama calentitos. Y en ese pobre hombre, que no tenía nada. Me saqué el dinero del bolsillo y se lo puse en la mano. Abrió los ojos como platos.

—¿De dónde has sacado todo este dinero?

—Me lo he ganado.

—¡Eres demasiado joven para trabajar!

—Limpio la casa para mi madre.

—¿Siempre hablas con eso que llevas en la mano?

—¡Sí!

—Interesante. Pero no puedo aceptar dinero de alguien tan joven como tú.

—No soy tan pequeña, tengo once años.

—Aun así, cinco euros es mucho dinero.

—Quiero ayudaros a ti y a tu perro.

—Eres demasiado amable.

—Josiane, mi profesora, me dijo una vez que nunca se es «demasiado amable».

—¡Tienes razón! Gracias por tu amabilidad.

—Espero que mejore tu situación.

—Yo también lo espero.

Cuando llegué a la comisaría, el hombre de la recepción me dijo: —Tú debes de ser Aurora, la ayudante del inspector Jouvet. Bienvenida a la comisaría. Soy el agente Janicot. Voy a tomarte las huellas dactilares y una foto para que tengas tu propio carné para entrar y salir de la comisaría. Y también para enseñarlo si te lo piden, para demostrar que trabajas oficialmente para la policía.

¡Mi propio carné! ¡Qué guay!

En la foto que me hizo el agente Janicot salía muy seria. ¡Tienes que parecer seria cuando trabajas para la policía! Dos minutos después, apretó varios botones, puso mi foto en una maquinita y… ¡tachán! ¡Ya tenía mi propio carné! Estaba plastificado para que no se estropease si se caía al suelo cuando perseguía a un delincuente. Estaba muy orgullosa de tener ese carné.

Entonces llegó el inspector Jouvet.

—¡Me alegro de verte, Aurora! Ya tienes tu propia placa. Ahora eres de la casa. Me gustaría presentarte a mis detectives. Ya conociste a unos cuantos cuando resolviste el caso de la desaparición de Lucie.

Estuve a punto de decir «¡Qué guay!», pero ahora que soy oficialmente la ayudante del inspector Jouvet, he decidido eliminar la palabra «guay» de mi vocabulario.

El inspector Jouvet me llevó a una sala donde había una cafetera, mesas y sillas y una máquina expendedora de bebidas y chucherías. Una mujer escribía a toda velocidad en el teclado de su ordenador, con la chaqueta apoyada en el respaldo de la silla y una pistola enfundada sobre el pecho. Era la detective Fayard. Cuando nos presentaron, se giró hacia el inspector Jouvet.

—Muy mona la niña. Los otros me dijeron que podía leerte el pensamiento, pero no me lo creo: eso es imposible.

Le toqué el hombro. Levanté la *tablet*, donde había escrito: «Está preocupada por su hija Emma, que no sonríe nunca y siempre se queja de que a su padre, su exmarido, Philippe, solo le interesa el bebé que acaba de tener con su nueva novia».

La detective Fayard me miró, estupefacta.

—¿Cómo sabes todo eso sobre mí?

Entonces le expliqué mi poder mágico.

—Vale, lo siento, me equivoqué al dudar de lo que me había dicho el inspector.

—Pero, igual que todo el personal de la comisaría, no debe hablarle a nadie de fuera del talento de Aurora —la advirtió el inspector Jouvet—. Ni siquiera sus padres saben que puede adivinar los pensamientos.

—Por supuesto, lo mantendré en secreto —contestó la detective Fayard—. Sobre todo ahora que forma parte del equipo. ¿Puedo recurrir a sus servicios ahora mismo para ver si puede confirmar…?

El inspector Jouvet levantó la mano, como un policía que detiene el

tráfico.

—No quiero decirle nada a Aurora antes de que ella misma evalúe la situación.

—¿Qué situación, inspector? —pregunté.

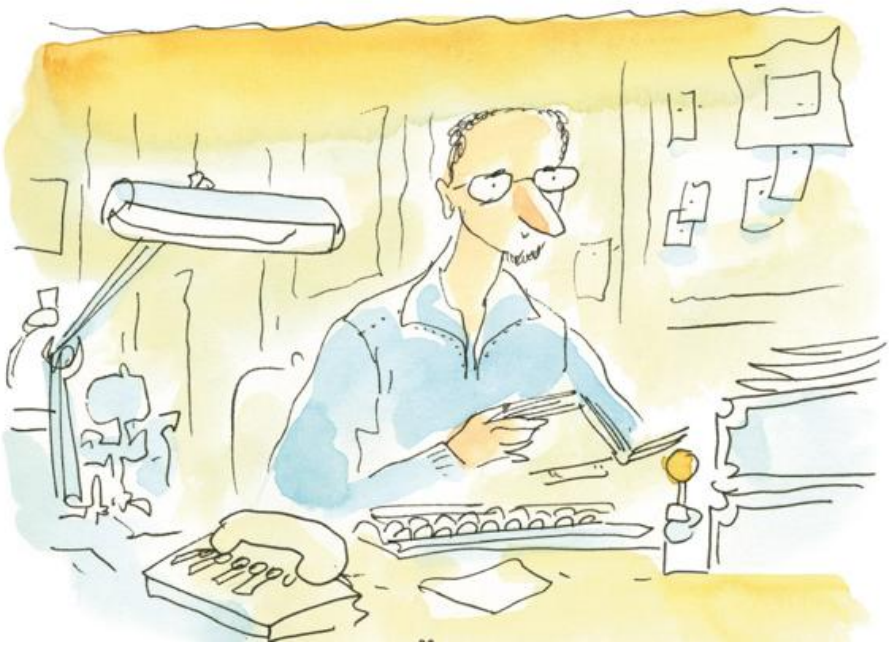
—Paciencia, Aurora —contestó el inspector Jouvet—. Muy pronto sabrás cuál es tu nuevo caso.

Antes de eso, me presentaron al detective Melville. Era un hombre delgado, con barba y gafitas redondas. Siempre estaba preocupado, dándole vueltas a todo y mordiéndose las uñas. Me enteré de que, en la comisaría, lo llamaban «el Profesor». Y es que, cuando no estaba tratando de desentrañar cada aspecto de un caso —le fascinaban cada detalle, giro y avance—, estaba concentrado leyendo un libro. Cuando lo conocí aquella tarde, estaba leyendo un libro de un tal Rousseau.

—¡Ah! Así que esta es la famosa Aurora —dijo—. Seguro que a ti también te gusta leer.

—¡Me encanta leer! Además, mi profesora Josiane me pidió que dejase de leer en la *tablet* y me pasase a los libros de verdad.

—¡Bien dicho! —exclamó el detective Melville—. No debemos abandonar los libros. ¿Has oído hablar de este?



Me lo enseñó: era una edición antigua, encuadernado en piel.

—¡Es precioso! —escribí.

—Era de mi abuelo. Me lo dio cuando me hice detective.

—¿Ese Rousseau era un delincuente? —pregunté.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El hecho de que su libro se titule *Las confesiones.* ¿Hizo algo malo? ¿Por eso se confesó?

—En realidad, Rousseau era un filósofo: un hombre que reflexionaba y escribía sobre la vida. Y se sirvió de cosas que le pasaron a él para

ilustrar los problemas a los que todos nos enfrentamos. Escribió cosas muy interesantes sobre la duda. La duda es cuando nos cuestionamos si somos buenos en lo que hacemos, si gustamos a los demás. Pero la duda, para un detective como tú o como yo, Aurora, significa que nos cuestionamos el sentido de lo que nos cuenta la gente. Y hace que entendamos que las cosas rara vez son totalmente blancas o totalmente negras. Suelen ser más bien grises. Hay otro pensador famoso, Montaigne, que tiene un dicho que me gusta mucho. Una frase que repite constantemente: «¿Qué sé yo?». Toda persona inteligente debería hacerse esa pregunta. Porque la mayoría no sabemos gran cosa.

—¡Aurora, ahora ya sabes por qué lo llaman «el Profesor»! —dijo el inspector Jouvet con una sonrisa.

—Estoy muy interesada en saber más sobre todo esto —le comenté al detective Melville.

—Puedo darte una lista de libros para leer. Y, si el inspector Jouvet lo permite, me gustaría verte trabajar. He oído hablar mucho de tu increíble don.

—¡De hecho, es un poder mágico!

Le eché una mirada al inspector y luego miré con preocupación a la detective Fayard. Hizo una mueca rara y la vi pensar: «Siempre se cree mucho más listo y brillante que nosotros. ¡Y todo lo que dice sobre los libros es superpretencioso!».

Justo cuando descubría ese pensamiento, oí una voz detrás de mí:

—Mélanie, deja de poner cara de amargada.

La persona que acababa de hablar era una mujer más o menos de la edad de mamá, con un traje pantalón azul, más bien recia, muy alegre y con un cigarrillo sin encender en la comisura de los labios.

—No tengo cara de amargada —replicó la detective Fayard—. Tú, sin embargo, no puedes parar de criticar a la gente.

—Y tú no soportas que el Profesor sea más listo que tú.

—¡Ah! ¿Es que ahora me lees el pensamiento?

—No, ese es el don de Aurora, no el mío.

Extendió la mano y estrechó la mía con fuerza.

—Soy la detective Coutard. Pero, como somos colegas, puedes llamarme Angélique. Yo no soy tan dura de mollera como la detective Fayard.

—A mí me ha parecido muy simpática —escribí.

—Gracias, Aurora —dijo la detective Fayard antes de girarse hacia su colega—. ¿Lo ves, Angélique? No todo el mundo te sigue el juego.

—Eres tú la que juega a tener un comportamiento pasivo-agresivo.

Me volví hacia el detective Melville y le pregunté:

—¿Qué es un comportamiento pasivo-agresivo?

—Parecer normal y agradable, pero ser malo.

¡Igual que las chicas del colegio!

—No soy mala —protestó la detective Fayard.

—¡Por favor! —contestó la detective Coutard.

—¡Basta! —las interrumpió el inspector Jouvet—. Nuestro nuevo fichaje va a pensar que nos pasamos el día discutiendo. Además, tenemos un caso que atender.

—Exacto —dijo la detective Fayard—. Y me da igual lo que piensen los detectives Coutard o Melville: me he pasado dos horas interrogando a esa chica esta mañana y sé que es culpable al cien por cien.

—Me gustaría estar tan seguro como tú sobre estas cosas —gruñó el detective Melville—. Pero, como le decía antes a Aurora…

—¡Ah, sí! Otra vez tu dichoso «nada es blanco ni negro en una investigación policial».

—Eres la única que piensa que todo es blanco o negro —dijo la detective Coutard.

—¡Bienvenida a la comisaría, Aurora! —exclamó el inspector Jouvet, y soltó un suspiro.

Aquello me recordó al colegio. Muchos de mis compañeros de clase siempre quieren demostrar que son mejores que los demás. ¿Es que la

gente discute a todas horas?

—¿Cuándo va a conocer Aurora a nuestra sospechosa? —preguntó la detective Coutard.

—¿Tengo que conocer a una sospechosa?

—Sí. Se llama Delphine Lartigau —dijo el inspector Jouvet—. Está detenida por un delito muy grave.

—¿Cómo de grave? —pregunté.

—Le ha robado objetos de valor a su familia. Y su madrastra, que la acusó del robo, ha desaparecido.

—¿Ha huido?

Me acordé de mi último caso, cuando Lucie, la amiga de Émilie, desapareció después de sufrir acoso.

—Hemos investigado en esa dirección —dijo el inspector Jouvet—, pero estamos empezando a preocuparnos seriamente: quizá le haya ocurrido algo malo. Por lo que hemos podido averiguar, no era una persona muy agradable. De hecho, trataba muy mal a Delphine. Eso me lleva a pensar que Delphine pudo haber explotado en un momento difícil y…

El inspector Jouvet no terminó la frase. No hacía falta, por el tono me di cuenta de que estaba hablando de algo muy serio.

—En cualquier caso, Delphine niega haberle hecho daño a su madrastra —intervino el detective Melville.

—Porque está mintiendo —replicó la detective Fayard.

—O porque tiene miedo —dijo la detective Coutard.

—¡Es culpable! —soltó la detective Fayard—. Sé reconocer a un mentiroso en un interrogatorio.

—Dejemos que Aurora juzgue por sí misma —propuso el inspector Jouvet.

—¿Dónde está Delphine? —pregunté.

—Abajo, en una celda.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve —contestó el inspector Jouvet.

—¡Qué horror! ¿Por qué tienen que encerrarla?

—Tuvo una discusión violenta con su madrastra. Al día siguiente, esta había desaparecido. Y había sangre en la casa.

—¿Dónde estaba su padre? —intenté averiguar.

—Muerto. Y su madre se fue hace años. Ahora vive muy lejos, en La Reunión. Todos los allegados de la familia han declarado que Delphine odiaba a su madrastra.

—¿Y dice que esa mujer era mala? —insistí.

—¿Qué más da? —dijo la detective Fayard—. Aunque le pegase…, eso no le daba derecho a Delphine a matarla.

—¿La ha matado? —repetí, sorprendida.

—No tenemos pruebas de que esté muerta —matizó la detective Coutard.

—La he interrogado —replicó la detective Fayard—. Intuyo que oculta algo.

—Así que intuye que ha hecho algo malo, ¿no? «Intuir» no es lo mismo que tener algo que «demuestre» que hizo algo malo, ¿no?

—Por supuesto —asintió el detective Melville.

—Aquí hay una pista —replicó la detective Fayard.

—Alguien perdió sangre. Eso no es la prueba de un asesinato —recordó el detective Melville.

¡Un asesinato! ¡Iba a ayudar al inspector Jouvet a resolver un asesinato!

—¿Cuándo puedo ver a Delphine? —escribí.

—Ahora mismo —contestó el inspector Jouvet—. Pero no vamos a llevarte a su celda para un cara a cara con ella, Aurora. Te llevaremos a una sala contigua. Hay un espejo en la celda, pero es un espejo unidireccional. Eso quiere decir que, desde la habitación de al lado, puedes verla sin que ella te vea.

Me pareció una situación un poco incómoda.

—¿Es peligrosa?

—Solo queremos que puedas decirnos lo que piensa sin enfrentarte a ella directamente.

—Bien —contesté—. Pero no sé si sabe, inspector, que mi poder funciona mejor cuando tengo delante a la persona. Cuando puedo sentir realmente quién es.

—¡No vamos a meter a una niña pequeña en la misma habitación que una asesina! —se indignó la detective Fayard.

—No soy pequeña —respondí.

—¡Además, no sabemos si es una asesina! —matizó el detective Melville—. Creo que, si uno de nosotros acompaña a Aurora, no corre ningún peligro.

El inspector Jouvet se quedó pensativo un momento y dijo:

—Dejaré que Aurora acompañe al detective Melville.

—¿Me está sacando del caso? —protestó la detective Fayard.

El inspector Jouvet le lanzó una mirada que significaba: «Aquí soy yo

quien toma las decisiones, no tú. ¡Además, eres una maleducada!». La detective Fayard bajó la mirada y se obseervó la punta de los zapatos, igual que hace mi hermana Émilie cuando mamá la regaña cuando se porta mal.

—Solo quiero una perspectiva nueva, y nombro al detective Melville y a mi ayudante Aurora para que intenten un nuevo enfoque.

¡Iba a trabajar con el Profesor! ¡Genial!

Mientras bajábamos a la celda, el inspector Jouvet me susurró:

—Si tienes miedo, Aurora, dímelo a mí o al detective Melville, y te sacaremos de ahí.

—No suelo tener miedo —contesté.

Pero tenía que reconocer que el pasillo con las celdas resultaba realmente aterrador. Era un lugar muy oscuro, con gente triste o enfadada en habitaciones muy pequeñas con barrotes. En cada celda solo había una ventana minúscula, una cama estrecha y una triste mesa. No podía imaginarme que alguien pudiera estar encerrado allí día y noche.

Como si me hubiera leído el pensamiento, el inspector Jouvet me explicó:

—Sé que es un lugar siniestro. Pero aquí solo tenemos a las personas que han hecho cosas graves, hasta que el tribunal decida si las pone en libertad antes del juicio.

—¿Y si van a una cárcel de verdad, también viven así?

—Por desgracia, sí. Así son las cárceles.

—Ya entiendo por qué casi todo el mundo prefiere respetar la ley.

—A veces, algunas personas cometen delitos porque están enfadadas, o por venganza, o porque necesitan dinero, o porque tienen problemas psicológicos —dijo el inspector Jouvet—. Y acaban aquí.

Llegamos a la celda. Había una guardia delante de la puerta. El inspector Jouvet le hizo un gesto con la cabeza y ella sacó una llave grande para abrir. Y entramos.

Delphine estaba sentada en la cama, de espaldas a nosotros. El inspector Jouvet la llamó por su nombre, pero ella se negó a volverse. El inspector dijo:

—Ya sé que es difícil, Delphine. Pero hay unas personas que han venido para ayudarte.

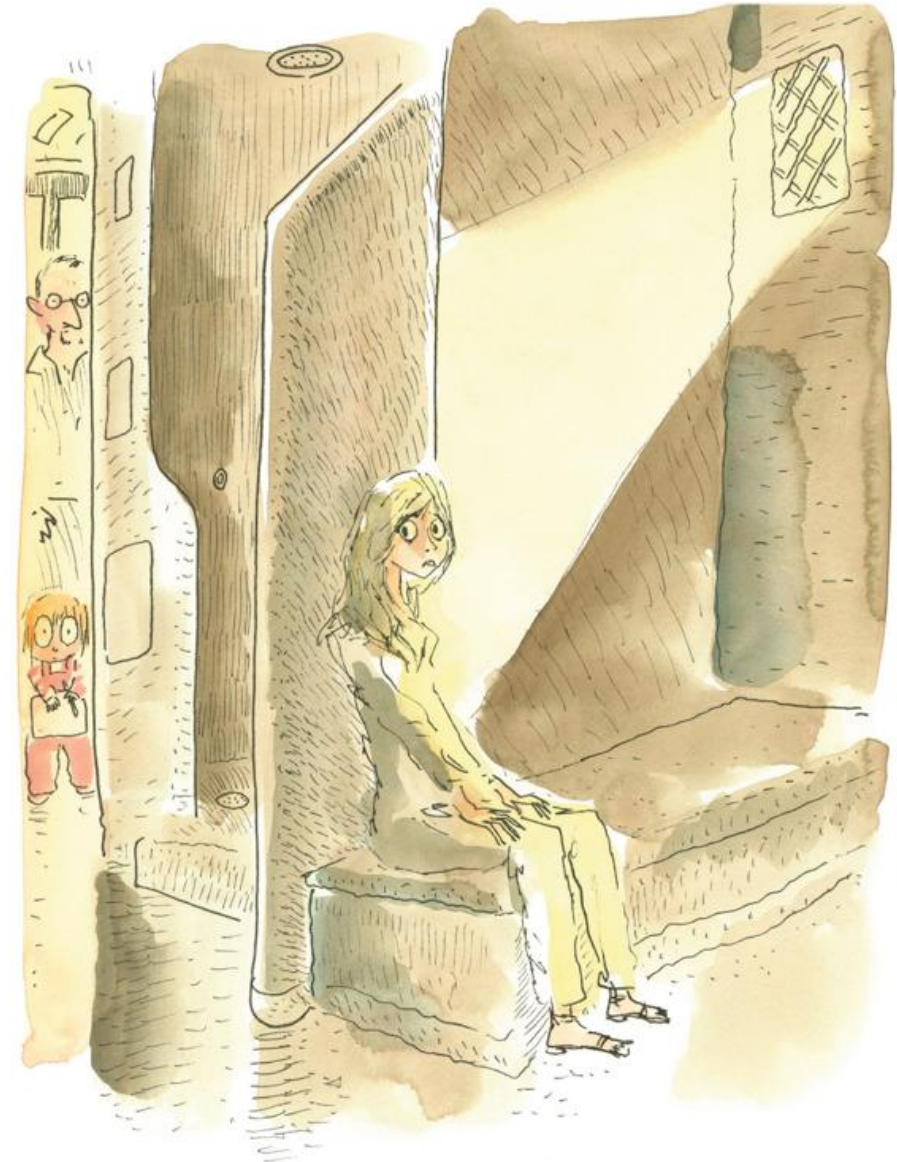
—¿Para ayudarme? ¡Para ayudarme! Me habéis encerrado aquí y…

Y entonces se dio la vuelta. Vi que era una chica muy joven, con cara de asustada. Tenía pinta de no haber dormido desde hacía días, y parecía muy ansiosa. Echó a andar de un lado a otro de la celda.

—¿Qué hace aquí esa niña rara? —gritó de repente.

«Rara». Otra vez. Siempre la misma palabra cuando hablan de mí.

—Esa no es una forma muy agradable de hablar de mi ayudante —comentó el inspector Jouvet.



Escribí en mi *tablet* y se la enseñé a Delphine:

—Me llamo Aurora y me gustaría ayudarte a salir de aquí.

—¿Por qué no hablas?

—Porque no puedo —escribí—. Pero puedo hablar contigo perfectamente gracias a mi *tablet*. Y me encantaría hacerte algunas preguntas.

—¿Qué clase de broma es esta? —gritó Delphine—. ¿Cómo va a ayudarme esta niña rara?

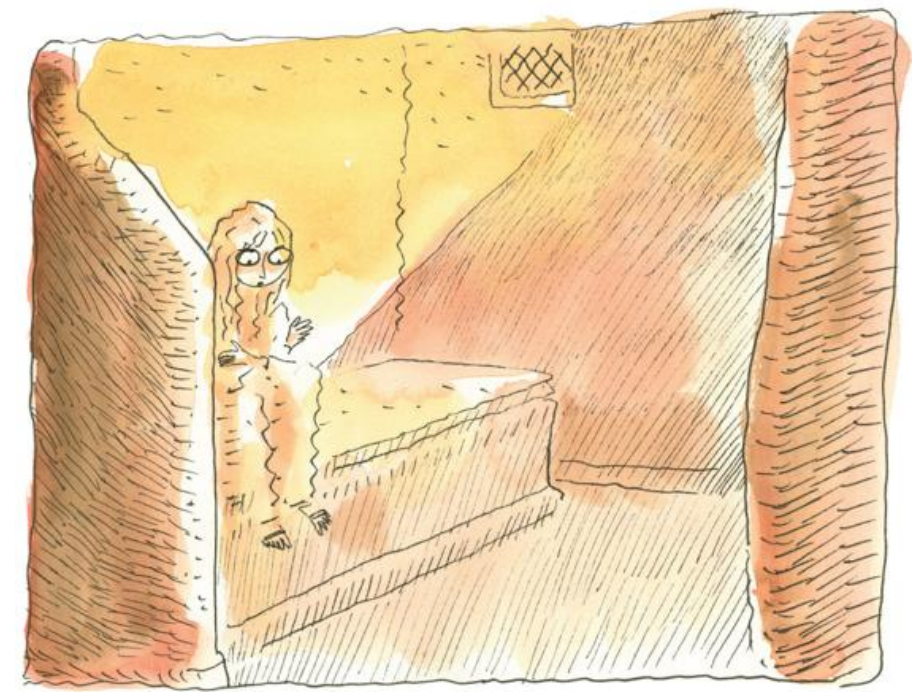
Se dejó caer sobre la cama y se echó a llorar, con la cabeza entre las

manos. Afortunadamente, justo antes pude ver detrás de sus ojos. Cuando comprendimos que no iba a hablar con nosotros y empezó a sollozar cada vez más fuerte, el inspector Jouvet nos indicó que teníamos que irnos. La guardia cerró la puerta con llave detrás de nosotros. En el pasillo, el inspector y el detective me miraron fijamente.

—¿Qué? ¿Qué has visto, Aurora?

Fruncí los labios, porque lo que había visto detrás de los ojos de Delphine no era ni bueno ni malo. Estaba en un punto intermedio.

—En realidad, lo que pensaba… —contesté— era una sola frase, que se repetía en bucle: «Estoy metida en un buen lío, estoy metida en un buen lío, estoy metida en un buen lío…».



El inspector Jouvet y el detective Melville intercambiaron una mirada, desconcertados. Y aprendí una nueva palabra cuando el Profesor dijo:

—No es una prueba de culpabilidad ni de inocencia. Es… ambivalente.

La ambivalencia es cuando uno tiene sentimientos encontrados sobre alguien o algo. También significa que no estás seguro de una situación, o que no puedes tomar una decisión.

Encontré la definición buscando la palabra en el diccionario. Siempre deberíamos hacerlo cuando nos encontramos con una palabra nueva y

queremos saber más sobre ella. Los diccionarios son muy interesantes: en ellos no solo se aprende el significado de una palabra, sino también sus diferentes usos.

Busqué «ambivalencia» cuando volví a casa de la comisaría. Mamá seguía en la oficina y Émilie estaba en clase de danza, pero Josiane me había mandado un mensaje para decirme que podía pasarse por casa para que le contase cómo me había ido en el colegio.

Josiane vive muy cerca de mi casa, a tres minutos a pie, así que ya estaba esperando delante de mi edificio cuando llegué. Me dio un fuerte abrazo y me dijo que por la tarde ya estaba mejor de su «enfermedad del bebé» (así la llamaba ella). Subimos al piso. Al llegar a la cocina, vertí leche en un cazo y añadí un poco de chocolate en polvo para hacernos un chocolate a la taza.

—¿Ha pasado algo malo hoy, Aurora? —me preguntó Josiane.

Terminé de remover el chocolate caliente en el cazo y lo eché en dos tazones. Mi bebida marrón oscuro estaba deliciosa, como siempre. Cuando las cosas se tuercen, el chocolate siempre me devuelve la sonrisa. Le conté a Josiane lo que aquella niña infeliz y enfadada, Anaïs, pensaba de mí, y cómo había jurado pillarme por banda.

—Sobre todo, si intenta algo, me lo dices y le ponemos freno —dijo Josiane.

—¡Quiero defenderme yo sola!

—Eres muy valiente, Aurora. Pero a veces conviene que intervengan los adultos si una pandilla la toma con un niño que está solo.

—Cuando Lucie desapareció, fue mamá quien al principio se metió en un lío, no esas chicas horribles. A menudo, los adultos no se toman en serio el acoso, no se dan cuenta del daño que hace.

—¿Les tienes miedo a esas chicas?

—¡Claro que no, gracias a mi poder! Pero no me gusta la idea de encontrarme con ellas cada vez que entro en clase. Y ahora Anaïs es mi enemiga, y no sé por qué.

—Te tiene envidia. Además, debe de intuir que no le tienes miedo. Eso hace que los acosadores se enfaden aún más. Ha entendido que no tiene poder sobre ti, y ahora hará cualquier cosa para que las temas a ella y a su pandilla. Por eso deberías dejarnos intervenir a la señora Chamaillard y a mí.

Me quedé un momento pensando en la pobre Delphine, encerrada en la celda. Su madrastra debía de haberla maltratado. Me pregunté si la policía había interrogado a suficientes personas para saber hasta qué punto la madrastra había tratado mal a Delphine, y las consecuencias que ese maltrato podría haber tenido en ella. Pensé en enviarle un mensaje al Profesor para hablarlo con él.

Josiane adivinó que estaba preocupada. Ella también, a su manera,

puede leerme el pensamiento.

—¿Ha pasado algo en la comisaría? —preguntó—. ¿Hay algo que te preocupe?

—No puedo hablar del tema. Investigación policial. He hecho un trato con el inspector Jouvet y mis colegas sobre lo que ellos llaman «confidencialidad» (otra palabra que tengo que buscar para saber más). Significa no contar los secretos de los demás.

—Tienen razón al insistir en eso, y te felicito, Aurora, por respetar ese principio. Pero me preocupa que estés alterada por algo que hayas visto allí.

Pensé un momento para elegir cuidadosamente mis palabras. Luego escribí:

—Me has dicho muchas veces que la bondad y la justicia son las cosas más importantes del mundo. Que no debemos dejar que a la gente le pasen cosas malas. Que no debemos permitir que se acuse falsamente a las personas, ni que las ataquen por su procedencia o por sus creencias. Así que… En el caso que tengo entre manos, varias personas acusan a otra y yo creo que no ha hecho nada. Pero aún no he podido leer en ella ningún pensamiento que demuestre su inocencia. Estoy preocupada por ella…

—Entiendo —dijo Josiane—. ¿Crees que la policía estaría dispuesta a dejarte un momento a solas con esa persona?

—El problema es que se siente tan mal por haber sido acusada y estar encerrada en una celda minúscula que no quiere hablar con nadie.

—Está asustada y desconcertada. Intenta encontrar la manera de entrar en su celda y hacerla hablar. Y quiero que sepas que puedes contar conmigo si esas acosadoras la toman contigo.

—No digas «si», sino «cuando», porque sucederá. Pero intentaré apañármelas sola.

—¡Eres muy valiente, Aurora!

—Me has enseñado tú, Josiane.

Me preguntaba si sería tan valiente al final del curso, cuando Josiane se fuera.

¡Íbamos a pasar el fin de semana en París!

Voy a París todos los fines de semana para ver a papá y a Chloë, pero este sería un fin de semana especial, porque estaría con mamá. Y porque pasaríamos la noche en un París diferente, un lugar llamado la Défense, con grandes edificios muy modernos. Mamá me dijo que iba a ser muy guay y que me iba a gustar mucho. Émilie dijo que la Défense era enorme y horrible, y que odiaba los edificios modernos porque no eran nada bonitos comparados con los edificios antiguos de París. Y que no quería ir, que prefería quedarse en casa.

He visto algunas fotos de la Défense en la *tablet* y me ha parecido que estaba muy bien. Me alegraba de poder pasar el fin de semana allí con mamá, que quería presentarme a Charles, su nuevo novio.

Tomamos el tren de cercanías hasta Châtelet. «¡Solo a once minutos de Fontenay!», como repite siempre mamá.

Cuando llegamos a Châtelet, tuvimos que caminar varios kilómetros entre la multitud para llegar a la línea 1 del metro, que va hasta la Défense. Mamá siempre teme que no soporte las multitudes, porque a ella no le gusta lo que denomina «el frenesí de las grandes ciudades». Se crio en el campo, en Champagne, donde viven mis abuelos. No tiene mucha relación con sus padres. Dice que son conservadores y que la juzgan constantemente, a ella y a su hermana Ingrid.

La tía Ingrid estuvo con nosotras el fin de semana anterior. Nos hace reír mucho a Émilie, a mamá y a mí. Es muy divertida, y ve el mundo de una manera muy loca.

Me hubiese gustado preguntarle cómo enfrentarme a esas chicas horribles del colegio, pero mamá siempre estaba cerca y no quería que se preocupase. Luego papá vino a buscarme y me llevó a su casa en el distrito 19. La tía Ingrid y él parecían contentos de verse: se abrazaban con fuerza, se gastaban bromas y se reían mucho. Mientras tanto, mamá sonreía, pero estaba tensa. La había visto mirar a papá y pensar: «Lo dejé demasiado pronto… Lo juzgué demasiado y demasiado rápido».

Cuando volví de casa de papá, el domingo a última hora de la tarde, la tía Ingrid aún estaba en casa, a punto de salir hacia París para tomar el último tren de alta velocidad hacia Marsella. Me había preguntado qué había hecho con papá y luego me había dicho:

—Yo he conocido al amigo de tu madre, Charles, y es un tipo simpático.

Pero detrás de sus ojos vi: «¡Simpático para ser banquero! Pero es una gran mejora con respecto a su anterior novio».

¡Ahora me tocaba a mí conocer a Charles! Mamá me agarraba de la mano con fuerza en el metro. El vagón estaba lleno y no había asientos libres.

—Charles tiene muchas ganas de conocerte —dijo mamá mientras nos acercábamos a la Défense.

Me enteré de que tenía la misma edad que mamá, había nacido en Niza y le encantaba el sur, pero que llevaba mucho tiempo trabajando en París.

—¿Está divorciado, como tú?

—No, nunca ha estado casado, pero estuvo con alguien durante años, en París, hasta hace poco. Y no tiene hijos. ¡Estoy segura de que os vais a llevar bien!

Charles nos esperaba a la salida del metro, en la Défense. Era muy alto y muy guapo. Parecía uno de esos hombres que cuidan mucho su forma de vestir y su barriga, que debe mantenerse totalmente plana. Reparé en ello porque papá siempre dice de sí mismo que parece «una cama sin hacer» (¡las palabras son suyas!). Pero papá es un artista, y me gusta que sea un poco desordenado, aunque preferiría que hiciera más deporte. Creo que sería mejor para él. Sé que cuando haces deporte, ves el mundo con un poco más de alegría. Era evidente que Charles hacía mucho deporte, y que también le gustaba mucho tener los dientes blancos. Enseguida fue muy amable conmigo: me dijo lo contento que

estaba de que pasásemos el fin de semana juntos, y que íbamos a llevarnos bien.

Charles vivía en un piso en lo más alto de una de las grandes torres modernas de la Défense. Los muebles eran totalmente nuevos, en tonos grises y negros, como en las revistas. En la cocina estaba todo perfectamente ordenado. En la mesa baja del salón, las revistas estaban perfectamente alineadas. Y las toallas del baño estaban dobladas de una manera muy concreta.

—Te gusta que todo esté impecable —dije cuando Charles me enseñó en su despachito el sofá cama donde yo iba a dormir.

—Mi padre era militar y era intransigente en cuanto al orden. Y a mi madre la criaron unos padres muy estrictos que la castigaban si no hacía bien la cama. A mi hermana y a mí nos exigían mantener la casa ordenada. Pero si te dejas un jersey en el sofá, no te preocupes, ¡no voy a enfadarme contigo! Todo lo contrario, me gusta que no todo el mundo esté tan obsesionado con el orden como yo.

—A Aurora también le gusta mucho el orden, ¿verdad? —dijo mamá.

—Cuando mi habitación está limpia y ordenada, la vida es más fácil —escribí.

—¡Exacto! —exclamó Charles—. Tú y yo vemos las cosas de la misma manera.

En el banco, Charles trabajaba en algo llamado «recursos humanos».

—Me ocupo de los problemas de las personas que contratamos. Me aseguro de que se adaptan bien y de que son lo más felices posible. Me aseguro de que la gente que trabaja para nosotros tiene competencias y perfiles diferentes. Por ejemplo, tú que hablas con la *tablet*, pero tienes un talento increíble y te implicas en todo lo que haces, pues…, dentro de unos años, cuando estés lista para buscar trabajo, ¡nos interesará tu perfil!

—¡Pero yo no quiero trabajar en un banco! —escribí.

—A tu edad, aún es demasiado pronto para decidirlo —matizó Charles.

—Pues a mí me encanta trabajar en un banco —intervino mamá.

Al mismo tiempo, vi que pensaba: «Ojalá Aurora no fuera siempre tan sincera».

—No tengo nada en contra de los que trabajan en un banco —escribí —. Es que ya sé lo que quiero ser de mayor: ¡detective de policía!

—Sí, tu mamá me contó que resolviste la desaparición de la amiga de tu hermana, y que ahora eres amiga del inspector de policía que llevaba el caso.

—¡No soy su amiga, soy su ayudante!

Estuve a punto de decir que me había dado un nuevo caso, pero me contuve. Sin embargo, sabía que pronto tendría que decirle a mamá que el inspector Jouvet volvía a necesitar mi ayuda.

—Pues debes de ser muy buena descubriendo los secretos de la gente —dijo Charles.

—No puedo hablar de mi trabajo con la policía.

—Claro, no tienes derecho.

Pero vi que pensaba: «Debo tener cuidado con ella. Tengo la sensación de que es capaz de adivinarlo todo».

¿Por qué pensaba eso?

Mamá le dedicó una gran sonrisa y aclaró:

—A Aurora le encanta la aventura, sobre todo cuando tiene que ver con los problemas de los demás.

—¡Igual que mi trabajo! —contestó Charles.

Pero vi lo que pensaba: «¡En realidad, preferiría ser detective que trabajar en un banco!».

Dormí muy bien en el sofá cama de su despacho. A la mañana siguiente, Charles me preparó un excelente chocolate a la taza para desayunar. Luego nos llevó a un cine que tenía la pantalla más grande del mundo, donde vimos una película con una cosa llamada IMAX, sobre animales en África, y todo el tiempo tuve la sensación de que los leones y los guepardos iban a abalanzarse sobre nosotros, de tan grandes y reales como parecían. Luego nos invitó a comer en un restaurante de otro edificio moderno, donde servían auténticas hamburguesas americanas, y donde mamá y Charles también podían beber vino. Me encantan las hamburguesas. Todos los camareros del restaurante iban vestidos de vaqueros y vaqueras, y la música era americana, con guitarras, y había serrín en el suelo. Charles nos contó que en los bares del Lejano Oeste el suelo siempre estaba cubierto de serrín.

—¡Esto es lo último que esperaba encontrarme en la Défense! —dijo mamá—. Eres una caja de sorpresas, Charles.

—Cuando sea mayor, me gustaría ir al Lejano Oeste —escribí.

Charles me caía bien: era sonriente y cálido, y quería complacer a mamá constantemente. Se extasiaba con lo interesantes que eran las cosas que ella contaba, o le repetía lo guapa que era, o la tranquilizaba sobre el mal humor de Émilie explicándole que «todos los adolescentes son así». Cuando dijo eso, se me ocurrió algo y lo escribí inmediatamente en la *tablet*:

—¿Cómo sabes que los adolescentes pueden ser difíciles, si no tienes hijos?

Mamá se apresuró a contestar:

—¡No hace falta tener hijos para saber que los adolescentes pueden ser muy difíciles, Aurora! Además, Charles trabaja en recursos humanos, y eso quiere decir que sabe detectar muy bien el carácter de la gente.

—Eso que has dicho es muy bonito —respondió Charles, besándole la mano a mamá.

Pero en el momento en que posó los labios sobre los dedos de ella, capté un pensamiento detrás de sus ojos: «Es maravillosa y me adora. Si se entera de mi secreto, seguro que me dirá que se acabó».

¿Qué secreto?

Rápidamente escribí algo en la *tablet*:

—Es increíble que entiendas tan bien a las adolescentes sin tener una que te vuelva loco, como Émilie a mamá.

—Émilie ya saldrá de su periodo gruñón, Aurora, ya lo sabes —dijo mamá—. Igual que te pasará a ti algún día: serás gruñona y luego dejarás de serlo.

—¡Nunca seré como Émilie! —escribí.

En ese momento, Charles miró el fondo de su vaso: «Espero que no se enfade tanto como mi hija Cécile, que se niega a hablar conmigo desde que su madre y yo nos separamos».

Después de pensar eso, Charles miró hacia donde yo estaba. Vi su cara de preocupación y, detrás de sus ojos: «¿Esta niña, tan inteligente, lo ha entendido todo? ¿Está a punto de descubrirme?».

Estuve a punto de decir algo, pero una vez más me di cuenta de que, si hablaba, descubrirían mi poder mágico. Así que me limité a sonreírle a Charles y a encogerme de hombros, como pensando: «No sé nada de nada».

Cuando, en realidad, ahora sabía que tenía una mujer y una hija en alguna parte.

Cuando volví a casa con mamá después del fin de semana, el piso estaba hecho un asco. Había montones de platos sucios en el fregadero, ropa por todas partes, bolsas de comida rápida vacías ¡e incluso un cuenco a rebosar de colillas! La música estaba puesta a todo volumen. Mamá se asustó cuando vio el estado del piso… ¡y los cigarrillos! Entró rápidamente en la habitación de Émilie y la encontró tumbada en la cama, con una botella de vino vacía por el suelo. Mamá se puso furiosa y luego fue presa del pánico cuando vio, después de zarandearla, que Émilie no se despertaba. Le dije a mamá que debíamos llamar a una ambulancia. Puse la *tablet* delante de la boca de mi hermana y vi un poco de vaho en la pantalla. Mamá hizo algo difícil, pero necesario: abofeteó a Émilie. Mi hermana dejó escapar un pequeño gemido. ¡Buenas noticias, seguía con nosotras! La llevamos al cuarto de baño. Émilie hacía unos ruidos muy raros, como si estuviera en mitad de una pesadilla en la que no podía hablar. Mamá la puso de rodillas delante del váter. Me pidió que la dejase a solas con Émilie: iba a hacerla vomitar para que echase todo el alcohol. Salí preocupada, pero también decidida a ayudar a mamá. Así pues, me recorrí el apartamento y recogí los platos sucios, las bolsas vacías de comida rápida y el cuenco de cigarrillos aplastados. Tiré todas las cosas asquerosas que se había comido y fumado. Puse los platos sucios en el lavavajillas. Abrí las ventanas del salón para ventilar. Entonces oí que tiraban de la cadena. Mamá me llamó para que la ayudase a levantar a Émilie. Volví a entrar en el cuarto de baño y las dos llevamos a Émilie hasta el lavabo. Mientras la sostenía, mamá abrió el grifo, mojó una manopla y se la pasó por la cara y la boca a mi hermana. Luego cogió un cepillo de dientes y pasta dentífrica y se las arregló para cepillarle los dientes, porque la boca de Émilie no era un espectáculo agradable. Luego la llevamos a su habitación. Mamá me pidió que saliese, porque iba a ponerle el pijama a Émilie y a acostarla en la cama.

—Ahora necesita dormir.

Me di cuenta de que mamá intentaba poner buena cara al decirlo, pero se le quebró un poco la voz, como si estuviera a punto de llorar.

Al salir de la habitación, vi el iPhone de Émilie en el suelo, junto a la botella vacía. Recogí las dos cosas y fui a la cocina. Metí la botella en el cubo de reciclaje del vidrio. Le eché un vistazo al iPhone y me encontré con un perfil de una red social lleno de fotos de Mathieu con otra chica, besándose en una heladería y en la calle. Muchas de estas imágenes parecían *selfies* tomados por la chica, que se llamaba Phoebe. Era su muro. También había una foto más antigua de Émilie y Mathieu juntos, con cara de felicidad (¡pero sin besarse, menos mal!), pero esa foto estaba tachada con una gran cruz. Debajo, la tal Phoebe había escrito: «Pertenece definitivamente al pasado».

Luego estaban todos los comentarios de chicas que debían de ser amigas de Phoebe. Por ejemplo: «No me extraña que la haya dejado. Está flaca y es fea». O: «Esa Émilie es una pretenciosa. Seguro que nadie quiere ser amigo suyo». O también: «¿Sabes por qué Émilie está tan flaca? Porque tiene que aguantar a esa hermana suya tan rara que no sabe hablar».

¡Pobre Émilie! ¡Le habían hecho algo horrible! ¿Por qué la gente siempre se mete con quienes se niegan a pertenecer a una banda o no se parecen a ellos? ¿Por qué no puede molar ser diferente?

Mamá salió de la habitación de Émilie con buena cara, a pesar de todo lo que acababa de pasar.

—Gracias por tu ayuda, Aurora. Tu hermana debió de querer probar

el vino…, y la cosa se le fue de las manos.

Mamá intentaba ser positiva, como siempre, pero se notaba que estaba muy preocupada. Le di un abrazo y le enseñé el móvil de Émilie y todas las cosas horribles que habían escrito en el muro de esa chica. Mamá se tapó la boca con la mano cuando vio la foto de Émilie y Mathieu tachada con una gran cruz. Después de estar al borde de las lágrimas unos segundos antes, su rostro se endureció súbitamente y dijo:

—¡No se van a salir con la suya! ¿Cómo pueden ser tan crueles? ¡Tu hermana no se merece que la traten así!

Me sentí aliviada cuando dijo que iba a llamar a papá para pedirle que viniera inmediatamente a casa. Al mismo tiempo, pensé: «Mañana voy a tener que enfrentarme a la odiosa de Anaïs».

Papá vino esa misma noche. Se quedó con Émilie durante casi dos horas, aunque ella estaba profundamente dormida. Me puso en su regazo y me dijo que le había prestado una ayuda fantástica a mamá, y que los adolescentes como Émilie a menudo hacen tonterías con el alcohol; que estaba «desesperada» por lo que había pasado y que era terrible la forma en que los acosadores se servían de las redes para hacer daño a los demás.

Papá parecía cansado y tan triste como mamá. Ella le preguntó si había cenado. Papá explicó que Chloë había pasado el día con sus amigos informáticos y que él había intentado escribir, pero no le había salido, y que deseaba que fuera más fácil, que últimamente era un mar de dudas.

—Tú, sin embargo, pareces estar muy bien. ¿Hay alguien en tu vida?

Me alegré de que mamá y papá estuvieran charlando tan a gusto. Y también me alegré de que estuvieran tan unidos cuando se trataba de Émilie y de mí. Pero me preocupaba el secreto de Charles, y me parecía imposible contárselo a mamá. De hecho, no podía contárselo a nadie…, menos a Alba.

Así que dejé a mamá y a papá en la cocina y me fui a mi habitación. Necesitaba pasar un rato en Sésamo. Inmediatamente.

Puse la estrella en la *tablet*, la miré fijamente unos segundos y pronuncié la palabra mágica: «¡Sésamo!».

Un instante después, estaba de nuevo en la calle Théâtre, en el distrito 15. Allí estaba Alba, con nuestro tándem y una bolsa llena de napolitanas de chocolate. Me dio un fuerte abrazo. Me contó que Degas y Monet se habían ido a pasar unos días a un pueblo de la Provenza llamado Saint-Paul-de-Vence, donde el sol brillaba aún más que en Sésamo; por eso a muchos artistas les gustaba tener allí su estudio. Me dijo que había pensado en una actividad para esa tarde: pasar tiempo con los gatos.

—Me encantan los gatos —dije—. ¡Pero ya sabes lo mucho que me gustan los perros!

—Sí, pero pienso que necesitas sentarte tranquilamente y hablar, y lo que pasa con los perros es que siempre quieren jugar. Los gatos son diferentes. Son silenciosos e independientes. Todo el mundo piensa que no les importa si estás o no, pero, en realidad, los gatos necesitan estar con nosotros mucho más de lo que les gusta reconocer.

Así que fuimos al parque de los gatos: un pequeño jardín, en Sésamo, con grandes árboles verdes, bancos y hamacas donde duermen los gatos. También hay una zona de juegos para gatos, con toboganes, columpios y un pequeño tiovivo que los gatos hacen girar ellos solos. A diferencia del parque para perros, donde se oyen ladridos constantemente, en el parque para gatos todo está muy tranquilo. Un maullido de vez en cuando y muchos ronroneos. Como estamos en Sésamo, nunca hay peleas de gatos. Alba me contó que los gatos de Sésamo habían tenido una gran reunión recientemente en la que habían decidido que el parque para gatos sería un lugar para hacer ejercicio y estar en silencio. Esto

quería decir que allí los humanos solo podían hablar en susurros.

—La semana pasada, la señora Turgeon, la panadera, vino aquí en su descanso. Ya sabes lo contenta que está siempre, el ruido que hace al reírse y lo fuerte que habla. Pues bien, cinco gatos se acercaron a ella y le pidieron amablemente que bajara la voz. Al día siguiente, para disculparse, les trajo una caja de magdalenas.

—No sabía que a los gatos les gustaban las magdalenas.

—¡Y los cruasanes!

Estábamos hablando en susurros. Era el momento del día en el que casi todos los gatos dormían la siesta. Me alegré de que estuviesen todos dormidos, porque Alba me hizo muchas preguntas sobre el Mundo Cruel. Le conté todo lo que le había pasado a Émilie, que se había bebido una botella de vino después de ver cosas horribles sobre ella en el muro y ahora estaba durmiendo.

—Las personas suelen recurrir al alcohol o a las drogas cuando son infelices o sufren abusos. ¡Pobrecita! Menos mal que tú y tus padres estabais ahí para ayudarla. Cuando uno «ahoga las penas» en alcohol o en otra cosa, luego siempre se siente mal. ¡Puede incluso ponerse muy enfermo! Cuando tienes un problema, siempre es mejor hablar con alguien: un padre, un amigo, un profesor…

—Sí, pobre Émilie —dije, y solté un suspiro—. Debió de quedarse destrozada con lo que leyó en ese perfil, ¡sobre todo porque todos los alumnos del colegio también podían verlo! Cuando algo está en las redes, todo el mundo puede verlo.

—Esa es una de las cosas que me gustan de Sésamo. ¡No hay redes sociales! ¡No hay compras por Internet! ¡No hay pantallas!

—Lo que me preocupa es que a Émilie le dé miedo volver a clase.

—Seguro que tus padres hablan con los profesores para poner fin a esta situación.

Entonces le conté a Alba lo del novio de mamá y el secreto que había descubierto.

—Muchos adultos guardan secretos. Y muchos tienen vidas complicadas en el terreno amoroso. Se enamoran. Creen que su amor durará para siempre. Llegan los problemas. A veces, encuentran soluciones. A veces, no, y entonces deciden separarse.

—Igual que mamá y papá en el Mundo Cruel.

—Pero lo bueno es que tu madre y tu padre están unidos cuando se trata de ti y de Émilie. No se odian. En cuanto al nuevo novio de tu madre, creo que sería bueno que le pidieses consejo a un adulto. ¡Pero no a tu papá!

—Claro que no. Creo que sé con quién voy a hablar de esto. Hasta entonces…

Una voz del Mundo Cruel se unió bruscamente a nosotros en el parque de los gatos.

—¡Aurora!

¡Papá! Lo oía llamando a la puerta de mi habitación. Y los gatos también. Dos de ellos abrieron los ojos y me miraron. No estaban enfadados (al fin y al cabo, estábamos en Sésamo), pero parecían decir: «¿Podrías decirle a tu papá que nos deje dormir la siesta, por favor?».

Así que abracé a Alba, me metí los dedos en los oídos y susurré: «Vuelta a los problemas».

Y…, ¡tachán!, estaba de nuevo en la cama de mi casa. Me levanté y abrí la puerta. Papá estaba plantado delante de mí, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Buenas noticias! Émilie está de nuevo entre nosotros.

—¡Genial! —escribí—. ¿Cómo se encuentra?

—Tiene un dolor de cabeza espantoso. Eso es lo que pasa cuando bebes demasiado…

—¡Sobre todo cuando solo tienes catorce años!

—Te puedo garantizar que, aunque seas adulto, también lo notas.

—¿Puedo ir a verla? —pregunté.

—Se siente avergonzada y culpable, y no se encuentra bien. Mamá y yo hemos hablado con ella. Mañana iremos a ver a la directora del instituto para decirle que este acoso tiene que terminar. Émilie ha preguntado si podía faltar a clase mañana, porque le da miedo enfrentarse a los demás después de lo que escribieron sobre ella. Piensa que todos se reirán de ella. ¡No podemos dejar que eso ocurra! —Se quedó callado un momento y añadió—: También quería decirte, Aurora, que si alguien te acosa en el colegio, tienes que contárnoslo a mamá y a mí.

No quería preocupar más a papá, pero no podía mentirle. Sobre todo

después de lo que le había pasado a mi hermana. Así que dije:

—¿Puedo hablar con vosotros cuando Émilie vuelva a dormirse?

—¡Pues claro! Déjame ir a verla.

Cuando salió de la habitación, mi *tablet* hizo «ding». Era un mensaje del detective Melville:

> ¿Puedes venir a la comisaría mañana al salir de clase? Necesitamos tu ayuda con el caso de Delphine. ¿Puedes concederme unas horas? Puedo llamar a tu madre para explicárselo.

Papá volvió a mi habitación con mamá. Dijo que quería que le contase todo lo que me había pasado en el colegio. Así que les conté la historia de la carta de esas chicas, lo que habían escrito sobre mí, y la mirada amenazante que me había dirigido la jefa de la banda, Anaïs, después de leer la carta de Jacqueline. Esto hizo que mamá se pusiera aún más nerviosa, y me preguntó por qué no se lo había contado antes.

—Como le dije a Josiane: ¡quiero defenderme yo sola!

—Eso es lo mismo que quería hacer Émilie, y mira lo que ha pasado —dijo mamá.

—Pero yo soy diferente a Émilie. Me da igual estar en un grupo. No soy una adolescente enfadada. Y no me interesan los chicos.

—Algún día serás una adolescente —dijo papá—, y a ti también te interesarán todas esas cosas que le interesan a Émilie. Y te darás cuenta de que te vuelves más sensible…

—¡Lo sé! Y no pretendo criticar a Émilie. Lo que pasa es que cada persona reacciona de forma diferente ante los problemas o el comportamiento de los demás. Esa tal Anaïs quiere que le tenga miedo. No dejaré que me asuste.

Mamá y papá intercambiaron una mirada. Papá concluyó:

—Vale, dejaremos que te defiendas tú sola. Pero mañana iremos a contarle a la directora lo que le ha pasado a Émilie. Y le diremos que estamos al corriente de lo de la carta que te escribieron esas chicas. Así sabrá que contamos con ella para que nuestras hijas se sientan seguras en el colegio y nadie las acose nunca más. No hablaremos de esa Anaïs ni de sus miradas amenazantes, pero si pasa algo…

—¡Os lo contaré enseguida, os lo prometo!

—Puedes hablar con nosotros absolutamente de todo, Aurora —insistió mamá.

—Lo sé. Pero no quería preocuparos.

—Somos tus padres —dijo papá—. Nuestro trabajo es preocuparnos por ti.

—¿Y no os preocuparéis si voy a la policía mañana al salir de clase?

Mamá y papá volvieron a intercambiar una mirada.

—¿El inspector Jouvet? —preguntó mamá.

—Sí. Y uno de sus ayudantes, el detective Melville.

—Está claro que te aprecian mucho, Aurora —dijo papá, asombrado —. ¿Qué es lo que les hace desear tanto trabajar contigo?

—¡Es porque soy una buena detective!

—Pero debe de haber algo más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mamá.

—Aurora es muy inteligente, pero ese inspector Jouvet debe de ver en ella algo muy sorprendente para querer hacerla su ayudante.

—¡Ay, Alain! ¡Eres novelista hasta el tuétano! —exclamó mamá—. Siempre imaginando todo tipo de aventuras para una historia.

—Estoy seguro de que Aurora tiene un don increíble del que no nos ha hablado.

Noté que me ponía colorada. Sabía que nunca podría compartir ese secreto con mamá y papá.

Escribí apresuradamente en la *tablet*:

—Las investigaciones policiales son siempre *top secret*.

Al día siguiente, Émilie se quedó en casa. Fui a ver cómo estaba antes de irme al colegio. Se quedó callada y rígida cuando la abracé.

—Ahora piensas que soy tonta —dijo.

—Nunca pensaría eso, Émilie —escribí.

—Bueno, yo pienso que soy tonta.

—Solo reaccionaste frente a la maldad.

—Hay formas más inteligentes de reaccionar. Como contraatacar. Solo que no sé cómo hacerlo. ¡Soy una cobarde!

—¡No es verdad! ¡Eres muy valiente y muy inteligente!

—Fuiste tú quien encontró a mi amiga Lucie cuando estaba desaparecida. Y eres tan inteligente que un inspector de policía te ha contratado como ayudante.

Mamá me llamó y me dijo que teníamos que irnos al colegio y que papá también acudiría.

—¿Ves? Tengo que pedirles ayuda a mis padres para defenderme.

—Te ha atacado una banda. No puedes luchar tú sola.

Mamá volvió a llamarme. Abracé de nuevo a Émilie y ella enterró la cara en la almohada.

—¡No quiero volver a ir a ese instituto!

—No: no quieres enfrentarte a esas acosadoras nunca más. El instituto es importante. Y está bien.

—¡No cuando hay acosadoras por todas partes!

—Mamá y papá lo van a solucionar.

—¡Aurora, por favor! —gritó mamá.

—Te veo esta noche —escribí, antes de salir corriendo al pasillo.

De camino al colegio, mamá me explicó que papá y ella le habían enviado un correo electrónico a la señora Des Forges la noche anterior para decirle que necesitaban verla urgentemente.

—Es genial veros a papá y a ti tan unidos.

Mamá asintió con la cabeza sin decir nada.

—¿Papá sabe lo tuyo con Charles?

Mamá asintió de nuevo y añadió:

—Tu padre se alegra por mí.

—Eso está muy bien.

—No me dijiste gran cosa ayer cuando volvíamos de la Défense y te pregunté si te caía bien Charles.

—Fue muy amable conmigo.

—No me lo cuentas todo.

¿Cómo podía contarle a mamá que había averiguado cosas sobre él mirando detrás de sus ojos? Si le hablase de mi poder, todo cambiaría entre nosotras.

—Yo también me alegro por ti, mamá —escribí.

Me lanzó una mirada que significaba: «¡Eres muy misteriosa, Aurora!».

Papá nos estaba esperando delante del colegio, en plena conversación con Josiane. Me preguntó cómo estaba Émilie esa mañana. Le dije la verdad. Con los labios fruncidos, se volvió hacia mamá: —¡Tenemos muchas cosas que contarle a la señora Des Forges!

Les di un beso a mis padres y me fui a clase con Josiane.

—Hoy estaremos especialmente atentas, Aurora, por si esas chicas intentan algo —dijo.

Pero ese día no hubo incidentes. Anaïs incluso me sonrió dos veces durante la comida y me dejó una nota sobre la mesa para preguntarme si quería quedar con ella y sus «amigas» al salir de clase. Cogí un papel y un bolígrafo y le escribí una nota: Me encantaría salir contigo y tus amigas hoy…, pero tengo un trabajo importante del que no puedo hablar. ¿Podemos quedar para otro día?

Dejé la nota sobre la mesa de Anaïs antes de que los alumnos saliesen del aula. La señora Chamaillard me llamó a su mesa para decirme que la directora le había contado las cosas horribles que le habían pasado a Émilie, y que las alumnas implicadas iban a recibir una advertencia de que algo así no iba a tolerarse de nuevo.

—Espero que no hayas recibido otra carta desagradable.

Negué con la cabeza y escribí:

—Acabo de recibir una nota amable.

—¡Ese sí que es un avance agradable!

Cuando salimos del colegio, le dije a Josiane que no iba a ir directamente a casa porque tenía que hacer algunas cosas en la comisaría.

—¿Tu nuevo caso? —preguntó.

—Puede ser…

—¡Eres muy buena guardando secretos!

—No podría ser una amiga de verdad ni la ayudante del inspector Jouvet si no considerase los secretos una cuestión de honor. Pero…

Señalé un banco en un parquecito, no muy lejos de la comisaría. Josiane asintió con la cabeza, comprendiendo que quería hablar con ella.

—Te escucho, Aurora.

—Imagínate que has descubierto el secreto de alguien que significa mucho para otra persona, y que ese secreto podría cambiarlo todo entre ellos…

Josiane se quedó pensativa y dijo:

—Pues depende de cómo lo hayas descubierto...

—¿Tú qué crees?

—Así que tu poder te ha hecho ver algo malo.

Asentí con la cabeza.

—¿Muy malo?

—No, es algo que podría provocarle mucho dolor a una persona.

—Parece algo serio. ¿Puedes contármelo? Si dices que no, lo entenderé.

—Sé que puedo confiar en ti, Josiane. Pero la verdad es que estoy un poco perdida. Porque este secreto es sobre historias de adultos que no estoy segura de entender.

—Cuéntame. Y te prometo que nadie más lo sabrá.

Me tomó del brazo mientras me lo decía. Qué maravillosa es Josiane.

Siempre está ahí cuando necesito una amiga de verdad. Y es alguien en quien puedo confiar plenamente. Así que le conté lo del fin de semana con mamá y su nuevo novio, Charles. Y que mamá parecía muy enamorada. Y Charles también. Y que Charles le había dicho a mamá que nunca se había casado. Y que no tenía hijos. Pero que, de pronto, había visto que…

Cuando terminé de contar la historia, Josiane frunció el ceño.

—Menudo secreto.

—¿Qué debo hacer?

Ella se quedó pensando un buen rato.

—Podrías contárselo a tu madre. Pero eso revelaría tu poder mágico, y tus padres se preguntarían por qué lo has mantenido en secreto durante tanto tiempo. Y, además, les preocuparía que supieses muchas cosas

sobre ellos, sobre todo cosas que creen que solo ellos saben, porque son únicamente pensamientos y no imaginaban que alguien pudiera adivinarlos. Creo que es mejor que no les hables de tu poder. Además, hay otro problema… Los adultos suelen tener conflictos propios. ¿Ese Charles está enamorado de verdad de tu madre? ¿Qué has visto sobre ese tema?

—A los dos se los ve muy felices, y no vi nada detrás de sus ojos que demuestre que no está enamorado de verdad de mamá.

—Sin embargo, no fue sincero con ella cuando le dijo que no tenía mujer ni hijos. Probablemente tenga una razón para no decírselo. Quizá sea una buena razón, o quizá sea una muy mala. Pero de ahí a que te metas y le digas a tu madre que Charles es un mentiroso… Eso es muy peligroso, Aurora. Y, en realidad, no es de tu incumbencia. A menos que intuyas que tu madre corre un peligro real y…

—El peligro, creo, es que mamá se sienta dolida cuando descubra la verdad.

—Puede ser, pero ella eligió estar con ese hombre. Y también eligió creer lo que él le contaba. Evidentemente, esto no es una crítica, sino que, como ya te he dicho, somos responsables de nuestras elecciones y de nuestra felicidad. Si ese hombre estuviera intentando manipular a tu madre, o quitarle algo, o si empezara a portarse mal con ella, entonces sí harías bien en contarle su secreto, y también el tuyo. Pero de momento…

Josiane se quedó callada. Entendí por qué: acababa de sonar un «ding» en mi *tablet*. Un mensaje del detective Melville: ¡Te estoy esperando!

—Tengo que irme —le escribí a Josiane—. ¡Y gracias!

—Siempre estoy disponible para hablar contigo si lo necesitas, Aurora.

—La vida de los adultos es muy complicada, ¿no? —escribí.

—Porque muy a menudo se trata de elegir con este gran interrogante: ¿qué queremos exactamente? Y la mayoría de los adultos no saben qué contestar.

—¡Hola, ayudante Aurora!

Mientras le enseñaba el carné al policía de la recepción, en comisaría, reconocí la voz del detective Melville. Me dedicó una gran sonrisa. La detective Fayard estaba a su lado. Llevaba una gruesa carpeta en la mano y no parecía contenta.

—Ayudante Aurora… —repitió en un tono de voz que indicaba que no me estaba tomando en serio.

Le sonreí. Ella frunció los labios aún más.

—Aquí está el expediente del caso —dijo mientras me lo entregaba—. Espero que entiendas lo que contiene.

—Estoy seguro de que lo entenderá todo —contestó el detective Melville.

—Ya lo veremos… He interrogado a todo el mundo. El padre de Delphine murió hace cuatro años. Su madrastra la crio lo mejor que pudo. Delphine tiene un historial problemático de rabietas y mal comportamiento. Dos de los hijos adultos de la madrastra se instalaron en la casa. Félix es notario y Amandine tiene su propio salón de masajes en el centro de Fontenay. Por lo que me han contado los vecinos, hicieron todo lo posible por ser amables con Delphine. Pero ella siempre ha sido una persona difícil. Entonces, una parte de la colección de libros antiguos de su padre comenzó a desaparecer. Los localicé en la tienda de un librero de París, que me confirmó que Delphine iba a verlo todos los fines de semana con una bolsa de libros. Debe de haberle dado más de veinte mil euros hasta la fecha.

—¡Eso es mucho dinero! —escribí.

—Los libros pueden ser muy valiosos —dijo el detective Melville.

—Sobre todo los de su padre —prosiguió la detective Fayard—. Era coleccionista. Como dijo el inspector Jouvet el otro día, la madrastra acusó a Delphine de robo. Hubo una pelea…

—¿Quién vio la pelea? —pregunté.

—Jacinta, la mujer que se ocupa de la casa. Llegó corriendo y vio a Delphine peleándose con su madrastra. Intentó separarlas. Delphine le

gritó cosas horribles a su madrastra. La madrastra se fue a su habitación. Delphine salió de allí hecha una furia. Jacinta trabajó hasta las seis de la tarde. Vio a Delphine volviendo a casa. Le preguntó si se había calmado. Delphine la tranquilizó asegurándole que todo iba bien. Pero cuando Félix volvió a casa esa noche, su madre no estaba y había sangre en el salón. Y faltaban más libros. Delphine había desaparecido. Nuestros colegas la encontraron dos días después en París, en la estación del Norte, subiendo a un tren con destino a Londres y con una bolsa llena de dinero.

PADRE MUERTO
HACE CUATRO AÑOS
MADRASTRA
QUE LA CRIO
DELPHINE
(¿DIFÍCIL?)
AMANDINE
(MASAJISTA)
FÉLIX
(NOTARIO)
¿AMABLES?

LIBROS ANTIGUOS DEL PADRE.
20 000 EUROS.
ES MUCHO DINERO.

El detective Melville matizó:

—Delphine sostiene que el librero la había mandado a Londres para comprar una edición rara de Dickens. Eso explicaría por qué llevaba tanto dinero encima.

—Pero también llevaba un billete de avión de Londres a Tailandia, donde uno puede desaparecer fácilmente y vivir durante años con treinta mil euros (la cantidad que la policía encontró en su bolso). Y el librero jura que Delphine se inventó por completo esa historia de que él le había dado el dinero para comprar una edición rara de Dickens.

—Así que todas las pruebas parecen apuntar a que Delphine es culpable —concluí—. Salvo que ella insiste en decir que no hizo nada.

—Por supuesto que lo sostiene, sobre todo después de organizar un crimen tan inteligente y de encontrar el modo de escapar de su madrastra y de esa familia que tanto odia —ironizó la detective Fayard.

Le sonó el teléfono. Miró la pantalla y dijo que tenía que atender la llamada.

—Buena suerte —dijo mientras se alejaba por el pasillo—. Os lo garantizo: Delphine es culpable.

El detective Melville me acompañó hasta su coche. Una vez dentro, le pregunté:

—¿Por qué la detective Fayard insiste tanto en la culpabilidad de Delphine?

—Porque, cuando piensa que tiene razón, se vuelve muy intransigente. Lo sabe todo mejor que nadie.

—¿Y suele tener razón?

—Casi siempre, sí. Pero mi intuición me dice que este caso es más complicado de lo que parece. Aunque todas las pruebas apuntan a que Delphine es culpable.

—¿Adónde vamos?

—A la casa, para hablar con Félix, el hijo. ¡Esa casa es algo fuera de lo común! La detective Fayard se quedó muy impresionada.

—¿Y usted no?

—El dinero no me impresiona. Si me interesase el dinero, no sería detective. Y no conduciría un Twingo.

Me gustaba mucho el coche del detective Melville. Era pequeño, blanco y estaba un poco abollado.

—A menudo me distraigo y a veces, al dar marcha atrás, me choco contra un árbol o una farola —explicó el Profesor.

El asiento trasero estaba lleno de libros y papeles. Me dijo que su mujer daba clases de Filosofía en un instituto del barrio, que se habían conocido en su primer año de universidad, que llevaban casi veinte años juntos y que tenían una hija de cuatro años que se llamaba Valérie.

—A menudo pienso que he tenido suerte —dijo—. Llevo una vida en familia muy feliz y me encanta lo que hago. Ya irás viendo, Aurora, que no es muy habitual conocer a gente a la que le encante su trabajo.

—Entonces, ¿por qué eligen un trabajo que podría no gustarles?

—A veces es el dinero el que dicta la elección. O la educación. En ocasiones, la gente se siente obligada por sus padres o influenciada por la idea de que debe hacer un trabajo «normal» y no correr riesgos. Si el trabajo de detective me ha enseñado algo, es que no existe una vida «normal».

Nos detuvimos delante de una casa enorme, en una calle flanqueada de árboles muy altos donde solo había otras tres casas igual de imponentes. Una calle de gente rica, con coches bonitos y relucientes y grandes portones.

—¿Aquí es donde se crio Delphine?

—Sí. Su padre era un abogado de mucho éxito. Su madre era artista. Cierto día, cuando Delphine tenía ocho años, desapareció. Como podrás imaginar, fue muy duro para una niña tan pequeña. Dos años después, su padre se casó con Lucrèce…

—¿Se llama así la madrastra, Lucrèce? —pregunté, sorprendida.

El detective Melville asintió, sonriente.

—¿Piensas lo mismo que yo, que si tienes un nombre así, tienes que ser una persona difícil?

Le devolví la sonrisa y contesté:

—Usted también sabe leer el pensamiento.

Aparcamos y llamamos al timbre. Había un interfono y el detective Melville tuvo que explicar quiénes éramos. Finalmente, el portón se abrió. Esa gente no quería dejar entrar a nadie que no conociera. Seguimos un camino a través del jardín. Una criada con uniforme negro salió de la casa por una puerta muy grande y nos dedicó una sonrisa tensa. Enseguida vi lo que estaba pensando: «¡Otra vez la policía…, otra vez más preguntas! ¿Y quién es esta niña tan rara?».

Levanté la *tablet*, en la que había escrito:

—¿Es usted Jacinta?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¡Soy detective! —contesté.

Abrió los ojos como platos.

—Estamos aquí para ver al señor Langlois —dijo el detective Melville.

—Está arriba, en la biblioteca.

La casa era muy grande y estaba llena de cosas pasadas de moda, con muebles que parecían salidos de una época muy lejana.

—Muy estilo Napoleón III —me susurró el detective Melville mientras pasábamos por delante de retratos de hombres uniformados con grandes bigotes y mujeres con vestidos tan rígidos que parecían tiendas de campaña de terciopelo.

—Un día, papá me habló de Napoleón III. Me contó que había construido París. ¿También construyó esta casa?

—No, pero tengo la impresión de que el dueño también se creía un emperador.

Mientras avanzábamos hacia la enorme escalera de mármol, oí los ladridos de un perro, como si persiguiera algo.

¡SOY DETEC-TIVE!

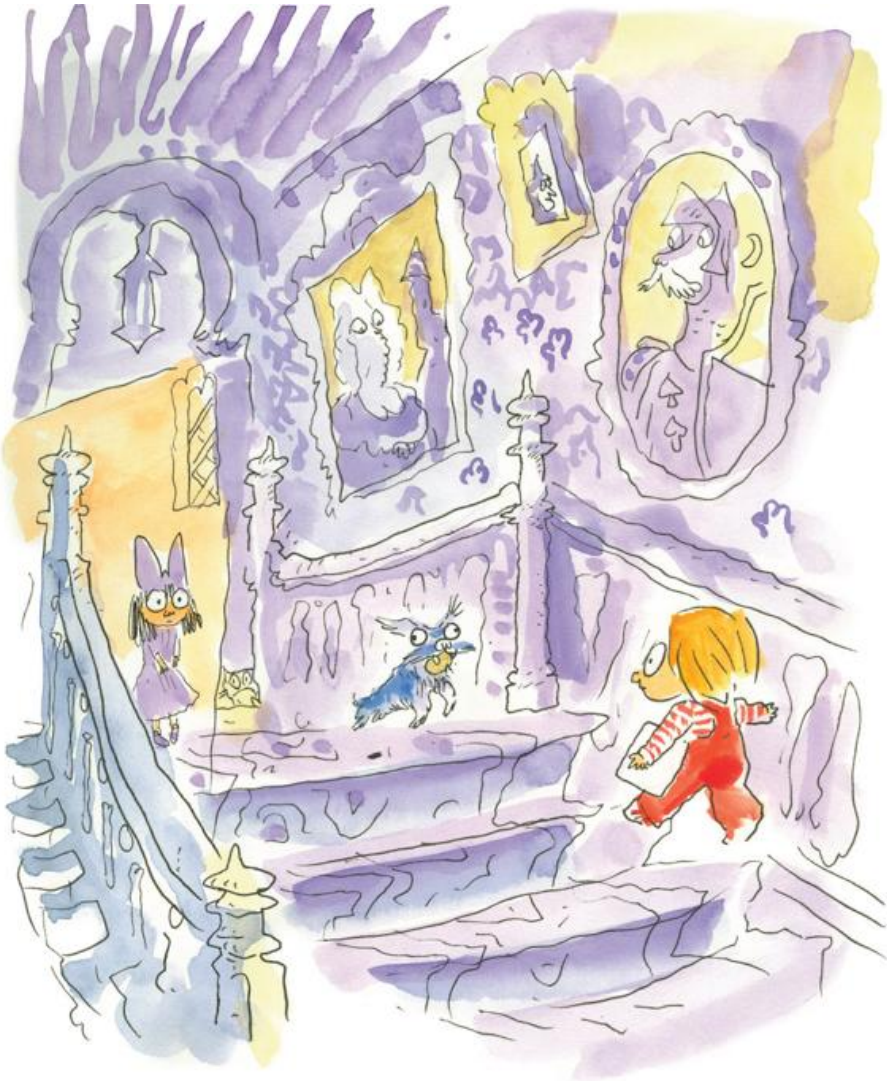
Y entonces, de repente, una voz…

—¡Cédric, tráeme la pelota!

Me quedé parada en mitad de la escalera. La voz era la de una niña a la que estaba segura de que conocía.

—¿Qué pasa, Aurora? —preguntó el detective Melville.

Me llevé un dedo a los labios para pedirle que se callase. Luego le indiqué mediante señas que siguiera subiendo las escaleras hasta el primer piso. Nada más llegar, un terrier escocés de color negro se me acercó corriendo con una pelota de tenis en la boca. Lo seguía una chica que tenía exactamente mi edad. Una chica de mi clase a la que conocía muy bien. La chica que había decidido que yo era su enemiga: Anaïs.



Anaïs se detuvo en seco, atónita y visiblemente sorprendida al verme.

—¿Aurora?

Le sonreí.

—Hola, Anaïs. ¿Qué haces aquí?

Se enfadó inmediatamente.

—¿Que qué hago aquí? Vivo aquí. Con mi tío Félix. Y tú, ¿qué haces aquí?

—¡Investigación policial!

—¡Mentirosa!

El detective Melville sacó su carné.

—En realidad, no está mintiendo.

Yo también saqué mi carné y se lo enseñé. Se quedó con la boca abierta.

—¿Eres policía? —preguntó.

—¡Detective!

—¡Madre mía! —murmuró.

Y vi que pensaba: «¡Ay! ¡Estoy con el agua al cuello! ¡He acosado a una detective de policía! Y seguro que ha venido por lo de la tía abuela Lucrèce. Y el tío Félix se va a enfadar muchísimo cuando se entere de que una detective de policía sabe que me porto fatal en el colegio».

Me dieron ganas de decirle: «¡Así que reconoces que acosas a las demás!». Pero me limité a sonreírle de nuevo, con una mirada de comprensión, pero que también dejaba entender que empezaba a saber cosas de ella.

—Te presento al detective Melville —escribí—. Tenemos que hacerle algunas preguntas a tu tío. ¿Dónde están tus padres?

—Se mudaron a Dubái hace dos años. Papá trabaja en el sector del petróleo. A mamá y papá les encanta viajar. Soy hija única. Cuando papá consiguió su nuevo trabajo en Dubái (¡que todo el mundo dice que es como Disneylandia en el desierto!), quisieron que siguiera estudiando en Francia. Así que decidieron que me viniera a vivir a Fontenay con el tío

Félix.

Una voz retumbó a mis espaldas, profunda y grave.

—Se te olvida mencionar, Anaïs, que tus padres están tan contentos de que estés tan a gusto aquí que te han dicho que te quedarás en Fontenay también el año que viene.

Anaïs frunció el ceño al oírlo, y vi lo mucho que echaba de menos a su mamá y a su papá y lo sola que se sentía. Detrás de mí, un hombre muy alto con un traje gris oscuro la miraba fijamente. Parecía obvio que

estaba esperando que confirmase que todo en aquella casa era genial.

—Es verdad, tío Félix, soy muy feliz aquí.

Lo dijo en un tono que demostraba que no lo era en absoluto. El tío Félix también se dio cuenta, pero prefirió pasarlo por alto. Se volvió hacia el detective Melville y le tendió la mano.

—Un placer conocerle, detective Melville —dijo—. Por favor, pase a la biblioteca. Supongo que sustituye a la detective Fayard.

—¿Quién le ha dicho eso?

—El inspector Jouvet ha llamado y me ha dicho que debo prestarle toda mi ayuda, cosa que haré, por supuesto. Veo que se ha traído a su hija…

—No, Aurora es mi ayudante —matizó el detective Melville.

—Y está en mi clase —añadió Anaïs, visiblemente asustada.

Nada que ver con la acosadora del colegio.

—¡Una compañera de clase que trabaja en una investigación policial! —exclamó el tío Félix riéndose—. ¡Qué encantador! ¿Por qué no vais las dos a jugar a la habitación de Anaïs mientras yo hablo con el detective?

—Quiero que Aurora esté presente en nuestra conversación —dijo el detective Melville—. Por otro lado, preferiría que Anaïs no estuviese.

Al pronunciar estas palabras, Anaïs abrió los ojos como platos.

—Lo siento —escribí—. ¡Pero una investigación policial es *top secret*!

El tío Félix tampoco parecía muy contento con la noticia.

—No veo por qué mi sobrina no puede quedarse. Se ha demostrado que la persona responsable de la desaparición de mi madre era Delphine. Además, la detuvieron cuando intentaba salir del país con una importante suma de dinero en la maleta.

El detective Melville levantó la mano para hacer callar al tío Félix.

—Como mi ayudante acaba de decirle a su sobrina, estamos aquí por una investigación extremadamente seria y…

—En ese caso, quizá sea mejor que llame a mi abogado —lo interrumpió el tío Félix.

—Tal vez sea mejor que escuche primero nuestras preguntas —contestó el detective Melville.

El tío Félix se quedó un momento pensativo y luego le pidió a Anaïs que subiese a su habitación.

—Aurora enseguida subirá contigo —añadió.

Anaïs parecía reticente a marcharse. Me lanzó una mirada suplicante y detrás de sus ojos vi: «Por favor, no les digas lo mal que me he portado en el colegio. ¡Si no, el tío Félix me castigará!».

Me apresuré a escribir en la *tablet*:

—¡Iré a buscarte a tu habitación en cuanto terminemos con la investigación! Y a lo mejor podemos ser amigas.

Anaïs asintió varias veces con la cabeza y, cuando salía, se abrió una puerta en la planta baja y oímos a una mujer que le preguntaba a Jacinta en voz alta:

—¿Por qué ha vuelto la policía?

El tío Félix gritó:

—¡Estamos aquí arriba, Amandine!

—Es mi tía —me dijo Anaïs.

Amandine era tan alta como su hermano. Llevaba unas mallas blancas y un top blanco ceñido, unas enormes zapatillas de deporte blancas, una parka, también blanca, con adornos dorados, unos grandes pendientes y un enorme reloj de oro. Se mostró muy amable con Anaïs, abrazándola y diciéndole que se alegraba mucho de verla. Anaïs esbozó una sonrisa y vi lo que estaba pensando: «Obviamente, delante de la policía se porta bien conmigo…».

La tía Amandine se volvió hacia mí y me dedicó una enorme sonrisa.

—¿Y quién es esta niña encantadora? ¿Una amiga tuya, Anaïs?

El detective Melville no se esperó a la respuesta y le preguntó a la tía Amandine:

—¿Es usted la hermana del señor Langlois?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Tiene un salón de masajes en el centro de Fontenay?

Ella volvió a asentir con la cabeza.

—Pensaba que el caso estaba cerrado —dijo.

—Mi ayudante y yo tenemos algunas preguntas que hacerles.

La tía Amandine me miró fijamente.

—Será broma, ¿no? —exclamó.

El tío Félix tosió un poquito y le lanzó una mirada que significaba: «Cállate».

Luego, con un gesto de la mano, le indicó a Anaïs que se marchase. Antes de salir por la puerta, le preguntó al detective Melville:

—¿Aurora puede venir a ver mi habitación cuando terminen?

—Claro que sí —contestó él.

Y yo escribí:

—¡Me gustaría mucho!

En cuanto Anaïs salió, la tía Amandine dijo:

—A ver si lo he entendido bien. Esta niña rara que no habla es como Papá Noel: adivina si la gente es mala o buena.

—Amandine, deja que la policía… —intervino el tío Félix.

—¡Oh! ¡Pero si solo era una broma! —exclamó entre risas, mientras me pellizcaba la mejilla.

Al mismo tiempo, vi que pensaba: «¿Cerrarán pronto este caso de una vez por todas, encerrarán a Delphine y tirarán la llave para que podamos vivir en paz?».

Le enseñé la *tablet* al detective Melville y le pregunté si podía hacer la primera pregunta.

—¡Haz los honores! —contestó.

Me volví hacia el tío Félix:

—¿Su madre se puso alguna vez violenta con Delphine?

—Ya hablamos de eso con la detective Fayard —me soltó el tío Félix.

—Somos los nuevos detectives a cargo del caso —replicó el detective Melville—, así que…

La tía Amandine respondió en lugar de su hermano:

—Nuestra madre se enamoró del padre de Delphine después de que la egoísta de su mujer los abandonase a él y a su hija pequeña. Gracias a nuestra madre, el padre de Delphine volvió a ser feliz. Ella intentó hacer lo mismo con Delphine, pero la niña siempre estaba enfadada y sufría mucho porque su madre la había abandonado. Tampoco soportaba a su padre. Entendemos su dolor, faltaría más, pero rechazaba cualquier tipo de amabilidad. Sobre todo si venía de mi madre, que hizo todo lo posible por ser una segunda madre para Delphine. Cuando el padre de Delphine enfermó, nuestra madre se quedó a su lado día y noche. Delphine la odiaba aún más: en su mente retorcida pensaba que nuestra madre había hecho que su padre y ella se distanciasen.

Fue entonces cuando intervino el detective Melville.

—Según mi experiencia, un niño solo rechaza a su madrastra o a su padrastro (sobre todo si se queda huérfano y necesita desesperadamente a alguien a quien pueda considerar un sustituto de su madre o de su padre) si este le hace daño.

—¿Tiene usted hijastros? —preguntó el tío Félix—. ¿Tuvo padrastro o madrastra?

—No, pero hágame el favor de no jugar a eso. No me venga con eso de: «Si no lo ha vivido, no puede saber cómo es…».

—Es que es verdad: muchos huérfanos se vuelven contra quienes los acogieron —replicó la tía Amandine.

Levanté la *tablet* para intervenir:

—Esta situación es diferente: fueron ustedes y su madre a quienes acogió el padre de Delphine. Eso fue hace nueve años. Luego murió. Si se pone en el lugar de Delphine, seguro que ver a su madrastra y a sus hijos dirigiéndolo todo…

—¡Nosotros no le hemos dirigido la vida! —exclamó la tía Amandine, gritando demasiado para el gusto del tío Félix—. Es ella quien nos ha amargado la vida con sus crisis violentas y sus locuras…

—¿Y cuántos libros se supone que ha robado?

—Una veintena de obras muy valiosas…, y las robó, sin lugar a duda —contestó el tío Félix.

—¿De quién eran los libros? —pregunté.

El tío Félix y la tía Amandine se quedaron callados.

—Del padre de Delphine, ¿verdad?

—Mamá los heredó cuando ese hombre murió —respondió la tía Amandine.

—«Ese hombre…» —escribí, repitiendo sus palabras.

Noté que no le había hecho gracia, pero eso me animó para seguir:

—Su madre no pudo heredar todos los libros cuando el padre de Delphine murió.

—Estaba escrito en el testamento. Que él mismo redactó y firmó antes de morir.

—¿Y la casa? —pregunté—. ¿Delphine también perdió la casa?

—Se repartió entre ella y mamá.

—Ahora ustedes viven aquí —escribí—. Y su madre ha desaparecido. Y acusan de todo a Delphine.

—Piensa lo que quieras —dijo el tío Félix—. El caso es que Delphine no soportaba que su padre, que sabía lo inestable que era su hija,

hubiese repartido la casa y todo lo que había dentro entre ella y nuestra madre. Eso la indignó. Y le sorprendió mucho que nuestra madre heredase todos los libros. Se pelearon y entonces nuestra madre desapareció. Encontramos sangre. Delphine intentó salir del país con…

—Sí, todo eso lo sabemos —escribí—. Tengo otra pregunta: ¿por qué necesitaba Delphine robar y vender esos libros? ¿Andaba corta de dinero?

—Nuestra madre le daba una cantidad cada mes, y ella se lo gastaba todo. Es una manirrota.

—¿Tiene alguna prueba de eso? —pregunté.

—Pueden comprobar los extractos bancarios. Recibía la suma prevista…

—¿Cuánto era?

—Cien euros al mes —dijo la tía Amandine.

—Eso son veinticinco euros semanales. Aunque solo tenga once años, sé que eso es muy poco. Solo tres euros y algunos céntimos al día. Con eso, ni siquiera te puedes pagar un billete de ida y vuelta a París en tren.

—Es lo que figuraba en el testamento del padre de Delphine —respondió el tío Félix.

Le lanzó una mirada a la tía Amandine para indicarle que había que cambiar de tema. Aun así, ella añadió:

—A veces le dábamos el doble.

—Solo son seis euros y pico al día. Con eso, puedes comprarte un

bocadillo y algo de beber, pero nada más.

—Comía en el colegio y aquí —dijo la tía Amandine—. Si necesitaba más dinero (para ropa, para ir al cine o salir con los amigos, aunque no tenía muchos), nos lo pedía y siempre se lo dábamos. No le faltaba de nada.

—Pero tenía que ir mendigando para tener dinero, el dinero de su padre —repliqué.

—Como te acabo de decir, fue su padre quien lo dispuso así —dijo el tío Félix en su defensa—. Había entendido que Delphine no tenía sentido de la responsabilidad y que no se podía confiar en ella. Siempre estaba discutiendo con él, hasta cuando estaba a punto de morirse.

—Mientras tanto, nuestra maravillosa madre cuidaba de él día y noche. Esa mujer era una santa.

«Era» una santa. La tía Amandine hablaba de su madre en pasado, como si ya no estuviera viva. Sin embargo, no había ninguna prueba de su muerte. El detective Melville también se dio cuenta: intercambiamos una mirada rápida.

—¿Puedo ver la habitación de Delphine, por favor? —pregunté.

El tío Félix y la tía Amandine intercambiaron una mirada. El tío Félix miró el reloj y dijo que tenía que ir a su despacho para una reunión importante. ¿El detective Melville le daba permiso? Le contestó que seguramente tendría más preguntas para él más adelante, pero que sí: podía irse. La tía Amandine nos acompañaría al primer piso para enseñarnos la habitación de Delphine. Observé al tío Félix con atención para intentar adivinar lo que estaba pensando en ese momento. Vi que pensaba: «Antes tengo que hablar con Anaïs».

—Subo con ustedes —dijo—. Voy a despedirme de Anaïs.

Seguimos al hermano y a la hermana por la escalera y pasamos por delante de más cuadros e imponentes puertas de madera encerada. Había grandes jarrones con flores por todas partes, y también dos criadas quitando el polvo de los muebles y pasando la aspiradora por el suelo de parqué y por las magníficas alfombras antiguas. Era evidente que el tío Félix y la tía Amandine gastaban mucho dinero en el mantenimiento de su bonita casa. Me pregunté si el precio de todos aquellos ramos de flores no superaría la cantidad que le daban a Delphine cada mes. Cuando llegamos a la puerta de su habitación, el tío Félix se despidió, echó a andar por el pasillo, llamó a una puerta y entró enseguida, sin esperar siquiera la respuesta. Mientras la tía Amandine abría la puerta de la habitación de Delphine, tuve una idea.

—¿Puedo ir al baño, por favor? —pregunté.

—Por supuesto. Está al final del pasillo.

Ella entró en la habitación con el detective Melville. Seguí el pasillo y me detuve ante la puerta de la habitación en la que había entrado el tío Félix: la habitación de Anaïs. Pegué la oreja contra la puerta. Oí la voz grave y clara del tío Félix:

—No sé por qué ese policía se ha traído a esa chica tan rara que está en tu clase, pero ahora sabe dónde vives y podría hacerte preguntas. Te vas a hacer la tonta (que es algo que se te da muy bien) y no le vas a contar nada. Nada de nada. Si hablas, te meterás en un buen lío. Sé que te has portado mal en el colegio: la directora me llamó la semana pasada para quejarse de ti, y me dijo que estabas acosando a otras niñas. Solo tengo que llamar a tus padres para que te manden a uno de los internados más estrictos de Francia, ¡el típico sitio donde la disciplina es tan rígida como en la cárcel! Si es eso lo que quieres…

Oí que Anaïs se echaba a llorar. Intentaba hablar, pero no conseguía articular ni una frase. El tío Félix añadió, en un tono de voz grave y duro:

—Vamos, quiero oír: «Te prometo, tío Félix, que a esa niña rara de Aurora no le voy a contar nada de lo que pasa aquí». ¿Me lo vas a decir, o prefieres que llame a tus padres?

Oí que Anaïs repetía entre lágrimas la frase del tío Félix palabra por palabra.

Me fui enseguida, al cuarto de Delphine, sin hacer ruido. Llegué a una pequeña habitación llena de libros, con una bonita cama con dosel y pósteres de estrellas del rock y actores de cine. Lo que más me intrigó fue una estantería llena de fotos de Delphine de bebé y de pequeña con

su padre y su madre, y de ella de adolescente con su padre. Observé las fotos un buen rato. Vi cómo miraba a su padre, y cómo la miraba él a ella, con mucho amor. También había un retrato de su padre hecho por ella (dibujaba muy bien) dos meses antes. Le hice una foto con la *tablet*.

—¿Por qué te interesa ese dibujito? —preguntó la tía Amandine.

—Porque es muy bonito.

Alguien llamó a la puerta. Era el tío Félix. Le hizo una señal a la tía Amandine para que se acercase y le susurró algo al oído. Supe de inmediato lo que le había dicho. Cuando se marchó, me fui directa hacia la tía Amandine.

—¿Puedo ir a la habitación de Anaïs?

—Lo siento, pero no se encuentra bien y prefiere estar sola.

—¿Es eso lo que le ha dicho su hermano? —le soltó el detective Melville.

La tía Amandine asintió con la cabeza, y vi que pensaba: «Tengo que hacer que estos dos se vayan lo antes posible».

—¿Nos vamos? —le escribí al detective Melville.

Entendió inmediatamente mi mensaje y se despidió de la tía Amandine.

—Nos marchamos. Si quiere ir con Anaïs, no hace falta que nos acompañe hasta la puerta.

La tía Amandine me miró fijamente.

—¿Qué, pequeña detective? ¿Has visto lo que querías ver?

Levanté la vista para mirarla a la cara.

—Creo que sí, gracias.

Vimos que la tía Amandine echaba a andar por el pasillo hasta la habitación de Anaïs. Empecé a escribir en la *tablet*, pero el detective Melville me hizo una seña para que esperase a salir de la casa.

—¡Perdón! —contesté inmediatamente—. Aún estoy aprendiendo el oficio. Tenemos mucho de que hablar.

Bajamos por la escalera. Jacinta estaba de pie junto a la puerta. Nos miró con preocupación. El detective Melville le sonrió y le dio las gracias, pero nada más cruzar el umbral, se giró y le preguntó:

—¿Cuándo fue la primera vez que vio a la señora Lucrèce darle una bofetada a Delphine?

Sin pensarlo siquiera, Jacinta contestó:

—La noche que murió su pobre padre.

—¿Y siguió haciéndolo después?

Jacinta se desplomó inmediatamente sobre una silla. Acababa de

entender la maniobra del detective Melville: pillarla desprevenida con una pregunta inesperada para hacerla hablar sin que le diese tiempo a pensar en lo que le habían ordenado responder.

—Yo no les he dicho nada…

—Sí, claro que sí —replicó el detective Melville—. Ha reconocido que vio a la madrastra de Delphine dándole una bofetada. Y ahora le pregunto: ¿fue la primera bofetada de una larga serie?

Jacinta parecía querer salir corriendo. Miró hacia atrás con la esperanza de que allí no hubiera nadie. Y así era.

—Si hablo, perderé mi trabajo.

Escribí en la *tablet*:

—¡Tiene que decirnos la verdad para que podamos protegerla!

Jacinta bajó la mirada, presa del pánico.

—Esa mujer horrible pegaba a Delphine constantemente —susurró—. Todos le pegaban. Sobre todo la señorita Amandine, que solía encerrarla en su habitación. Son todos unos monstruos.

Jacinta se echó a llorar y dijo que debería habérselo contado a alguien mucho antes.

—Ya nos lo ha contado —escribí para consolarla—. Ha sido muy valiente y ha hecho muy bien. ¡Ahora la justicia podrá actuar!

Cuando estuvimos en el coche, el detective Melville se giró hacia mí.

—Acabas de ver una técnica de investigación llamada «la pregunta sorpresa». Primero dejas que la persona piense que todo está en orden. Entonces la sorprendes con una pregunta salida de la nada, que la desconcierta porque no se la espera. Y porque es una pregunta directa, que llega al meollo de la verdad que intentas averiguar. A veces, la persona no se deja atrapar y no consigues la respuesta que querías. Pero cuando te sale bien, como acaba de ocurrir, descubres verdades que a la persona le daba miedo revelar.

—Ha sido increíble cómo la ha hecho confesar.

—En realidad, le apetecía contarnos cómo a la pobre Delphine la maltrataban su madrastra y sus hijos. Pero estaba aterrorizada, seguramente porque sus jefes la habían amenazado con despedirla.

—Igual que el tío Félix ha amenazado a Anaïs —dije.

A continuación, le conté al detective Melville cómo, después de preguntar dónde estaba el baño, me había parado delante de la puerta de la habitación de Anaïs, había pegado la oreja y había oído a su tío amenazarla con mandarla a un horrible internado si hablaba conmigo.

—¡Excelente trabajo de detective, Aurora!

—Y mire este dibujo que hizo de su padre. La fecha indica que lo hizo hace dos meses. Si tanto lo odiaba, como dicen estas personas, ¿por qué iba a hacer un dibujo de él tantos años después? Y también está el hecho de que han reconocido que le daban muy poco dinero.

—El problema, Aurora, es que si alguien reconoce que a Delphine la maltrataban su madrastra y sus hijos, y sabemos que le daban poco dinero, bueno…, eso permitirá a la detective Fayard afirmar que Delphine tenía buenas razones para vengarse de su madrastra.

—¡Así que aún tenemos trabajo por delante! Creo que deberíamos ir a ver al hombre que le compró todos esos libros en París.

—La detective Fayard ya lo interrogó. Pero estoy de acuerdo contigo. ¿Por qué le dio ese hombre la bolsa llena de dinero?

—Y creo que también necesitamos saber por qué la detective Fayard está tan convencida de la culpabilidad de Delphine, cuando todavía hay muchas preguntas sin respuesta en este caso.

—Ella es una buena detective, Aurora.

—Pero con respecto a este caso parece muy cerrada. ¿Por qué?

El detective Melville se encogió de hombros.

—Esa es la menor de nuestras preocupaciones. Esto es lo que pienso: aunque el tío de Anaïs la haya amenazado…

—… tengo que convencerla para que hable conmigo —terminé su frase—. ¡Pensaré una estrategia para conseguirlo!

Cuando volví a casa, un poco más tarde, vi que teníamos un invitado: Charles. Me dedicó una gran sonrisa cuando llegué e insistió en darme dos besos. Estaba sentado a la mesa de la cocina con Émilie, que parecía un poco más animada que la noche anterior. Le pasé el brazo por encima de los hombros y le pregunté si se encontraba mejor. Sonrió y me dijo que la reunión de mamá y papá en el instituto había ido muy bien y que la señora Des Forges, la directora, había dicho que podía tomarse unos días libres. Y papá le había ofrecido que se fuese a su casa y a la de Chloë en París.

—Después de la reunión en el instituto, papá tenía que ir a una reunión para su nuevo libro —explicó Émilie—. Pero hemos quedado a la salida del tren, en Châtelet, dentro de media hora.

—¡Genial! —escribí—. Seguro que cuando vuelvas a clase, dentro de unos días, esto del acoso se habrá acabado.

—¡No te hagas ilusiones, Aurora! —dijo Charles—. El acoso forma parte del colegio. Como le decía antes a tu madre, cuando me ha contado lo que le pasó a Émilie, una de las cosas más difíciles de aceptar es que otros niños puedan ser tan crueles.

—¿Dónde está mamá?

—En el supermercado, comprando algunas cosas para la cena. ¡Voy a prepararos mis famosos espaguetis a la boloñesa!

—Ya los probaré en otro momento —anunció Émilie, mirándose el reloj—. Tengo que irme.

—Puedo acompañarte a la estación —le propuse.

—¡Puedo ir yo sola!

—Ya lo sé. Pensaba que a lo mejor te apetecería hablar...

—¿De qué? —me soltó Émilie, con cara de enfado—. ¿De que me están acosando y no he sabido defenderme?

—Yo no he dicho eso…

Charles me apoyó la mano en el hombro y me susurró:

—Deja que tu hermana haga lo que quiera.

—Gracias, Charles —dijo Émilie.

Cogió la mochila y le dio dos besos a Charles. A mí me dio un abrazo rápido.

—Dile a mamá que le mandaré un mensaje en cuanto papá me recoja en Châtelet.

Y se fue.

—Eres una hermana maravillosa para Émilie —dijo Charles en cuanto se fue.

—Estoy muy preocupada por ella. Sobre todo, no me gusta verla enfadada a todas horas. Está convencida de que todos estamos en su contra, aunque la queremos más que a nada en el mundo.

—Todas las adolescentes piensan eso.

—¿Tu hija también?

Vi que a Charles se le tensaban los hombros al leer la pregunta en la *tablet*.

—¿Cómo lo sabes? —se apresuró a preguntar.

En cuanto me hizo la pregunta, vi detrás de sus ojos: «¡Dios mío! ¿Qué acabo de decir?».

No contesté, pero pensé: «¡La estrategia de la pregunta sorpresa del detective Melville funciona de verdad!».

Mamá llegó unos minutos después, muy contenta. Traía varias bolsas con la compra. Corrí hacia ella y le di un fuerte abrazo. Lo que había visto y oído en casa de Anaïs me había recordado lo afortunada que era por tener una madre y un padre como los míos.

—Me he cruzado con Émilie, que iba a la estación —dijo mamá mientras le daba a Charles las bolsas con la compra—. Parecía contenta de tener unos días sin clase y de ver a su padre.

¿TU HIJA TAMBIÉN?
¿VA TODO BIEN, AMOR MÍO?

Pero vi que pensaba: «Lo que me preocupa es que cuando tenga que volver a clase estará de muy mal humor y otra vez se sentirá ansiosa y deprimida. En realidad, siempre estoy preocupada por ella».

—Y vosotros dos, ¿qué tal?, ¿habéis estado hablando? —nos preguntó a Charles y a mí.

—Muy bien, sí —contesté.

Charles parecía tenso. Mamá lo miró fijamente.

—¿Va todo bien, amor mío?

Él le sonrió con sus dientes blancos y perfectos.

—Todo va estupendamente —contestó.

Mientras Charles empezaba a preparar sus famosos espaguetis a la boloñesa, me fui a mi habitación y le mandé un mensaje al detective Melville para preguntarle el nombre del librero que había comprado los libros de Delphine y al que debíamos visitar al día siguiente al salir de clase. Me contestó enseguida. Busqué la dirección de la tienda: estaba situada en la calle Seine, en el distrito 6, en París.

Estaba escribiendo cuando mamá llamó a la puerta. Esperó a que le abriera. Entonces me acordé de algo: el tío Félix y la tía Amandine habían entrado en la habitación de Anaïs sin llamar, violando su intimidad sin ningún escrúpulo. Mamá y papá siempre habían sido muy

respetuosos con Émilie y conmigo.

Apagué la *tablet* cuando entró: no quería que viera mi investigación sobre el librero.

—¿Investigación policial? —preguntó.

—Sí, el nuevo caso.

—Tienes que volver a casa siempre antes de que se haga de noche, ¿vale?

—Sí. De todos modos, si me quedo hasta tarde, me acompañará un detective.

—Eso me deja más tranquila. Oye, tengo que hacerte una pregunta: ¿ha pasado algo entre Charles y tú? Parece preocupado…

Me limité a encogerme de hombros. Ya sabía que eso no era una respuesta, pero prefería seguir el consejo de Josiane y no decirle a mamá lo que sabía de Charles. Al menos, por el momento.

—Me alegro de que seas feliz con Charles —dije.

A mamá le sonó el móvil. Miró la pantalla.

—Tengo que contestar. Es un cliente del banco al que tengo que abrirle una cuenta nueva. La cena estará lista dentro de veinte minutos.

Salió corriendo de la habitación. Para mí fue un alivio que se interrumpiese la conversación, porque estaba muy disgustada por no poder contarle la verdad a mamá.

No sabía qué hacer.

Fui a la cocina. Vi a Charles echando un montón de espaguetis en una gran olla de agua hirviendo. Al lado, sobre los fogones, había un cazo lleno de salsa. Olía de maravilla.

—¿Puedo ayudarte? —pregunté.

Me miró con cara de preocupación y susurró:

—¿Vas a contárselo a tu madre?

—¿El qué?

—Lo que has averiguado sobre mí.

—Solo te he hecho una pregunta y tú me has dado una respuesta. No, no se lo contaré a mamá. Pero ahora tengo otra pregunta: ¿no crees que debería saber la verdad?

Sin mediar palabra, Charles me dio la espalda y se puso a rallar un trozo enorme de parmesano.

Al día siguiente, en el colegio, una de las chicas de la pandilla de Anaïs se me acercó. Se llama Colette. Es pelirroja, tiene pecas y la mirada fría.

—¿Qué, tarada? ¿Hoy vas a volver a darnos el tostón con tus rollos de

ciencias? ¿Solo por ser tan rara ya tienes que fardar de ser una sabelotodo?

De repente, una mano se posó sobre el hombro de Colette y una voz ordenó: —Para ahora mismo.

¡Anaïs!

Colette la miró con los ojos como platos.

—Pero si ayer nos dijiste…

Anaïs levantó la mano para hacerla callar.

—No vamos a molestar más a Aurora.

—¿Es que ahora está en nuestra pandilla? —preguntó Colette, intentando entenderlo.

—¡No, gracias! —escribí.

—No necesita estar en la pandilla. Está bien así.

Le sonreí a Anaïs. Le hizo una seña a Colette para que nos dejase solas. Echamos a andar hacia el aula y Anaïs me susurró: —No puedo hablar contigo.

—¿Te lo han ordenado?

Asintió con la cabeza.

—Pero no han dicho que no puedas escribir, ¿verdad? —pregunté.

Parecía incómoda, visiblemente dividida entre las ganas de hablar conmigo y el miedo a lo que pudiera pasarle si lo hacía. En mi mesa tenía un cuaderno de dibujo y un rotulador. Anoté rápidamente mi dirección de correo electrónico y el número de teléfono conectado a mi *tablet* para que pudiese enviarme un mensaje. Arranqué la página y se la di. Rápidamente agarró el rotulador y escribió su número en el cuaderno.

—Yo me pondré en contacto contigo —susurró.

—¡Claro! A cualquier hora del día o de la noche.

No volví a verla en todo el día. Era como si tratase de evitarme. Me dije que si no insistía en que hablase conmigo, quizás aparecería ella sola. Papá me lo había explicado una vez (hablando de un personaje de una de sus novelas): «En general, cuanto más intentas acercarte a alguien, más se aleja». Estaba segura de que el detective Melville estaría de acuerdo con esa teoría.

Así que no intenté volver a ver a Anaïs. A las cinco, cuando salimos de clase, me fui del colegio sin preocuparme por ella. Al llegar a la comisaría, la *tablet* hizo «ding». Apareció el siguiente mensaje: Solo quiero que sepas que la tía Amandine tuvo grandes problemas de dinero el año pasado.

Le contesté:

¿Se llevaba bien con su madre?

Anaïs escribió:

Siempre se estaban peleando. Y siempre le pedía dinero al tío Félix. Pero tuvo problemas con su trabajo el año pasado. Y también debes saber que la tía Amandine tenía un novio en París que era librero.

Cuando leí la última frase, me paré en seco. Escribí:

¿Sabes el nombre de ese librero?

Ella contestó:

No, pero sé que estaba en el distrito 6, en París.

Se me ocurrió una idea.

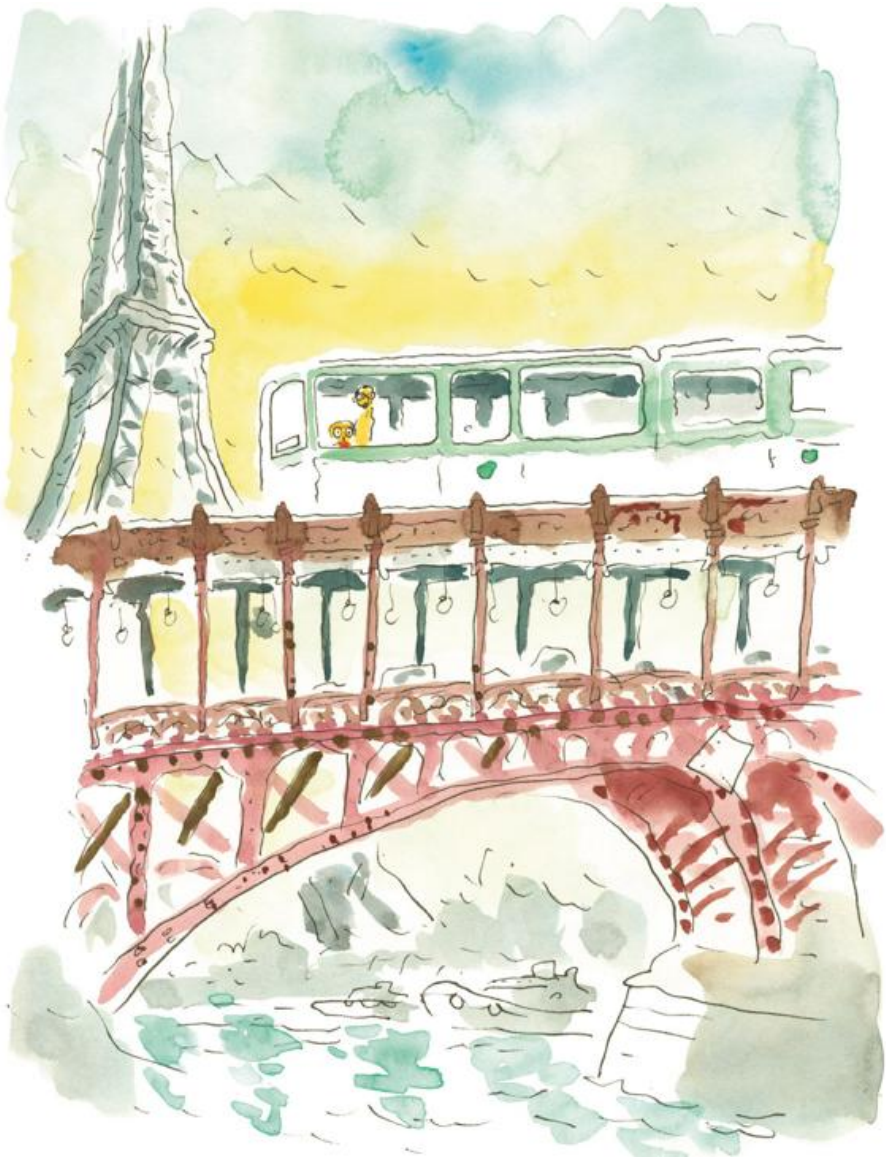
¿Puedes enviarme una foto de tu tía, por favor?

Escribió:

Cuando esté en casa, le haré una foto con el móvil a uno de los muchos retratos de ella que hay en el salón.

Le contesté:

¡Genial! Envíamelo como mucho dentro de una hora. Y no te olvides después de borrarlo todo.



Escribió:

Siempre lo borro todo, porque me espían constantemente.

Cuando llegué a la comisaría, el detective Melville me esperaba fuera.
—¡Hola, detective Aurora! ¿Lista para ir a París?
—¡Claro! ¡Y también para contarle algo increíble!
—¿Tienes alguna información nueva?
Asentí con la cabeza.

—Espera a que estemos en el metro.

Como era media tarde, el tren a París estaba bastante vacío. Cuando encontramos dos asientos algo separados de los demás pasajeros, le enseñé al detective Melville mi conversación con Anaïs en la *tablet*.

—Buen trabajo —dijo—. Sobre todo, lo que tiene que ver con el librero.

¡Ding! Un nuevo mensaje apareció en la *tablet*. Era de Anaïs. Le enseñé al detective Melville lo que acababa de enviarme. Levantó el pulgar y exclamó: —¡Piensas como una detective, Aurora!

—¡Porque tengo un profesor excelente!

Nos pusimos a hablar de nuestra estrategia para el encuentro que nos esperaba. El detective Melville me hizo repetir lo que quería que dijese.

Hicimos trasbordo en Étoile y tomamos la línea elevada que tanto me gusta, porque se ve la torre Eiffel mientras cruzas el Sena, y luego tomamos la línea 10 hasta Odéon. Es una zona de París que no conozco bien, donde hay tiendas elegantes, cafeterías distinguidas y gente muy bien vestida. Echamos a andar por la calle Seine. Pasamos por delante de una tienda increíble de bocadillos y de galerías de arte llevadas por personas con pinta severa y gafas serias. Luego llegamos a una tienda magnífica, totalmente decorada con madera oscura, con sillones antiguos de terciopelo y bonitas estanterías que debían de contener más de mil libros. En el escaparate ponía: **LIBRERÍA FAMILIAR HENRI RONET**

LIBROS ANTIGUOS DESDE 1911

Empujamos la puerta y nos acercamos a una mesa. Allí vimos sentado un hombre con un bigote muy poblado y vestido con un grueso traje gris de *tweed*.

—Buenos días —le dijo al detective Melville—. ¿Busca un título en concreto?

Vi su sorpresa cuando levanté la *tablet* en la que había escrito: —Me gustaría comprar una primera edición de *Cuento de Navidad,* de Charles Dickens.

—¿Así que eres una joven coleccionista? ¿O tu padre intenta utilizarte para engatusarme?

—Soy yo quien quiere comprar el libro, señor Ronet —escribí de nuevo.

—Me llamas por mi apellido, ¡eso es aún más encantador! ¿Y cómo te llamas, pequeña?

—Aurora. ¿Tiene la primera edición de *Cuento de Navidad* en inglés?

—Sé dónde encontrarlo en Londres.

—¿Cuánto cuesta?

—Tendría que hacer algunas llamadas para estar seguro, pero diría que unos veinticinco mil euros.

—¡Eso es mucho dinero!

—Es un libro muy valioso —argumentó.

—¿Y si queremos pagar en efectivo? —preguntó el detective Melville.

El señor Ronet sonrió como quien cree que está a punto de cerrar un gran negocio.

—No hay problema —contestó.

—¿Y cómo puedo estar segura de que esta mujer no lo robó de una colección privada?

Y entonces cambié la pantalla de la *tablet* y puse la foto de la tía Amandine. El señor Ronet se puso furioso. Se volvió hacia el detective Melville y gritó: —¿Cómo se atreven a venir aquí a acusarme de…?

El detective Melville lo interrumpió:

—Lo acuso de tenderle una trampa a una joven inocente para cargar con la culpa de un crimen que no cometió, para ayudar a su novia.

—¡Salgan de aquí inmediatamente!

—Lo dudo mucho —dijo el detective Melville, sacando su placa de policía.

El señor Ronet se puso pálido. Sobre todo porque yo también había sacado mi placa.

—Tenemos que hacerle unas preguntas, señor Ronet —escribí—. La suerte que corra dependerá de sus respuestas.

El señor Ronet se quedó clavado a la mesa, con las manos agarrando los bordes. Detrás de sus ojos, vi que pensaba: «Esa espantosa Amandine me ha metido en un buen lío. ¡Qué tonto fui al enamorarme de ella!».

Mientras en su cara la ira daba paso al pánico, dijo:

—Haré cualquier cosa para ayudarlos. Y, para que conste, ya no estoy con esa mujer abominable.

El detective Melville había llamado a mamá sobre las 17.30 para explicarle que estábamos en medio de un importante interrogatorio. Prometió que me llevaría cenada a casa.

Antes de tomar el tren a Fontenay, fuimos a un restaurante japonés. ¡Era la primera vez que probaba la comida japonesa! Comí tempura, una forma deliciosa de comer verduras, y pescado. También me encantó el helado de té verde. ¡El detective Melville dijo que nos merecíamos una buena cena después de habernos pasado más de dos horas interrogando al señor Ronet y de haber averiguado tantas cosas!

Por ejemplo:

1) La tía Amandine siempre tiene problemas de dinero: no se le dan bien los negocios (y a la gente no le gusta ir a su salón de masajes porque ella es demasiado desagradable). Se gasta mucho dinero en ella (mientras que siempre ha sido muy tacaña con Delphine).

2) Así que empezó a robar libros de la biblioteca del padre de Delphine. Y buscó un vendedor, en París, que se los comprase sin hacer demasiadas preguntas sobre su procedencia. «Ese vendedor soy yo —nos

dijo el señor Ronet—. Y fui lo bastante tonto para embarcarme en esta historia, convertirme en su novio y repartirnos las ganancias de sus robos».

3) Cuando Delphine descubrió que la tía Amandine robaba los libros, la acusó delante de su madrastra. La anciana se puso desagradable y le dio una bofetada a Delphine. Esta le contestó con otra bofetada. La anciana resbaló y se dio un golpe en la cabeza. Había sangre por todas partes. Delphine corrió a refugiarse con una amiga en París. El tío Félix la encontró al día siguiente (es increíble lo rápido que puedes encontrar a alguien si lleva el móvil encendido en el bolsillo). Le dijo a Delphine que había matado a su madrastra y que iba a denunciarla a la policía a menos que aceptase un trato: les daría al tío Félix y a la tía Amandine toda la casa con sus bienes y, a cambio, ellos se desharían del cadáver y la dejarían huir de Francia con treinta mil euros en efectivo. Delphine, aterrada ante la idea de haber cometido un asesinato, aceptó la propuesta y firmó los papeles. Luego le dijeron que fuese a ver al señor Ronet, y este le dijo que podía sacarla fácilmente del país. Deseaba adquirir una primera edición de un libro de Dickens que tenía en venta un librero de Londres que solo aceptaba dinero en efectivo. Le dio una bolsa con cuarenta y dos mil euros contantes y sonantes: doce mil para el vendedor y treinta mil para ella. También la ayudó a comprar un billete de avión de Londres a Bangkok —una ciudad muy lejana en Asia — y a encontrar un lugar para esconderse allí. A continuación, se dirigió a la estación del Norte para tomar el tren a Londres. Cuando llegó, la policía la estaba esperando, avisada por Félix.

4) La tía Amandine y el tío Félix se alegraron de que Delphine hubiese «matado» a la anciana, porque la habían oído decir que quería cambiar su testamento para dejar la casa y todo lo que había en ella a una obra benéfica. ¡Ahora que estaba muerta y que a Delphine la acusaban de asesinarla, se quedarían con la herencia, y, cuando Delphine saliese de la cárcel, años después, no tendría nada!

El detective Melville había grabado el interrogatorio en su iPhone y le había enviado el archivo de audio al inspector Jouvet. También había llamado a la comisaría del distrito 6 para que enviase a dos agentes a la librería. Cuando llegaron, el detective Melville les ordenó que detuviesen al señor Ronet y lo encerrasen durante la noche.

El señor Melville me felicitó durante nuestra cena japonesa en el Odéon.

—¡Formamos un buen equipo, Aurora! Y has acertado con Ronet, con esa idea tan brillante de enseñarle la foto de la tía Amandine.

—¡Fue usted quien me enseñó la estrategia de la pregunta sorpresa!

—Aprendes rápido.

—¡Cuando eres detective, no hay más remedio!

—Sin embargo, aún tenemos un problema. A pesar de que el señor Ronet ha revelado cómo se las arreglaron su tío y su tía para inculpar a Delphine, la chica le pegó a su madrastra, que cayó al suelo, se golpeó la cabeza y se supone que está muerta. Con un buen abogado y un juez comprensivo, Delphine probablemente conseguirá una pena reducida, pero seguirá yendo a la cárcel por asesinato. El asesinato fue accidental, sin duda, pero sigue siendo un asesinato.

—El siguiente paso es encontrar a la madrastra.

—Hemos buscado por todas partes, créeme. Registramos la casa con perros rastreadores y peinamos los terrenos y jardines circundantes para ver si había algún cadáver enterrado. Por supuesto, alguien podría haberlo transportado en coche, pero inspeccionamos los vehículos de Félix y Amandine de arriba abajo: ni rastro de sangre ni de ADN de su madre.

Estaba muy cansada, cerré los ojos y me puse a soñar con el gran tazón de chocolate caliente que me iba a preparar cuando llegase a casa. Había sido un día muy largo. Fue entonces cuando…, *¡ding!*, apareció un mensaje en la *tablet*. Era Anaïs:

> Acabo de hacer esta foto fuera, delante de la casa. Espero que el tío Félix no me haya visto. Te la mando y la borro. Enséñasela al detective Melville. Aquí tengo cada vez más miedo.
>
> Tu amiga Anaïs

Abrí el archivo adjunto. Lo que vi fue como recibir una bofetada en la cara. El detective Melville me miró con cara de preocupación.

—Parece que acabas de ver un fantasma, Aurora.

—Lo hubiese preferido —dije.

Le entregué la *tablet* con la foto en la pantalla. El detective Melville también se mostró sorprendido. En la foto salían dos personas bajo un árbol frente a la casa de Anaïs, abrazándose y besándose.

¡Eran el tío Félix y la detective Fayard!

KIKKOMAN

Cuando llegamos a Fontenay-sous-Bois, el detective Melville me pidió que le enviase la foto que había hecho Anaïs. En cuanto la recibió, se la envió al inspector Jouvet. En el trayecto de la estación a la casa, el inspector Jouvet llamó al detective Melville. Después de colgar, este me dijo:

—El inspector ya sabe que nunca hablas con nadie de las investigaciones policiales. Lamenta insistir, pero debes mantener absolutamente en secreto lo que me acabas de enseñar. Esta foto ahora es objeto de un importante asunto interno. Y, entre nosotros, mañana por la mañana la detective Fayard va a estar metida en un buen lío.

—Tiene mi palabra: no diré nada sobre este asunto. Ni sobre los otros, por supuesto. Pero ¿puedo hacerle una pregunta? ¿Cree que si la detective Fayard insiste tanto en la culpabilidad de Delphine es por su historia con el tío Félix?

—No puedo contestarte con certeza hasta que el inspector Jouvet y yo hablemos con ella: el inspector me ha pedido que le ayude a interrogar a un miembro de nuestro propio equipo… Pero sí, tengo la impresión de que el juicio de la detective Fayard estaba influido por su vínculo con el tío Félix. Y corre el riesgo de perder su trabajo, e incluso de ir a juicio.

—Eso es terrible. Pero lo que es aún más terrible es distorsionar la verdad para inculpar a una inocente.

—Tienes toda la razón, Aurora. Pero recuerda que somos detectives y no debemos sacar conclusiones apresuradas en un caso antes de conocer todos los hechos. Sin embargo, reconozco que las cosas no pintan bien para la detective Fayard.

—¿Está casada?

—Divorciada, y tiene dos hijas de catorce y once años.

—Igual que Émilie y yo.

Me pregunté cómo me sentiría si a mamá la acusasen de algo horrible y tuviese que ir a la cárcel. Todo por enamorarse de la persona equivocada. El detective Melville me acompañó hasta la puerta de

nuestro edificio. Eran más de las ocho. Le envié un mensaje a mamá y le pregunté si podía subir conmigo para presentárselo.

Me contestó: «Dile al detective Melville que me encantaría conocerlo, pero ahora no, porque estoy un poco alterada».

No era buena señal. Le dije la verdad al detective Melville:

—Mamá está molesta por algo.

—En ese caso, será mejor que subas rápidamente para ver si puedes ayudarla. Ya la veré la próxima vez, Aurora. Y si vuelves a tener noticias de Anaïs esta noche, avísame… Probablemente me vaya a la cama sobre las once y apague el teléfono durante la noche, pero, si me necesitas, envíame un mensaje. Lo veré en cuanto me levante por la mañana.

Vi que parecía cansado y preocupado.

—¿Está preocupado por la detective Fayard?

—Por supuesto. A menudo no estábamos de acuerdo, sobre todo en este caso, pero ha sido mi compañera durante cinco años. Y ahora… ¡Ah! Esto da que pensar, Aurora: nunca se conoce del todo a la gente. Todo el mundo tiene sus secretos. Y algunos son más terribles que otros.

Cuando entré en el piso, mamá estaba sentada a la mesa de la cocina con un vaso de vino delante. Parecía muy triste. Se le había corrido el rímel. ¡Había estado llorando! Le di un abrazo.

—¿Qué ha pasado, mamá? —pregunté.

—Cosas de adultos —contestó, secándose los ojos.

—Puedes contármelo —escribí.

Tomó un sorbo de vino.

—Charles me ha confesado que tenía mujer y una hija. Viven lejos de aquí, en el sur, en Toulon. Su matrimonio no duró mucho. Su mujer conoció a otro hombre y se fue a vivir con él después de que naciera su hija. Ella convenció a su hija, que ahora tiene quince años, para que no tuviera más contacto con Charles. Y, sin embargo, él ha hecho todo lo posible para mantener el vínculo con ella.

—¿Hizo algo malo para que su mujer no quiera que vea a su hija?

—Según Charles, su nueva pareja quiere controlarlo todo. Le dice lo que tiene que hacer y dirige su vida. Él quiso divorciarse, pero ella se niega, porque Charles tiene dinero y el tipo con el que vive es un acordeonista que no gana mucho.

—¿Le crees? —pregunté.

—Me gustaría, pero…

Detrás de sus ojos, vi lo que estaba pensando: «¿Por qué no me lo contó todo desde el principio? ¿Por qué mintió? Como no me dijo la

verdad, ahora esta historia me parece rara…».

—Lo siento por ti, mamá. Sé lo mucho que lo querías.

Intentó contener un sollozo, pero no pudo.

—Me parecía una persona increíble. Pensé que por fin había encontrado al hombre adecuado y, créeme, a mi edad eso no es fácil.

—¡Pero si no eres vieja!

—Cuando tienes cuarenta años y estás divorciada con hijos, muchos hombres tienden a mirar hacia otro lado.

—Pero ya has tenido dos novios desde que papá y tú os separasteis.

—El primero era bueno, pero aburrido, y el segundo era muy guapo, pero deshonesto.

—¿Sabes por qué al final te lo ha contado? —pregunté.

—Me ha dicho que no podía seguir viviendo con ese secreto, que sabía que tarde o temprano me enteraría de la verdad. También me ha dicho que se sentía fatal y muy tonto, y que haría cualquier cosa para que lo perdonase.

—¿Vas a volver con él?

Mamá miró el fondo del vaso.

—Le he dicho que necesitaba tiempo para pensar. Pero la verdad es que ya no confío en él. Hay secretos grandes y pequeños. Charles tenía un secreto enorme, debería habérmelo contado enseguida, pero prefirió guardárselo y mentirme. Eso me hace creer que tiene otros que no me cuenta. Y, francamente, no voy a ser capaz de soportar más disgustos. Últimamente he tenido demasiados.

Sonó el teléfono. Era la tía Ingrid. Me alegré de que llamase a mamá: ella sabe manejar este tipo de situaciones. Sería una buena consejera. Abracé a mamá y le di un beso. Como se quedó en la cocina para hablar con la tía Ingrid, no pude hacerme el tazón de chocolate que tanto deseaba tomarme. Así pues, fui a mi habitación y me puse el pijama. Después de un día así, estaba tan agotada que me metí en la cama y me dormí en cuestión de segundos.

Sonó un «ding» en la *tablet*. Me desperté y miré la hora: ¡la 1.32! Estábamos en mitad de la noche. Nunca me habían enviado mensajes tan tarde. Era de Anaïs:

> ¡Han encontrado la foto que le hice al tío Félix con la policía! ¡Han encontrado todo lo que te he dicho en los mensajes, aunque lo había borrado todo! Me han sacado de la habitación y me han traído a un lugar que llaman la mazmorra. Está arriba, en el desván. Esto es horrible. No hay luz ni ventanas. No hay cama. Solo tengo el móvil, que he conseguido esconder dentro de una bota cuando me han traído aquí. Pero solo queda batería para una hora. Después, estaré perdida para el resto del mundo. Voy a morir aquí. ¡Tienes que encontrarme!

Josiane me dijo una vez que cuando estás en una situación difícil, lo mejor es contar hasta diez. «La próxima vez que te enfrentes a una dificultad o a algo que te asuste, respira hondo tres o cuatro veces y cuenta lentamente hasta diez». Me explicó que, cuando sentimos miedo o estamos preocupados, tendemos a tomar malas decisiones. Yo no suelo tener miedo. Émilie dice que es por mi autismo. Puede que sea verdad a medias. Sin embargo, en ese momento tenía mucho miedo. Debía encontrar la manera de sacar a Anaïs de esa mazmorra lo antes posible.

Pero antes… me senté en la cama. Cerré los ojos. Inspiré y espiré lentamente varias veces. Conté hasta diez y me tranquilicé. Luego les envié el mensaje de Anaïs al detective Melville y al inspector Jouvet. Les dije que necesitaba hablar con ellos lo antes posible, pero sabía que estaban durmiendo y que probablemente no se despertarían hasta varias horas después. Así que me pregunté qué podía hacer…

¡Alba! Tenía que ir a Sésamo para pedirle consejo. Alba siempre se muestra astuta y pragmática. Estaba segura de que me ayudaría a encontrar la mejor solución para salvar a Anaïs.

Me vestí (¡una no se queda en pijama cuando está a punto de embarcarse en una misión peligrosa!), puse la estrella en la *tablet* y dije: «¡Sésamo!».

¡Hop! Ya estaba en la habitación de Alba. Su madre y su padre acababan de pintarla de amarillo y ella la había decorado con sus dibujos de soles nacientes. Igual que a mí me gustaban las estrellas debido a mi nombre, a Alba le gustaban los amaneceres por el suyo. Le sorprendió un poco que la despertase en plena noche, hasta que le conté el peligro que corría Anaïs y la peligrosa aventura que teníamos por delante.

—La buena noticia es que lleva el móvil —dijo Alba—. Pero si la batería está casi agotada, no tenemos mucho tiempo. ¡Esto podría dar mucho miedo, Aurora! Si la han encerrado en el desván…, tenemos que entrar en la casa y encontrarla… Va a ser complicado.

—¡Tú y yo nos estamos acostumbrando a resolver problemas! —contesté—. Lo único es que, como siempre dejo la *tablet* en el Mundo

Cruel, tenemos que volver primero a mi habitación para intentar ponernos en contacto con Anaïs.

—¡Dame tiempo para que me vista! ¡No voy a ir a una misión en pijama!

Desapareció en el cuarto de baño y volvió unos segundos después, lista para marcharse.

—No olvides coger una linterna en tu casa —dijo—. Para que podamos orientarnos en la oscuridad.

—¡Vamos! ¡El tiempo apremia para Anaïs!

Cerramos los ojos y dijimos juntas: «Una, dos y tres… ¡Vuelta a los problemas!».

Cuando llegamos a mi habitación, miramos inmediatamente la *tablet*. No había ningún mensaje del detective Melville, pero sí uno de Anaïs:

¿Dónde estás?

Contesté:

Ya voy. ¿Cómo podemos entrar en la casa? Supongo que estará cerrada con llave.

Anaïs escribió:

Si das la vuelta, en la puerta de atrás hay una gatera. No sé si tienes el brazo lo suficientemente largo, pero el tío Félix siempre deja una llave colgada dentro, a la derecha de la gatera. A menudo se le olvidan las llaves, sobre todo cuando ha bebido demasiado vino..., o sea, casi todas las noches.

Le escribí:

¿Ha bebido esta noche?

Ella contestó:

Sí. Cuando me subieron, la tía Amandine le decía que había vuelto a pimplar demasiado.

Alba intervino:

—Dile que te envíe un dibujo de la escalera que sube al desván. Y pregúntale si su teléfono tiene un sistema de localización. Tienes que mirar en los ajustes.

Le escribí todo eso a Anaïs. Su respuesta fue:

Lo único que sé es que me han arrastrado por el pasillo donde está mi habitación. Debe de haber una puerta oculta, pero no he podido verla. Me habían tapado los ojos con una venda.

Pregunté:

¿Puedes encontrar el sistema de localización en el móvil?

Me contestó:

¡No! Es un móvil plegable de los antiguos. Puedo llamar y mandar mensajes, nada más.

Alba me dijo:

—Sus tíos deben de ser muy tacaños para regalarle un teléfono así.

—No solo son tacaños —contesté—. ¡Son odiosos!

Le escribí a Anaïs:

¡Ya voy!

Le susurré a Alba que teníamos que ir a la cocina. Una vez allí, abrí el armario que hay debajo del fregadero, encontré la caja donde mamá guarda las herramientas y cogí la linterna. Luego saqué el cuaderno que utiliza para escribir la lista de la compra y le dejé una nota:

HE TENIDO QUE SALIR PARA UNA INVESTIGACIÓN POLICIAL. NO TE PREOCUPES. HE COGIDO LA LINTERNA DE LA CAJA DE HERRAMIENTAS, PERO TE LA DEVOLVERÉ. ¡ERES LA MEJOR MAMÁ DEL MUNDO!

Aurora me susurró:

—¿La Casa de los Horrores está lejos de aquí?

—A diez minutos en bici.

—¡Vaya! Creo que tendré que volver a sentarme en el manillar…

Fuimos a por la bici. Alba se subió al manillar y, ¡hop!, nos pusimos en marcha.

—Voy a pedalear tan rápido como pueda, Alba —dije—. ¡Porque ahora cada minuto cuenta!

Alba se agarró con fuerza y llegué a la Casa de los Horrores (así es como la llamamos Alba y yo desde entonces) al cabo de diez minutos exactos.

—¡El próximo verano deberías correr el Tour de Francia! —dijo cuando estuvimos delante de la casa.

Miré la puerta y el interfono. Pensé que quizá podríamos trepar por la puerta. Sin embargo, como si me hubiera leído el pensamiento, Alba señaló los pinchos de la parte superior.

—No hay ninguna posibilidad de subir por ahí —susurró—. Es demasiado peligroso.

Pensé rápidamente. Vi que había un árbol muy grande en la calle, a la derecha del portón que se abría deslizándose hacia la izquierda. Si nos escondíamos detrás del árbol, quizá podríamos entrar.

—No será fácil —dijo Alba—. Porque tendremos que esperar a que alguien se asome, abra de par en par y salga a la calle para poder colarnos detrás de él.

Volví a pensar rápido. Había una papelera cerca. Miré dentro y vi una lata vacía. A la luz de la farola, no parecía demasiado sucia. De todos modos, tanto si estaba sucia como si no, tenía que sacarla de la papelera.

—Escóndete detrás del árbol —le dije a Alba después de atar la bici a la farola.

Fui a tocar el timbre. No contestó. No era de extrañar: aún era noche cerrada. Esperé diez segundos —«¡Cuenta hasta diez!»— y volví a llamar. Esta vez pulsé el botón durante mucho tiempo. Al final, oí una voz. Era el tío Félix. No parecía muy despierto, y sí algo achispado.

—¿Quién es? —ladró por el intercomunicador—. ¡Largo de aquí!

Volví a pulsar el timbre.

—¿Me has oído? —gritó—. ¡Largo!

Seguí tocando el timbre. Hasta que oí que se abría la puerta principal. El tío Félix salió tambaleándose. Corrí a esconderme detrás del árbol.

—Bien hecho —susurró Alba mientras estábamos escondidas, sin apenas atrevernos a respirar.

—¿Dónde estás, payaso? —gritó el tío Félix.

Llevaba unas grandes pinzas de hierro en la mano, de esas que utilizaba mi abuelo en el campo para mover los troncos en el fuego. En la otra mano tenía una botella de vino medio vacía.

—¡Asoma ahora mismo! —dijo con la voz pastosa.

—¡Está borracho! —murmuró Alba.

Abrió el portón y salió haciendo eses. Mientras miraba la acera, lancé la lata lo más lejos que pude. Aterrizó en la calzada.

—¿Quién anda ahí? —gritó mientras salía a la calle tambaleándose.

El tío Félix había gritado tanto que alguien en la casa de enfrente abrió la ventana y se enfadó con él por haber despertado a todo el mundo.

—¡Tú eres el que ha tirado algo a la calle! —ladró este último.

—¡Eres un borracho y un imbécil! —respondió el vecino.

Mientras tanto, Alba y yo nos apresuramos a cruzar el portón. Como la puerta principal estaba abierta, quise entrar corriendo en la casa. Pero justo entonces oímos otra voz:

—¡Vuelve, pedazo de idiota!

¡La tía Amandine!

Estaba en el umbral, con una bata larga y la cara cubierta con una especie de mascarilla espesa que le daba un aspecto aún más aterrador.

—¡Ya voy, mamá! —exclamó el tío Félix en tono de broma.

—¡Si tengo que hacer de madre contigo es porque te comportas como un niño pequeño!

Todo ese alboroto nos permitió a Alba y a mí escabullirnos por el lateral de la casa hasta la puerta trasera. Como era una noche muy oscura (no había luna y solo unas pocas estrellas), corrimos a oscuras, guiadas por las tenues luces de la casa. Por fin vimos la gatera.

—Vamos a esperar unos minutos para asegurarnos de que esos dos asquerosos se han vuelto a la cama —susurró Alba.

Esperamos cinco largos minutos, acurrucadas para mantenernos calientes en la fría noche. Les escribí un mensaje al detective Melville y al inspector Jouvet para avisarlos de que estaba a punto de entrar en la Casa de los Horrores, y que debían venir lo antes posible.

Luego nos acercamos a la puerta muy despacio. Me puse en cuclillas, metí la mano en la gatera y busqué las llaves a tientas, pero no las encontré. Alba me aconsejó que metiera aún más el brazo por la gatera. Con el hombro pegado a la puerta, seguí paseando la mano por el interior. De repente, solté un grito silencioso. ¡Dos dientecitos de gato me habían mordido la mano! Saqué el brazo inmediatamente. Al otro lado de la puerta, un gato se puso a maullar. Tenía dos marcas en el pulgar; aunque no me salía sangre, me dolía un poco. El gato se puso a bufar para avisar a los otros gatos de la casa de que alguien había metido la mano por su gatera. Obviamente, a los gatos no les gustaba que la gente utilizara su entrada. ¡Debían de haber confundido mi mano con un ratón!

De repente se oyó una voz.

—¿Qué pasa?

¡La tía Amandine!

Alba me indicó mediante señas que nos pegásemos contra la pared que había junto a la puerta.

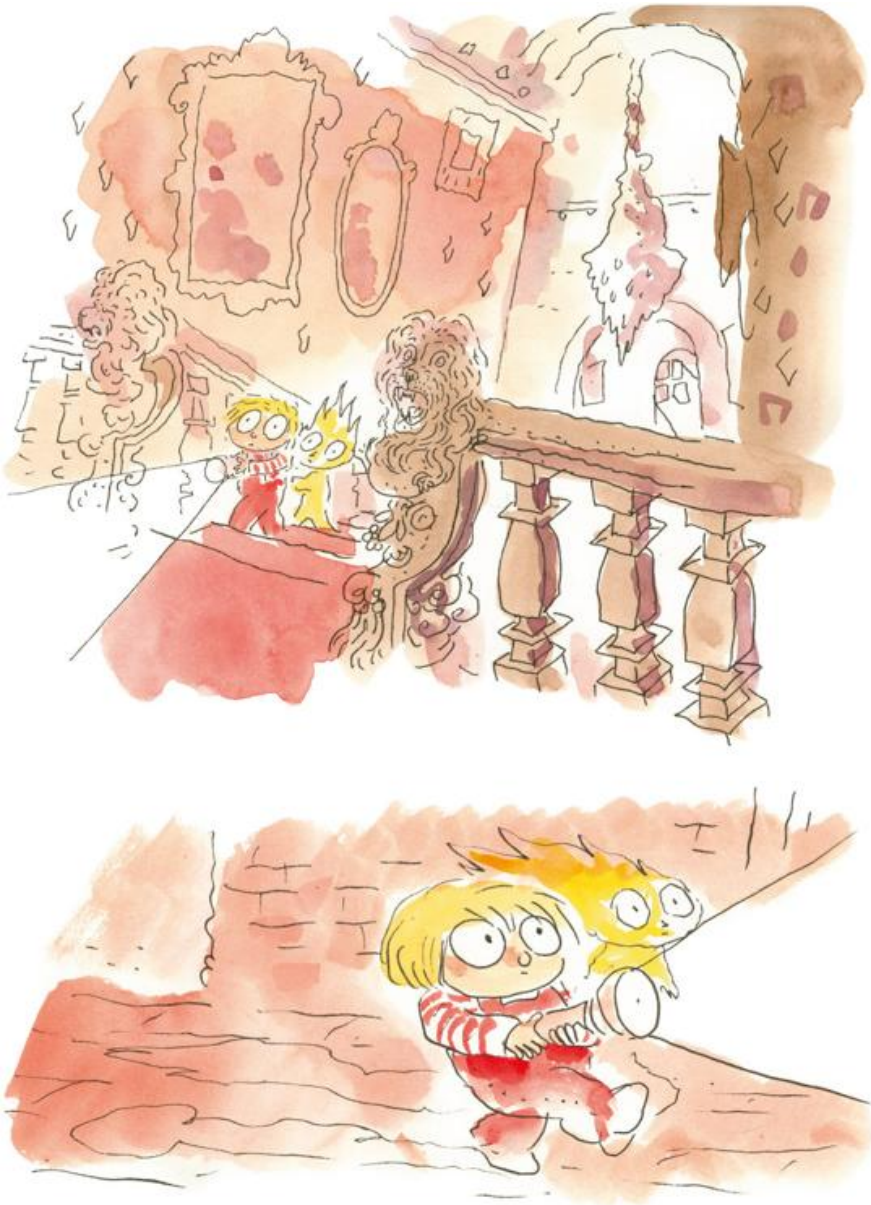
—¡A callar! —les gritó la tía Amandine a los gatos.

Alba me susurró:

—No solo se porta mal con su sobrina, también es mala con sus gatos.

La puerta se abrió de golpe, la tía Amandine salió y escudriñó el jardín, totalmente a oscuras. En cuanto se alejó, nos apresuramos a entrar. Los gatos empezaron a maullar de nuevo. Cruzamos la cocina corriendo, nos metimos en el cuarto de baño y cerramos la puerta.

Agarré a Alba de la mano e intentamos mantener la calma mientras oíamos a la tía Amandine volver y gritarles a los gatos: «¡Que os calléis!» antes de cerrar con un portazo y subir al primer piso.



Esperamos muchos minutos más a oscuras antes de decidirnos a salir del cuarto de baño. Afortunadamente, los gatos habían salido todos. Echamos a andar muy despacio hasta la gran escalera de mármol, donde subimos los escalones de puntillas. En el haz de luz de la linterna vi a Alba mirando los muebles antiguos y los cuadros de personas siniestras de un tiempo muy lejano.

—¡Esta casa se ha quedado congelada en el tiempo! —susurró.

—¿Cómo vamos a encontrar la escalera que lleva al desván?

—Pregúntale a Anaïs si tiene alguna idea.

Le escribí un mensaje a Anaïs:

¡Estoy dentro de la casa! ¿Sabes dónde está la escalera secreta?

Me contestó:

Me han arrastrado durante un buen trecho. Me he soltado un momento y me he chocado contra una pared. Luego han abierto una puerta y me han hecho entrar en una habitación. Les he oído tirar o abrir algo. Luego me han hecho subir por una escalera muy empinada. Solo me queda un seis por ciento de batería. ¡Date prisa, por favor!

Estaba cada vez más preocupada (cosa que no me pasa nunca). Inmediatamente le enseñé el mensaje a Alba. Echamos un vistazo al pasillo. Además de las puertas de las habitaciones de Delphine y Anaïs, vimos que había una tercera. ¿Y si fuera la habitación de la tía Amandine o del tío Félix? ¿Y si, al entrar, nos encontrábamos a uno de los dos en la cama?

—No tenemos elección —dijo Alba—. Esta es nuestra única oportunidad de salvar a Anaïs. Creo que tenemos que abrir esa puerta… ¡Luego ya veremos lo que pasa!

Sabía que Alba tenía razón. Igual que sabía que, si decidíamos marcharnos y esperar hasta que se hiciese de día para volver con el inspector Jouvet y el detective Melville, a Anaïs le podían pasar muchas cosas.

—Bien —susurré—. ¡Vamos a hacerlo ya!

Seguimos el pasillo. Delante de la última puerta desconocida, respiré hondo. Apoyé la mano en el pomo. Miré a Alba, que me animó con un movimiento de cabeza. Apagué la linterna, giré el pomo y abrí la puerta. Y al otro lado…

Nos encontramos una habitación minúscula, oscura y vacía. Era una especie de trastero. Encendí la linterna y vi una vara enorme, arrumbada en un rincón, que debía de ser al menos tres veces más alta que yo. Tenía un gancho en el extremo.

—¿Para qué servirá esto? —le pregunté a Alba.

—Quizás haya una escalera secreta. O una trampilla. Anaïs ha dicho que los oyó tirar o abrir algo. ¡El gancho debe de engancharse a algo en el techo!

Dirigí el haz de luz de la linterna hacia el techo. Nada. Alba me aconsejó que me subiera a sus hombros para ver más de cerca: el techo era muy alto y estaba muy oscuro. Cogió la vara de metal y se apoyó en la pared. Se arrodilló para que yo pudiera subirme a sus hombros y luego se levantó muy despacio. Estaba haciendo equilibrios, pero teníamos la pared para apoyarnos. En cuanto Alba se puso de pie, yo me quedé a solo un metro del techo. Volví a escudriñar la superficie con la luz de la linterna. Y allí, en un rincón, vi una pequeña anilla de hierro.

—¡La he encontrado! —susurré.

—¡Genial! —contestó Alba, y me pasó la vara.

Yo le pasé la linterna. Iluminó el techo mientras yo intentaba pasar el gancho por la anilla, pero ¡era tan pequeño que resultaba muy difícil!

—Han puesto una anilla minúscula para que nadie la vea —susurró Aurora—. ¡Para que nadie pueda encontrar este lugar donde esconden a la gente! ¡Son diabólicos!

Me incliné un poco más y empecé a caer hacia delante. ¡Oh, no! Pero justo cuando me resbalé de los hombros de Alba, el gancho entró en la anilla. Me caí, colgada de la vara, y se oyó un ruido terrible. Al caer, se abrió un cuadrado en el techo y una escalera de hierro cayó hasta el suelo. Inmediatamente oímos a Anaïs, que gritó por encima de nosotras: —¡Aquí arriba! ¡Aquí arriba!

Afortunadamente, Alba y yo habíamos saltado justo a tiempo, antes de que la escalera cayera al suelo con fuerza.

Pero en ese momento se oyeron voces en el pasillo. La tía Amandine

gritó:

—¡Levántate, pedazo de borracho! ¡Hay gente en casa!

—¿Cómo? —contestó el tío Félix.

La tía Amandine corría ahora por el pasillo.

Alba me soltó:

—¡La puerta se cierra con llave!

Dimos un portazo y cerré con llave. La tía Amandine empezó a aporrear la puerta y a girar el pomo como una loca. Luego se abalanzó

contra la puerta para intentar derribarla. Subimos por la escalera, yo la primera. Llevaba la linterna en la mano, pues allí arriba estaba muy oscuro. Oí ruiditos sobre las tablas de madera del suelo. Lo iluminé con el haz de luz y vi que estaba muy sucio. Alba pegó un grito: —¡Ratas!

Había por lo menos cinco que corrían de un lado a otro porque se habían asustado con nuestra llegada. Entonces algo cayó del techo y pasó volando por delante de nuestras caras. Una segunda criatura negra pasó volando junto a nosotras y Alba soltó otro grito: —¡Murciélagos!

Oí una voz más lejos.

—¡Aquí!

¡Anaïs!

El suelo no parecía muy sólido. A cada paso que dábamos, tenía la sensación de que iba a ceder y que lo íbamos a atravesar. Entonces pensé (mientras rezaba para que los murciélagos dejasen de volar a nuestro alrededor) que si había aguantado el peso de la tía Amandine, podría soportar el de dos niñas como nosotras.

Abajo oía a la tía Amandine y al tío Félix, que seguían intentando derribar la puerta.

—¡Aquí! —volvió a gritar Anaïs.

Vimos una jaula de hierro, lo bastante grande como para que cupiese un adulto de pie. Solo había un colchón asqueroso en el suelo, nada más. Anaïs se agarraba a los barrotes y los zarandeaba. La iluminé con la linterna. Tenía pinta de necesitar un buen baño caliente. Los ruidos de abajo se intensificaron.

—¡Date prisa! ¡Rápido! ¡Ya vienen!

Pero había un candado enorme.

—Las llaves están junto a la otra jaula.

La otra jaula estaba a tres pasos de allí. Dentro había una anciana con muchas ojeras. Tenía el pelo lleno de polvo. Su cuerpo estaba tan delgado que parecía que no había comido desde hacía días o semanas. Estaba hecha un ovillo en su colchón, como un gato enfermo que no puede moverse.

Grité cuando la vi (aunque, como no puedo gritar, solo fue un enorme y silencioso «¡OOOOOH!»). La anciana me miró y se llevó un dedo a los labios para decirme que no hablase. ¡Era Lucrèce! La malvada madrastra, ahora en tan mal estado como la niña de la jaula de al lado.

Las llaves estaban colgadas de un gancho, lo bastante lejos de la jaula como para estar fuera de su alcance. Las cogí. Alba miró a la anciana, sorprendida. En el piso de abajo se oyó un fuerte crujido: la puerta había cedido. Se oyeron pasos en la escalera. ¡No había ni un minuto que perder! Abrí el candado de la jaula de Lucrèce; luego Alba y yo nos abalanzamos sobre la jaula de Anaïs, abrimos el candado y la reja y sacamos a Anaïs justo cuando la cabeza de la tía Amandine apareció en el desván.

—¡Ya sois mías! ¡Y no os iréis nunca de aquí!

Anaïs se puso a gritar. Las tres corrimos hacia la otra jaula. Lucrèce ya había salido. Estaba allí plantada, con un camisón asqueroso y la cara negra de mugre después de haber estado encerrada durante días. Volvió a llevarse un dedo a los labios. Me dio el candado de su jaula y se puso delante de Anaïs y de mí. Alba —que era invisible para todos menos para mí— se nos unió. La tía Amandine y el tío Félix corrían hacia nosotras. Lucrèce soltó un aullido, como si estuviera loca. Agitó las manos hacia delante. Con sus uñas largas, parecían pinzas. La tía Amandine estaba aterrorizada, y luego furiosa, mientras su madre le arañaba la cara. Agarró a Lucrèce, pero esta la atacó de nuevo, y esta vez empujó a la tía Amandine dentro de la jaula (aunque Lucrèce estuviese

muy delgada, la ira la hacía más fuerte). Luego se abalanzó sobre su hija y le arañó la cara aún con más fuerza. El tío Félix entró en la jaula para ayudar a su hermana. En ese momento, Lucrèce me gritó: —¡Ahora!

Alba y yo sabíamos lo que teníamos que hacer. Nos acercamos a la jaula, cerramos la puerta y pusimos el candado. Al cerrarla, el tío Félix se chocó contra la puerta. ¡Demasiado tarde! ¡Estaban atrapados!

Anaïs se puso de rodillas y comenzó a llorar. La ayudé a levantarse y a bajar por la escalera, y la acompañé hasta su habitación. Por encima de nuestras cabezas, la tía Amandine gritaba que nos atraparía, mientras Lucrèce exclamaba entre risas: —¡Prefiero pudrirme en la cárcel con vosotros a saber que estáis en libertad!

Cuando llegamos a su habitación, Anaïs se desplomó sobre la cama y, con la cabeza hundida en la almohada, se puso a sollozar aún más fuerte.

A través de las lágrimas, consiguió decir:

—Gracias… Gracias…

Me quedé consolándola hasta que oí la sirena de la policía y luego el interfono del portón.

—¡Ya estamos a salvo! —le dije a Anaïs antes de dirigirme a la escalera, con Alba a mi lado.

Justo antes de llegar a la puerta principal, Alba me abrazó y me dijo: —Me vuelvo a Sésamo. ¡Necesito dormir, después de todo esto!

—Sí, a veces, el Mundo Cruel es muy duro.

—¡Yo diría que siempre! —exclamó Alba—. Pero siempre acudiré a ayudarte cuando se vuelva demasiado difícil.

—¡Eres mi mejor amiga! Y cuando termine esta historia, iré a descansar a Sésamo.

El intercomunicador sonaba sin parar. Por el altavoz, oí gritar al

inspector Jouvet: —¡Policía! ¡Abran la puerta inmediatamente!

Le di un último beso a Alba y pulsé el botón para abrir el portón. Oí que se acercaban corriendo a la casa. Abrí la puerta, y allí estaban el inspector Jouvet y el detective Melville junto con dos policías uniformados. ¡Todos llevaban el arma en la mano!

—¡Aurora! —gritó el inspector Jouvet.

—¡Bienvenido a la Casa de los Horrores, inspector!

—¿Y dónde están esos horrores? —preguntó el inspector Melville—. ¿Han huido?

Sonreí y escribí:

—¡Los tengo encerrados!

¡BIENVENIDO A LA CASA DE LOS HORRORES!

Cuando llegamos a la comisaría unas horas después, el detective Melville insistió en prepararme un delicioso tazón de chocolate caliente. También llamó a mamá y le aseguró que no tardaría en volver a casa. Le contó que acababa de «hacer un trabajo muy importante para la policía». Mamá me había mandado un mensaje al despertarse donde me decía que no podía desaparecer en mitad de la noche y que iba a tener que explicarles a los detectives que debían seguir unas normas. Le enseñé su mensaje al detective Melville. Después de hablar con ella, me aseguró que le había prometido que no saldría más de casa en mitad de la noche por una investigación policial. También le había explicado que, como en cualquier investigación, mi papel en el caso debía permanecer en secreto.

—Si tu madre supiera lo que te ha pasado y el peligro que has corrido,

creo que no volveríamos a verte por la comisaría, Aurora.

—¡Soy su ayudante! Y, sí, esta noche he pasado un poco de miedo, pero si no hubiera ido a la Casa de los Horrores, quizá nunca habríamos encontrado a Anaïs. Y Delphine no estaría libre. ¡Porque a su horrible madrastra aún la darían por muerta!

—Has sido increíblemente valiente, Aurora. Sin embargo, las cosas podrían haber salido mal. Y, a estas alturas, aún podrías estar en ese desván.

—Sí, pero le había escrito para decirle dónde tenían encerrada a Anaïs. Así que pensé que, si al final pasaba lo peor y esa gente me encerraba, usted sabría dónde encontrarnos.

—Piensas en todo, Aurora.

Mientras me tomaba el chocolate, el inspector Jouvet entró en la habitación con Delphine. Estaba muy callada y tenía la cabeza gacha. Parecía agotada y le molestaba la luz intensa, después de todos los días que había pasado en la celda.

—El inspector Jouvet me ha explicado que he recuperado la libertad gracias a ti —dijo.

—El detective Melville también estaba convencido de tu inocencia desde el principio —escribí.

—Pero has sido tú quien ha encontrado a mi horrible madrastra viva. Gracias a ti, me he librado de varios años de cárcel. Tú no pensabas que fuera culpable, a diferencia de los otros detectives.

El inspector Jouvet intervino.

—Todos estamos muy conmocionados por esta historia. Y no puedo revelar nada más porque ahora es una investigación policial interna. Solo puedo decirte que la persona que tramó todo esto ahora está metida en un buen lío. Ahora tienes que buscar un abogado para conservar la casa y todo lo que te pertenece, sobre todo porque tu madrastra y sus dos hijos pasarán varios años entre rejas.

Delphine dijo que estaba demasiado asustada para volver a la casa. El detective Melville le preguntó si tenía algún familiar que pudiera

acogerla. Ella negó con la cabeza mientras se le saltaban las lágrimas.

—Soy hija única. Mi madre desapareció cuando yo era pequeña. Mi padre no tenía familia cercana. No tengo a nadie.

—En casa tenemos una habitación de invitados —le dijo el detective Melville—. ¿Te gustaría quedarte allí hasta que te recuperes?

—Sería genial —contestó Delphine—. Pero ¿no sería mejor que se lo preguntase antes a su mujer para ver si está de acuerdo?

—Ya lo he hecho. Se llama Yvonne, por cierto. Le he hablado de ti desde el día en que te detuvieron. Ella también estaba de tu parte. Y me ha dicho hace un rato, después de que encontrasen a tu madrastra con vida, que si querías pasar un tiempo en familia (y si te adaptas a nuestra hiperactiva hija de cuatro años), estaríamos encantados de acogerte.

—¡Con mucho gusto!

El inspector Jouvet añadió que le buscaría a alguien con quien hablar de lo que había pasado para que la ayudase a pasar página. Luego reiteró lo mucho que lamentaba que «uno de los nuestros» hubiera hecho que las pruebas señalasen a Delphine como culpable.

—Esa persona lo pagará caro.

A Anaïs la habían llevado al hospital para que la examinasen los médicos. Según el inspector Jouvet, su padre y su madre habían tomado un avión en Dubái y estarían con ella al día siguiente.

—Su padre no podía creerse que los miembros de su propia familia le hubiesen hecho algo tan horrible a su hija. Se ha sentido muy culpable al darse cuenta de que Anaïs tardaría en recuperarse.

—¿Puedo visitarla en el hospital? —escribí.

—Iré a verla esta tarde y, si los médicos consideran que puedo hablar con ella, se lo preguntaré. Pero ahora, Aurora, quiero saber una cosa: ¿cómo te sientes después de todo lo que has conseguido? ¡Ha sido una aventura aterradora!

—Lo que más miedo me daba era que Anaïs se quedase encerrada para siempre en ese desván. Lo que también da miedo es lo que la gente es capaz de hacer por dinero. Eso es lo que me ha enseñado esta aventura: lo peligrosas que son la envidia y la codicia. Pueden destruirlo todo entre dos personas cercanas, que pertenecen a la misma familia.

—¿Y no te ha afectado demasiado lo que has visto y los riesgos que has tenido que correr?

—Creo que todo irá mejor después de una noche de sueño reparador.

El detective Melville me llevó a casa. Me dijo que lo llamase si tenía algún problema o preocupación. Y que también podía encontrarme a

alguien con quien hablar si me sentía ansiosa o preocupada.

—Solo me angustio o me preocupo si a las personas a las que quiero les hacen daño o están en peligro.

Esta vez, el detective Melville subió a casa para conocer a mamá, que me dio un fuerte abrazo y me repitió que estaba orgullosa de mí. Papá también estaba allí. El inspector Jouvet lo había llamado, y él se había subido al primer tren para venir. Parecía un poco cansado y muy preocupado, pero contento de verme.

—¡Mi hija, la brillante detective! Por supuesto, no nos van a contar las cosas increíbles que has hecho ni por qué el inspector dice que eres «maravillosa» y muy valiente.

—Lo siento, papá, pero es una investigación policial.

—Lo que me preocupa es que hayas estado en peligro —dijo mamá.

—Como padres, pueden decidir que Aurora no trabaje más para la policía —respondió el detective Melville—. Pero debo decirles que nos pondría muy tristes perder a Aurora. Tiene un talento muy especial.

Mamá estaba a punto de contestar, pero papá le lanzó una mirada (amable, pero firme) que significaba, básicamente, «es mejor que no nos pronunciemos sobre el tema, de momento».

Yo quería hacer una pregunta:

—¿No se enfadará mi profesora si falto hoy a clase?

—Ya he llamado a la señora Chamaillard para explicarle que habías pasado mala noche y que ya irías mañana —dijo mamá.

¿Mala noche? Si hubiera salido mal, sí. Pero todo había salido bien, ¡así que había sido una buena noche!

Me levanté, le estreché la mano al detective Melville y escribí:

—¡Hasta el próximo caso!

—¡Siempre será un placer trabajar contigo, detective Aurora!

Me dirigí a mis padres y les pregunté:

—¿Puedo irme ya a la cama?

Me pasé casi todo el día durmiendo. Cuando me desperté, eran casi las seis de la tarde. Me encontraba mucho mejor. Dormir hace que el Mundo Cruel sea más agradable. Y siempre me devuelve la sonrisa.

Me vestí y fui a la cocina, pensando en un buen trozo de pan con queso roquefort para calmar el hambre. Me paré delante de la puerta al oír dos voces: mamá y papá.

—¿Y cuándo te lo ha dicho? —preguntó mamá en un tono de preocupación.

—Hace dos días.

—¿Y se ha ido del piso?

—Aún no. Cuando la policía me llamó para decirme que Aurora se había pasado la noche resolviendo un caso importante, Chloë me aseguró que no le importaba quedarse con Émilie todo el día. Creo que han ido a ver una película en el Max Linder.

—¡Ah, el Max Linder! —exclamó mamá—. La pantalla de cine más grande de París. ¿No es ahí donde me llevaste en nuestra segunda cita?

—Sí, para ver una copia restaurada de *Los paraguas de Cherburgo*, de Jacques Demy. ¡Fue increíble, en esa pantalla gigante!

—Y recuerdo que pensé: ¡qué elección para una segunda cita! ¡Qué hombre tan interesante!

—Bueno, Chloë ha decidido que ese tal Hugo es aún más interesante.

—Quizá percibió tu preocupación por la idea de tener un bebé con ella. Hugo tiene diez años menos que tú.

—Trece, más bien…

—Y no tiene dos hijas…

—… que son lo más importante para mí —dijo papá.

—Chloë lo sabe. Y puedo garantizarte que eso la hace sentir ansiosa. Un hombre mayor con hijas… puede llegar a debatirse entre las dos familias.

—No pensaba que se fuera a ir así…, aunque, si te soy sincero, me lo esperaba desde el principio.

—La vida amorosa está llena de sorpresas.

—Tú también acabas de descubrirlo. ¿Vas a seguir con Charles?

—Lo dudo mucho. Tiene un problema para decir la verdad. Mis esperanzas se han desvanecido.

—Siento que te haya pasado esto.

—Yo también lo siento por ti.

Con la mano en el pomo de la puerta, escuché la conversación de mis padres. Así que Chloë había dejado a papá. Y mamá no iba a volver con Charles. ¡A lo mejor volverían a estar juntos! ¡A lo mejor papá se vendría a vivir a nuestra casa! ¡O los cuatro volveríamos a París! Y Émilie ya no estaría enfadada a todas horas, y mamá y papá volverían a ser felices.

Me dije que el roquefort y el pan podían esperar un poco: no iba a interrumpir a mis padres en mitad de una conversación tan importante. Volví a mi habitación y miré todas las fotos de los cuatro —antes de que papá se fuera— que mamá me había cargado en la *tablet*. ¡Qué alegres y

felices! A todos nos había puesto muy tristes que mamá y papá decidiesen que ya no podían vivir juntos… ¡A lo mejor se estaban dando cuenta de que podían volver a intentarlo! ¡A lo mejor volveríamos a ser una familia de verdad!

Me acosté en la cama y me quedé mirando el techo. Pensé: «Mamá y papá quieren volver a estar juntos. ¡Lo veo detrás de sus ojos!».

Una media hora después, llamaron a la puerta.

—Tienes que comer algo, Aurora.

¡Mamá!

Salí de mi habitación y fui a la cocina, donde me estaba preparando espaguetis al pesto (uno de mis nuevos platos favoritos). Por la expresión de su cara, me di cuenta de que por la cabeza se le pasaban todo tipo de pensamientos.

—¿Has dormido bien? —preguntó.

—¡Muy bien! ¿Dónde está papá?

—Tenía que ir a su casa. Esta noche va a llevar a Émilie al teatro.

—A papá y a ti se os veía felices juntos.

—Aurora…

—Solo decía…

—Ya sé lo que decías. Y sé lo que esperas.

—¿Tú también tienes esperanzas, mamá?

Mamá cerró los ojos por un momento y luego dijo:

—Sin esperanza, no hay futuro; te quedas estancada en la tristeza y el pasado. Así que sí, aunque alguien acaba de decepcionarme, todavía mantengo la esperanza.

Enseguida cambió de tema y me pidió que pusiera la mesa. Mientras colocaba los cuchillos, los tenedores y las servilletas, pensé en la palabra que me había enseñado el detective Melville: «ambivalente». No todo es blanco ni negro, sino casi siempre gris. Por eso es interesante el Mundo Cruel, aunque aquí las cosas no sean fáciles. Casi todos se encuentran en esa zona gris en la que no hay respuestas. Solo preguntas y más preguntas. Y, como acababa de decir mamá, cuando uno acaba enredado en una situación desagradable o lo acosa la tristeza, tener esperanza es vital.

AM
BI
VA
LENTE

Chloë se fue del piso de papá unos días después. Émilie me lo contó al llegar a casa, el fin de semana. Después de su semana sin ir a clase, parecía mucho más feliz. Había recibido un correo electrónico de la señora Des Forges en el que la informaba de que todas las acosadoras que habían publicado las fotos y los comentarios en el muro habían sido convocadas el lunes por la mañana y que, si quería, podía acudir a la reunión. Mamá dijo que iría con ella, pero Émilie insistió en enfrentarse sola a aquellas chicas. Mamá lo entendió. Y cuando le preguntó a mi hermana cómo estaba papá (¿estaba triste?, ¿se sentía solo?, ¿debía llamarlo?), Émilie contestó: —Papá es como es. Le pone triste que Chloë se haya ido, pero se siente aliviado por no tener un bebé con ella. ¡Yo también me alegro de que no haya tenido un bebé con ella!

Un rato después, Émilie llamó a la puerta de mi habitación y me preguntó si podíamos hablar. ¡Me puse contentísima! ¡Hacía una eternidad que no llamaba a mi puerta!

—Acabo de recibir un correo electrónico de una de las acosadoras, de Anaïs. Dice que esta semana la has ayudado a salir de un buen lío y que te está muy agradecida. Mañana vuelve a clase y dice que no puede hablar de lo que le pasó ni de cómo la ayudaste porque es una «investigación policial». Pero le gustaría verme antes de la reunión con la señora Des Forges, a la que también ha sido invitada. Dice que espera que vayas.

Le pregunté a Émilie:

—¿Tú quieres que vaya?

Mi hermana hizo algo muy poco frecuente: me sonrió.

—Sí, quiero que vayas.

Al día siguiente llegamos al colegio muy temprano. Anaïs se reunió con nosotras en la entrada; había venido con su madre y su padre. Los dos vestían muy bien. Llevaban relojes de oro y estaban morenos. ¡Se llamaban Jean y Jeanne! Y ambos insistieron en darme un beso.

—Anaïs nos ha contado que arriesgaste la vida para salvarla —dijo Jeanne.

Me llevé el dedo a los labios para indicarles que no podíamos hablar de eso en público. Sobre todo porque Émilie lo había oído todo. Abrió los ojos como platos y se inclinó hacia mí.

—¿Le has salvado la vida? —me susurró.

—«Investigación policial» —contesté.

—Sería un placer invitaros a ti y a tu hermana a Dubái, si os apetece. Anaïs se vendrá con nosotros dentro de unos días.

—¡Ah! —respondí, pensando: «Justo cuando nos estábamos haciendo amigas…».

Anaïs me susurró:

—No me quiero ir. Lo que realmente deseo es quedarme aquí en

Francia. Pero después de lo que ha pasado, mamá y papá piensan que es lo mejor…

—¡Estaremos encantadas de ir a Dubái! —les dijo Émilie a Jean y Jeanne.

Anaïs le susurró a Émilie que quería hablar con ella a solas unos minutos, y quería saber si llevaba el ordenador, como le había pedido. Émilie asintió con la cabeza. Mientras se alejaban, Jean y Jeanne echaron un vistazo a sus grandes relojes de oro y me dijeron que tenían que ir a una reunión de trabajo en París.

—Me asombra lo bien que te relacionas con el resto del mundo —me dijo Jeanne.

—El resto del mundo y yo nos llevamos muy bien —contesté.

—¡Sí, faltaría más! —prosiguió ella cuando su marido la fulminó con la mirada—. ¡Qué tonta soy, siempre hablando sin pensar!

Llegó un cochazo negro. Jean y Jeanne se subieron y se fueron.

Unos minutos después, nos encontrábamos en el despacho de la señora Des Forges. Estaban Émilie, Anaïs, Phoebe y las otras chicas que habían publicado esas cosas horribles sobre mi hermana en el muro. También estábamos la señora Chamaillard y yo (¡como me había pedido mi hermana!). La señora Des Forges empezó diciendo que el acoso que había sufrido Émilie no tenía cabida en el centro y que, si volvía a ocurrir, los alumnos implicados serían expulsados.

—Pero no volverá a ocurrir, ¿verdad? —preguntó la señora Chamaillard.

Las acosadoras y Anaïs asintieron con la cabeza.

—Estamos de acuerdo en eso. Ahora creo que Émilie quiere enseñarnos algo.

Émilie se levantó, abrió el ordenador y giró la pantalla hacia las otras alumnas.

—Anaïs, que ahora es mi amiga, me ha ayudado a hacer este documento.

Pulsó una tecla. En la pantalla apareció una imagen de Phoebe donde salía metiéndose los dedos en la nariz. Se puso colorada. Émilie pulsó otra tecla. Apareció una segunda foto: una de las chicas de la pandilla, Monique, estaba lamiendo un helado, con toda la nariz manchada de chocolate y el helado chorreándole por la barbilla. Una nueva foto: otra acosadora estaba en un rincón del colegio llorando como un bebé.

¡A las acosadoras no les hacía ninguna gracia verse así!

—Habéis publicado fotos mías y comentarios horribles en Internet —dijo Émilie—. Ha sido estúpido y cruel. Si quisiera ser mala (porque eso podría hacerme sentir mejor conmigo misma), publicaría todas estas fotos. Pero en vez de eso…

Y, delante de todo el mundo, borró aquellas imágenes tan poco agradables.

Después de la reunión, le dije a Émilie:

—Lo que has hecho ha sido increíble. ¡Menuda lección les has dado!

—La amabilidad es siempre la mejor opción, ¿no? Incluso para una adolescente gruñona como yo.

Sonó el timbre de inicio de la clase. Josiane se sentó a la mesa que había junto a la mía y me saludó con la mano. La señora Chamaillard entró en el aula y empezó la clase.

Durante el recreo, Josiane y yo salimos al patio a tomar el aire.

Cuando encontramos un rincón tranquilo sin nadie alrededor, Josiane se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja:

—Tu madre me ha llamado esta mañana. Me ha dado a entender que la semana pasada tuviste unos días muy movidos con tus amigos de la comisaría.

—¡Investigación policial!

—¡Claro que sí! ¡Qué sorpresa! ¿Y ni siquiera vas a hablarme un poco del terrible delito que resolviste?

—Lo único que puedo decir es que cuando la gente está demasiado interesada en el dinero, las cosas pueden salir muy mal.

—Esa, Aurora, es la historia del mundo.

—No es del todo cierto: también hay muchas cosas buenas en el mundo.

—¡Por supuesto! Hay mucha bondad en la vida…, y, al mismo

tiempo, la maldad siempre es posible. Y hay mucha gente atrapada entre las dos.

—¡Es la zona gris! —dije.

Nos quedamos un momento en silencio.

—No quiero que te vayas —escribí por fin.

Josiane me cogió de la mano.

—No me iré hasta dentro de un tiempo.

—Aun así…

—La vida es una larga historia, Aurora. Y la nuestra aún no ha terminado.

Pero terminaría pronto. Y eso me ponía un poco triste, aunque en realidad ya había entendido lo que Josiane quería decirme: la vida es siempre un ir y venir de personas, como pasa con los personajes de una novela. Tenemos que aceptar que todo puede cambiar de un día para otro, y que todo lo que nos sucede —todas estas aventuras— forma parte de nuestra propia historia. Así que… ¡continúa en el próximo episodio!

FIN

POR
AHORA

DOUGLAS KENNEDY

Es un escritor de éxito internacional. Sus novelas y ensayos se han traducido a más de veinte lenguas y han sido adaptadas al cine. Vive entre París, Nueva York, Berlín y Londres. A menudo se le describe como el más francés de los escritores estadounidenses. Quizá por eso, en 2007, recibió la distinción francesa de caballero de la Orden de las Artes y las Letras.

Está convencido de que los niños son capaces de comprender el mundo mucho más de lo que se les presupone. Se ha propuesto demostrarlo en *Las fabulosas aventuras de Aurora*, su primera incursión en la literatura para niños y jóvenes. Como autor, le gusta conseguir cautivar a los lectores de tal manera que no puedan dejar de leer una novela suya hasta terminarla, aunque eso signifique no pegar ojo en toda la noche.

JOANN SFAR

Es un prolífico dibujante y guionista de cómic francés. Le encanta dibujar monstruos, por eso las primeras aventuras de Aurora transcurren en Monster Land.

Su trazo puede compararse al de Sempé, Quentin Blake o Ronald Searle, de quienes es admirador. Entre sus libros figuran una adaptación del clásico *El principito,* las peripecias de un vampiro, la aclamada serie *El gato del rabino* o la saga de culto de fantasía y humor *La mazmorra*, coescrita y dibujada con Lewis Trondheim. Además, también ha hecho carrera en el mundo del cine y la animación, y ha adaptado con éxito alguno de sus títulos.

Ha recibido el reconocimiento tanto de los lectores como de la crítica. Su obra ha sido premiada en varias ocasiones, en especial en el Festival de Cómic de Angulema, donde es un habitual.

Publicado por primera vez el 2020 en Francia por Pocket Jeneusse con el título Aurore et le mystère de la chambre secrète.

Texto © Douglas Kennedy, 2020
Ilustraciones © Joann Sfar, 2020
De esta edición © Editorial Flamboyant, S. L., 2022
Gran Via de les Corts Catalanes, 669 bis, 4º 2ª, 08013 Barcelona
www.editorialflamboyant.com

Traducción del francés © Diego de los Santos, 2022
Corrección de Raúl Alonso Alemany Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2022
Primera edición digital: junio de 2022
ISBN: 978-84-19401-01-4
Producción del ePub: booqlab

@flamboyanteditorial

edflamboyant

@EdFlamboyant